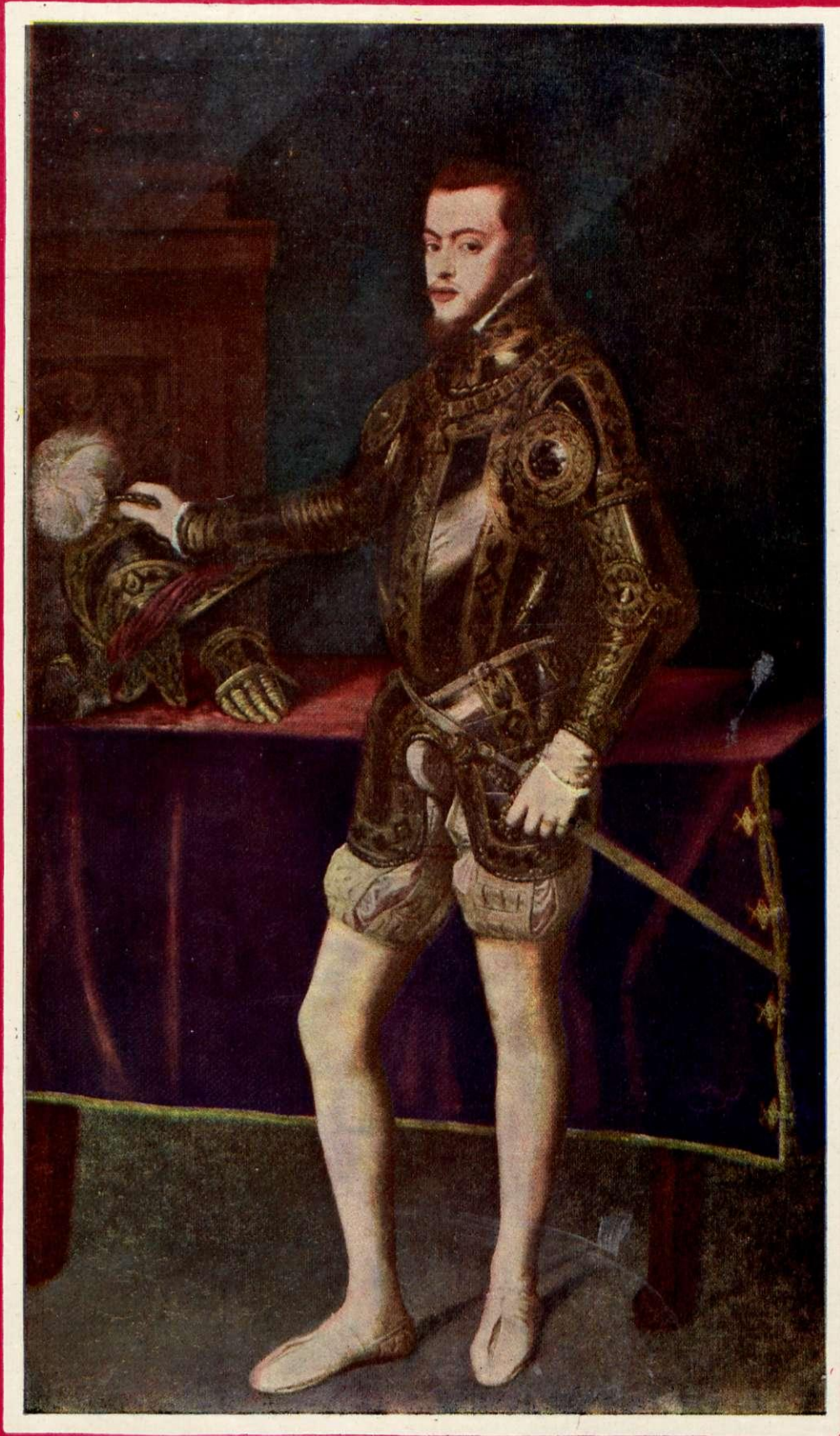


VILLA de MADRID



Extraordinario dedicado a la Capitalidad

Ayuntamiento de Madrid

Sumario

Editorial.

El Madrid anterior a Texeira. Conde de Mayalde.

Madrid, Capital de España, ¿por qué?
Federico C. Sainz de Robles.

La Villa de Madrid, Corte de España.
Luis Martínez Kleiser.

Felipe II en Madrid. Marqués de Montesa.

Madrid, Capital de hoy. Rafael López Izquierdo.

Bosquejo histórico del desarrollo de Madrid. Fernando Chueca Goitia.

Los sitios reales. Enrique Pastor Mateos.

Madrid. Ramón Gómez de la Serna.

Una nueva realidad municipal.

Vida de la Corporación.

Fotos: Loigorry, Loren, Ruiz Vernacci y Prensa Gráfica.

Depósito legal: M. 4.194-1959

Estades. Artes Gráficas. Madrid



VILLA *de* MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PLAZA DE LA VILLA

CENTRO DE ESTUDIOS

MUNICIPALES

ANTONIO MAURA

Precio del ejemplar: 40 pesetas.

SUSCRIPCIONES:

Semestre 120 pesetas.

Año 240 »

Tel. 248 18 29

M A D R I D

AÑO III

NUMS. 15-16



A black and white aerial photograph of Madrid, Spain, showing a dense urban landscape with numerous buildings, streets, and green spaces. The city is spread across a valley, with hills visible in the background.

Editorial

POR cuarta vez Madrid se asoma a su Centenario como Capital de las Españas. A través de los siglos, parece como si un destino de singular grandeza le marcara para ostentar la capitania de la nación. Es el destino que acerca a los humildes, desde una cuna sin sospechas, y que les acompaña, a través de una vida que en nada se distingue de las demás, si no es en un especial resplandor íntimo, en un paso seguro y bienaventurado que les acerca, irresistibles, a la gloria final.

Madrid cae en el medio de España, y, en un principio, apenas si alza, y se va extendiendo lentamente, entre muros de adobe, tejas cocidas y una sencilla congregación que apenas si moja un río también sencillo: el Manzanares. En medio de la meseta, ansiosa de los frescos de la sierra, cocida por los soles que de la Sagra llevan al peñasco de Toledo, Madrid es descanso para el viajero, ligero asalto para los ejércitos, sombra para los labradores y posada para los caminantes. Le entra y le salen las morismas; desde Segovia, le burlan caballeros; el buen rey Alfonso la conquista, y descubre en sus murallas la imagen tostada de la Almuñena. Madrid continúa su paso menudo a través de la historia; su paso de mocita madrileña que despierta los ecos de la morería, por la cañada que el río moja con un leve rumor de agua sujeta. Es un Madrid reducido, cerrado, con siete torres y un alcázar que comienza a alzarse; es un Madrid que ve cómo Toledo se levanta y cómo se acuesta el Sol sobre la sierra con resonancia de otras villas poderosas. Es un Madrid, ya, de pozo milagrero y canción de arado entre las huertas, mientras los ángeles baten unas nubes que han de cerrar, siempre, las perspectivas de la Florida.

Todo viene a que Madrid irrumpe, en la grandeza de su Capitalidad, a través del sentimiento más que de la fuerza. ¿Qué sutil y escondido amor movió al rey Felipe a decidir el traslado de la Corte, desde la roca poderosa de Toledo a esta llanada casi sin relieve, que camina de puntillas por la Historia? Desde entonces Madrid ancla firme en la capitania de España. Es una singladura que sin duda compensa a Felipe II de otras frustradas y amargas aventuras marineras. Como su gran casa de reposo espiritual coloca el Monasterio escorialense a unos kilómetros escasos de Madrid, y todo su gran espíritu parece volar en esta recta armonía herreriana, en la que tanto valen la forma y los cimientos, donde el adorno es algo circunstancial, volandero y desdeñado. A la sombra del Escorial, Madrid crece, y hay algo muy entero en su modo de hacer; algo que la lleva por el camino recto, como rectos son los muros de un monumento que encuentra su melodía en la exactitud y la proporción.

El Madrid de hoy no es más que una etapa en el camino de aquel Madrid de ayer, que sin saber cómo —o sabiéndolo muy bien— vino a ser capital. Es un Madrid extendido, nuevo y gracioso. La gracia de Madrid arranca, posiblemente, de ese principio suyo, tan popular, tan unido a la tierra y al campo, y que queda en sus dichos, en sus perfiles, en la alegría de sus fiestas y en la manera, tan seria, que tiene de enfocar sus problemas. Desde que, en 1561, Madrid alza la enseña de la Patria, toda la historia gira en torno a él, y él va haciéndose al compás de la Historia, de tal manera que la Historia de España queda reflejada en su lento alzarse y en el seguro posado de su espíritu. En el IV Centenario de la Capitalidad de Madrid, es este espíritu lo que, de modo principal, debe pregonarse. El espíritu que, durante cuatro siglos, ha mantenido una misma canción y servido una misma fe.

Rica en talentos y en arte, amable y trabajadora, ni del todo fabril ni del todo verbenera, Madrid alza hoy sus rascacielos sobre las mismas tierras en que antes se alzarán, reducidas, sus primitivas murallas. Mañerit es hoy el Madrid, Madrid, Madrid, repetido por todas las orquestas del mundo y entonado por todas las amistades de la tierra. Una ciudad cordial, clara y gozosa; una ciudad donde todo el mundo puede sentirse feliz porque tiene un concepto hondo, profundo, cristiano y popular de la felicidad.

Al pregonar su cuarto centenario pregonamos, a pesar de todo, su juventud. Porque la juventud, ya se sabe, florece en el corazón, y el corazón de Madrid encierra florecida toda la historia en la brevedad llena de futuro de su inimitable modo de ser.

EN este Madrid nuestro, tan lleno de paradojas que posiblemente constituyen su mayor encanto, todo lo que se refiere a los orígenes, historia e instituciones de la Villa resulta siempre algo confuso y discutible. No es este fenómeno exclusivo de Madrid, pero tanto en el mundo antiguo como en el moderno, hubo ciudades que nacieron del impulso fundacional de un pueblo emigrante, resuelto al fin a establecerse de un modo definitivo, o fueron creadas por la iniciativa de algún hombre genial que así quiso perpetuar su gloria humana. Algunas, en la antigüedad, adoptaron el nombre del fundador. En América los conquistadores, a veces, como en el caso de Méjico, procuraron deliberadamente continuar una tradición imperial prehispánica. En otras ocasiones se hizo lo contrario: se fundó en un lugar que parecía propicio y nunca antes habitado. Así, Francisco Pizarro mandó echar los cimientos de la ciudad de Lima para que fuera capital del Continente. En la altiva heráldica de la Ciudad de los Reyes campean las armas imperiales y las ejecutorias del César la proclamaron «Cabeza de los Reinos del Perú».

Ya en nuestro tiempo, un gran soldado francés, el mariscal Liautey, que tenía el alma de un procónsul romano, fijaba su bastón de mando en un punto del erial marroquí y en torno a él surgía la gran plaza central de la ciudad, los bulevares y avenidas de la nueva ciudad francesa, remedo del lejano y grandioso París. Su propósito era, no solamente proclamar la grandeza de su patria con sus fundaciones, sino también su buen gusto de gran señor, procuraba que las feas edificaciones de principios de este siglo no perturbaran la pureza de las viejas y bellísimas ciudades de Marruecos.

En Norteamérica, con el nombre del caudillo de la Independencia, se creó la ciudad de Washington, como capital de los Estados de la Unión, y muy recientemente un estadista, cuyo apellido paterno recuerda la gesta audaz de la «gente lusitana» y por el materno procede de algún pueblo eslavo, ha inventado de la nada, en medio del país, la nueva capital Brasilia. Es un gesto digno de un César antiguo, pero también una fundación que en su propósito recuerda la decisión de nuestro Felipe II al establecerse en Madrid, centro geográfico de la Península.

LA FECHA DE LA CAPITALIDAD Y EL ESCUDO DE MADRID.

Volvamos a Madrid, donde resulta discutible la fecha de la capitalidad, la de la creación del Municipio e incluso la del nacimiento histórico de la Villa. También hasta hoy se sigue discutiendo la heráldica: si el escudo ha de llevar el oso sólo, o el dragón y la corona; si el Municipio tiene derecho a bandera o no, y el color de ésta. Tampoco hay unanimidad absoluta en cuanto a la Patrona, pues si yo, como presidente del Ayuntamiento que hizo el voto de Villa y por razones de tipo personal, defiendiendo a la Almudena, no falta quien reivindica la primacía de la Virgen de Atocha, la imagen morenita que ya se veneraba en su ermita, a unas dos le-

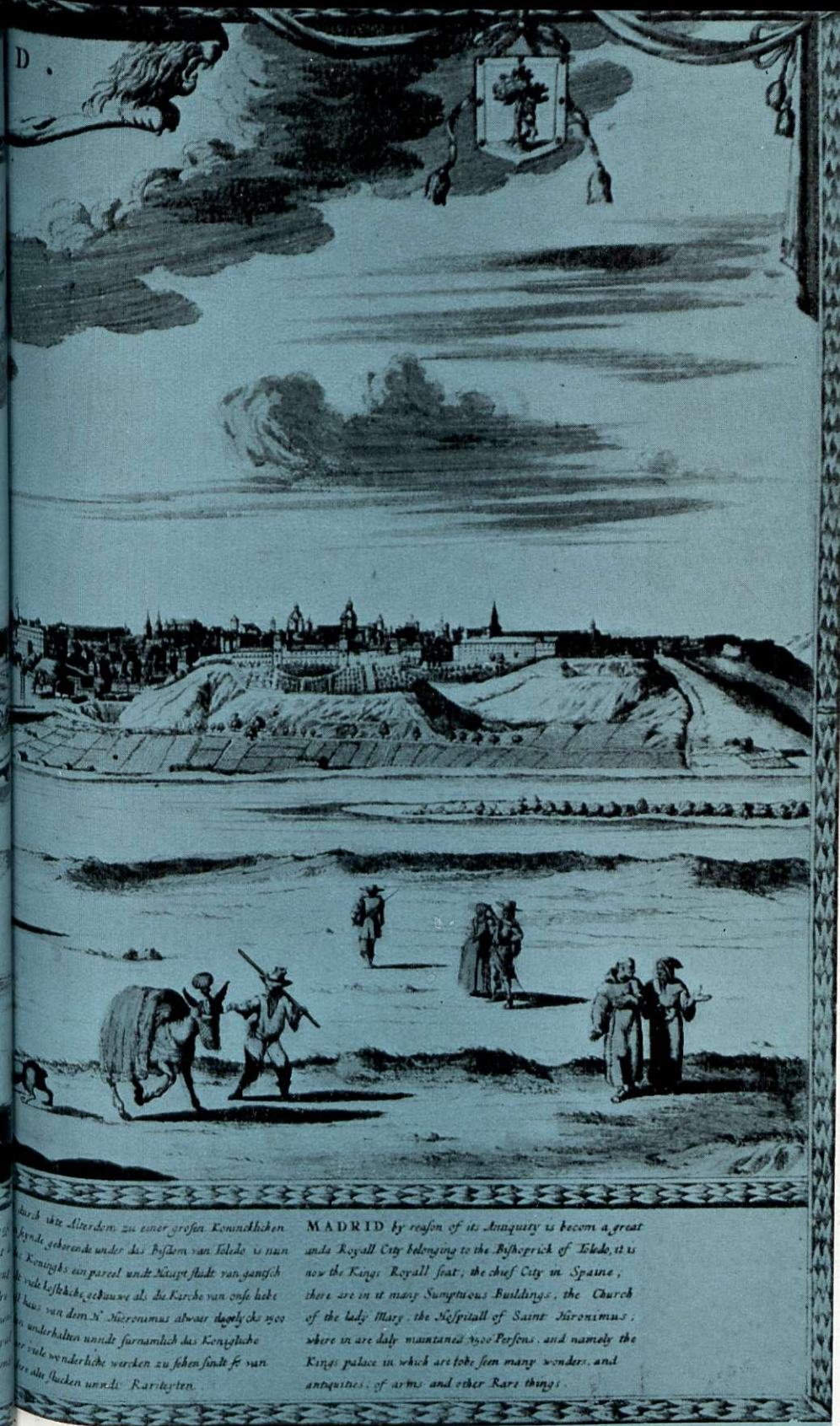


EL MADRID AN

guas de la Puerta de Guadalajara, en la alta Edad Media.

En cambio, sabemos ciertamente que entre cinco mil y dos mil quinientos

años antes de nuestra era, en el período neolítico-hispano-mauritano, una población nómada se aposentaba largamente en nuestras vegas, de buenas hierbas



RIOR A TEXEIRA

POR EL CONDE DE MAYALDE

para la caza y para el pacer de los ganados, y que entre ciento sesenta mil y seiscientos mil años antes de Cristo, una población de arcantrópodos y ner-

denthales, en el arqueolítico, se proveía de maravillosas armas de pedernal en las canteras madrileñas. El sílex durísimo, de afiladas aristas, que caracte-

riza al Madrid de todos los tiempos, con el que después se construyó la muralla.

¿No son sinónimos en castellano la chispa y el ingenio? ¿Y no podrían venir de aquel pedernal que tallaban los hombres del cuaternario esa gracia, un poco irónica y escéptica, que caracteriza el espíritu madrileño? Lo que sí sabemos positivamente, es que entre el segundo y primer milenio antes de Cristo existía ya aquí una población sedentaria de labradores y alfareros, seguramente de origen iberosahariano, que cultivaba las fértiles vegas del río, con sus vaguadas afluentes y que habitaban en los cerros y colinas más seguros y sanos.

«LA SIERRA GRIS Y BLANCA»; LA LUMINOSA SEQUEDAD DE LA ESTEPA.

Es curioso observar que en esta encrucijada de dos mundos que es nuestra Península, Madrid, centro geográfico de ella, es, tanto por razones geológicas como históricamente, punto de confluencia, de separación y, a veces, de fricción de dos grandes corrientes. Si contemplamos el hermoso espectáculo que nos brinda la terraza de la Torre de Madrid, veremos hacia el Norte un paisaje boscoso y verde, encuadrado por la alta montaña, a veces coronada de nieve; el viejo amigo de Antonio Machado, «la sierra gris y blanca». Pero si miramos hacia el Sur, sobre todo en verano, nos deslumbra la luminosa sequedad de la estepa festoneada muy lejos por pequeñas cordilleras que ya tienen una silueta y una flora diferentes de las de la Europa continental. Por el Sureste, una rampa suave que desciende hacia un mar que nunca ha sido verdadera frontera para el continente africano. No olviden los estrategas españoles el fácil acceso a Madrid desde las costas alicantinas y murcianas, tan próximas a Argelia en todos los aspectos.

En la primera antigüedad histórica aquí se producen más característicamente que en otras partes, el encuentro primero, y la fusión después, de los celtas de ojos claros, venidos de Europa, con las poblaciones morenas, previamente instaladas y que vinieron del Sur. Parece como si hubiera un instintivo anhelo a través de los tiempos para bajar a Madrid desde las cumbres que bordean la alta meseta de la vieja Castilla. Sin embargo, en los tiempos actuales, otra vez oleadas de inmigrantes acuden de las provincias meridionales para prestar sus brazos a la nueva urbe industrial.

La amable pedantería de nuestros historiadores del XVII quiso dar a Madrid un apellido romano, Mantua Carpetana, y un origen aún más antiguo. Para Quintana, Madrid fué fundada por los griegos y es anterior a Roma. Al afirmar esta tesis, evidentemente absurda, Quintana invoca la autoridad de don Alfonso de Cartagena, de Medina, de Mariana y de Tarafa, y hasta trae a colación a Silio Itálico, Estrabón, Solino, e incluso la «Eneida» de Virgilio.

Pero en una reciente y documentada conferencia, el profesor Bellido ha demostrado la poca importancia de Mantua Carpetana durante el período romano.

ROMA Y EL ISLAM.

Amador de los Ríos nos da el detalle de las viejas piedras con inscripciones romanas encontradas en Madrid, entre ellas un cipo o pedestal destinado a sostener un busto, en el cual se leía el nombre de Sertorio. Un bello mosaico romano se descubrió en la proximidad de la quinta de Montijo, en Carabanchel, y yo mismo he tenido en mis manos trocitos de otro mosaico que quedó destruido al trazarse la carretera que desde la general de Andalucía va a San Martín de la Vega, en la margen derecha del Manzanares y a unos cinco kilómetros del puente de la Princesa. ¿Pasaría por allí la calzada romana, que según los historiadores, iba desde Tíulcia a Segovia?

En cambio, sí sabemos que nuestro término fué habitado por importantes colonos visigodos, como lo demuestran los cementerios inconfundibles de aquel pueblo germánico hallados en Madrid.

Mucha mayor importancia tiene nuestra Villa en los tres siglos de la dominación islámica. Aquí podemos ya hablar verdaderamente de un Madrid histórico. Y empieza a gravitar sobre la actual capital de España la influencia toledana.

Yo a veces gasto la broma, que halaga a mis amigos toledanos, de decir que Madrid es un suburbio de Toledo; y al paso que vamos quién sabe si algún día la Ciudad Imperial no se verá absorbida por la expansión de Madrid.

LOS VISIGODOS.

Conviene recordar las circunstancias en que se produjo la invasión y la conquista de Hispania por los árabes. Un puñado de guerreros, doce mil primero, que después recibieron algunos refuerzos difíciles de cifrar, ocuparon rápidamente toda la Península, después de la derrota de Rodrigo, el último Rey visigodo. La explicación de este fenómeno increíble sólo se puede encontrar en la profunda descomposición de aquel Estado, en la indiferencia o antipatía que por él sentía la inmensa mayoría de los habitantes del país, y en la lucha dinástica que en aquel momento dividía a la oligarquía gobernante. No sabemos en qué proporción las clases dirigentes del país estaban en favor de Rodrigo o de los hijos de Witiza. Si pensamos, como sugiere algún historiador, que en aquella guerra civil no solamente se ventilaba un pleito entre familias reinantes, sino que se trataba de una lucha de principios entre la reacción germanista, representada por Wamba, y los grupos hispano-romanos que llevaron al Poder a Ervigio, un griego latinizado, sería más lógica la casi total defección de que fué víctima Rodrigo y el que la mayoría de la población culta aceptara con cobarde conformidad el dominio de aquellos soldados del desierto, que sólo vinieron como aliados mercenarios de uno de los grupos políticos que se disputaban el Poder. Y me extendiendo tanto sobre este punto, porque creo que en él está la explicación del destronamiento de Toledo y su sustitución por Córdoba como capital de la nueva España islámica que surgió y que llegó a tener una unidad casi absoluta en el califato

Felipe II, después de decidir trasladar su Corte a Madrid, hace su entrada en la nueva capital del Reino.



del gran Abderramán III. También porque en esta teoría de la desconfianza califal hacia Toledo podemos encontrar el motivo de la decisiva importancia del Madrid medieval.

La población visigoda e hispano-romana, después de la conquista, se dividió en tres grupos: los mozárabes, o sea

los cristianos que conservaban su religión, su derecho y sus costumbres bajo la soberanía de los califas; los muladies o conversos, que, como «gentes del libro», fueron recibidos con los brazos abiertos en la sociedad del Estado invasor y automáticamente manumitidos si eran siervos, y una reducida mi-



noría que no quiso resignarse y formó los núcleos de resistencia en las cordilleras del norte de la Península. Las fronteras entre estos tres grupos sociales, no fueron ni fijas ni permanentes a lo largo de las generaciones, pues basta recordar que algunos de los mártires cristianos más heroicos fueron hi-

jos o nietos de los que primero habían islamizado. En general, como ocurre siempre, la mayor lealtad política y religiosa al régimen caído la tuvieron las clases medias.

Si el noble espíritu de rebeldía que inicia la larga lucha de reconquista se desarrolló inmediatamente, no es cosa

clara. Sabemos que el mismo Pelayo, antes de unirse a las partidas que luchaban en la sierra de Amaya, vivió en la corte árabe al amparo de Egilona, la viuda de Rodrigo, que se prestó a ser mujer de Abdel-Haziz, el hijo y efímero sucesor de Musa-Ben-Nusair, el conquistador de España.



La famosa pradera, lugar de cita y de jolgorio del buen pueblo de Madrid. Junto a ella, la ermita del Santo, según un grabado de la época.

Realmente impresiona el caso de Rodrigo, abandonado por sus generales, por los más poderosos prelados y hasta por su propia esposa. ¿Sería esta mujer, que luego tomó el nombre de d'Umm Asim (la madre de Asim), hija o hermana de Witiza, y por ello más fuerte en su corazón el rencor contra el usurpador que la fidelidad al marido? Este nombre de Egilona se encuentra anteriormente en mujeres de la familia de Witiza. Una genealogía antigua de los señores de la Casa de Granada, después marqueses de Campotéjar, pretende hacer descender de Egilona, y por ella de Recesvinto, a los Reyes Beni-Hud de Zaragoza y a los príncipes Alnayares que, convertidos al cristianismo, ayudaron poderosamente a los Reyes Católicos en la conquista de Granada.

Empleando el léxico político más reciente, diríamos que ante el cataclismo de la invasión islámica, los españoles se dividieron en colaboracionistas y resistentes. Pues bien, la ciudad colaboracionista por excelencia, puesto que había sido la capital del reino y abrió sin combatir sus puertas al invasor, fué Toledo. Allí predominaban, sin duda, los partidarios de Witiza, y por eso conservaron todos sus honores y sus bienes y surgió un fuerte partido cristiano, a veces predominante, en la ciudad. Recordemos la llamada «Jornada del foso», en 807, cuando el emir Alhaquem hizo degollar a los principales personajes de la ciudad que conspiraban contra él, y Muhammad de nuevo tuvo que

marchar desde Córdoba para vencer a los toledanos sublevados, en la batalla de Guadacelete. El ambiente de rebelión continuó hasta que, en 852, el ya califa Abderramán III logró la sumisión definitiva de Toledo.

Este hombre extraordinario, navarro por su madre y que hablaba un latín muy próximo al romance castellano, aplastó la rebeldía romántica y heroica acaudillada por Omar Ben Hafsumm, una vez muerto éste. Sometió a vasallaje a los pequeños estados cristianos del norte de la Península y logró para España verdadera paz y unidad.

Aquietados aparentemente los toledanos, el partido cristiano, en alianza generalmente con el elemento bereber contra los árabes, conservó, sin embargo, influencia decisiva en el reino de taifas que sucedió al Califato y fue el que al final rindió la ciudad a Alfonso VI, en el siglo XI.

LOS NOMBRES PRIMITIVOS DE MADRID.

¿Qué era Madrid mientras tanto? Pues bien, empieza a existir con su nombre actual. Podemos suponer que se llamó Magerit, de donde vendrían: Mageriacum, que aparece en una escritura del año 1163; Mageridum, en un privilegio del Emperador Alfonso VII; Mageritum, en un breve del Papa Honorio al arzobispo don Raimundo; Maioritum, en la vida de San Isidro Labrador, de Juan Diácono; Madritum, en Marineo Sículo; Maiedrid, en una

escritura de 1206 y, por último, Madrid, en el Fuero de Alfonso VII y en los anales toledanos.

En este período del Califato empezó a tener Madrid algo que le caracteriza ya a lo largo de toda la Edad Media: la lealtad indiscutible hacia el Estado o Soberano que encarna la unidad nacional. Esta cualidad es, sin duda, la que principalmente hace después a la Villa merecedora de la capitalidad. En la época árabe se construyó, en la colina que desde el este domina el Manzanares, un fuerte castillo y una muralla de la que todavía tenemos vestigios, para defender un pequeño núcleo urbano de leales al Califa y, después, a los Reyes de Castilla. Cuentan las crónicas que Ramiro II de León, en una victoriosa algaraba, se anodó de Madrid y derribó la muralla, pero, conquistada por los árabes, éstos se apresuraron a reconstruirla.

Algunos pensarán, con razón, que el Municipio moderno pudo haber heredado este celo y no haber permitido la total desaparición de tan preciado recuerdo.

Aquí quiero destacar que si la desconfianza hacia Toledo hizo que el Califato diera gran importancia a Madrid, una reacción muy parecida, frente al espíritu comunero de Toledo, fue lo que le dio la preferencia también en los siglos XVI y XVII.

No quiero abandonar el tema del Madrid árabe sin recordar la importancia del elemento mozárabe en el núcleo urbano que se formó en torno a la

Alcazaba. Aquí convivían, en un ambiente de tolerancia y libertad, numerosos cristianos, como se demuestra por la historia de San Isidro que, según la tradición, oía algunos días tres misas en diferentes iglesias, y por la historia de las parroquias mozárabes de Madrid. Sabemos que nuestro Santo Patrón vivió una parte de su vida bajo el dominio del Rey Almamún de Toledo y que servía como labrador a un rico propietario cristiano, Iván de Vargas.

EL PRIMER FUERO: EL PRIMER MUNICIPIO.

También nuestro Quintana, que en tan gran extensión se ocupa de la historia de la familia de los Ramírez, nos habla de aquel Gracián Ramírez, noble madrileño que intervenía en la política del reino de taifas toledano que, de cuando en cuando, frecuentaba la Corte del Rey de León. ¿Eran estos poderosos mozárabes de origen visigodo o hispano-romano? Lo que es indudable es que ellos procedían de aquella aristocracia colaboracionista a que me refería antes y que también aquí, como en Toledo, debieron de facilitar a Alfonso VI la ocupación del fuerte castillo, y con ello dar origen a la creación de la Villa cristiana y su Concejo.

Parece probable que esto ocurriera después de la ocupación de Toledo, en 1085.

Y es lógico que entonces se cambia-

ran los papeles y que los cristianos pasaran a habitar en el interior de la muralla. Otros venidos de Castilla poblaron el arrabal de San Martín, con arreglo al Fuero de Sahagún, unidos por un vínculo de vasallaje a la abadía de Silos. Esta fue la primera jurisdicción exenta del Concejo, precedente de tantas que conocemos en nuestros días.

Durante el primer siglo tenemos Concejo abierto hasta que aparece el Fuero, verdadera reliquia de nuestra historia, que orgullosamente guardamos en el Archivo de Villa. Pero sigue la imprecisión en cuanto a las fechas. Lo redactó el propio Concejo, como gestor de una Villa libre y vinculada a la Corona, y fue otorgado por Alfonso VIII entre 1158 y 1202.

El reinado de Alfonso XI es importante para el Concejo madrileño. Desaparece el Concejo general de vecinos y es sustituido por uno de número limitado y con carácter permanente. En el año 1346, por consiguiente, nace el Municipio que ha llegado a nuestros días.

TOLEDO Y MADRID.

A través de toda la Historia de nuestra Patria, anterior al establecimiento de la Corte en Madrid, sólo dos ciudades pueden alegar que fueron capital de España: Toledo, durante el período visigodo; después, otra vez durante el imperio un poco efímero y ho-

norífico que pretendieron instaurar en la Península los Reyes castellanos desde Alfonso VI a Fernando III, y, por último, en la breve etapa de Carlos I. La otra ciudad es Córdoba, capital indiscutible de la brillante España islámica.

Alfonso el Sabio, con esa genial intuición de los grandes soñadores, hizo de Sevilla la cabeza de su reino. La ciudad amada para él, que nunca le dejó. Quién sabe si aquel poeta que a la postre no hizo más que desbaratar la formidable obra política y militar de su padre, no ambicionó un gran imperio africano y europeo; una resurrección del Imperio romano regido desde la encantadora Hispalis.

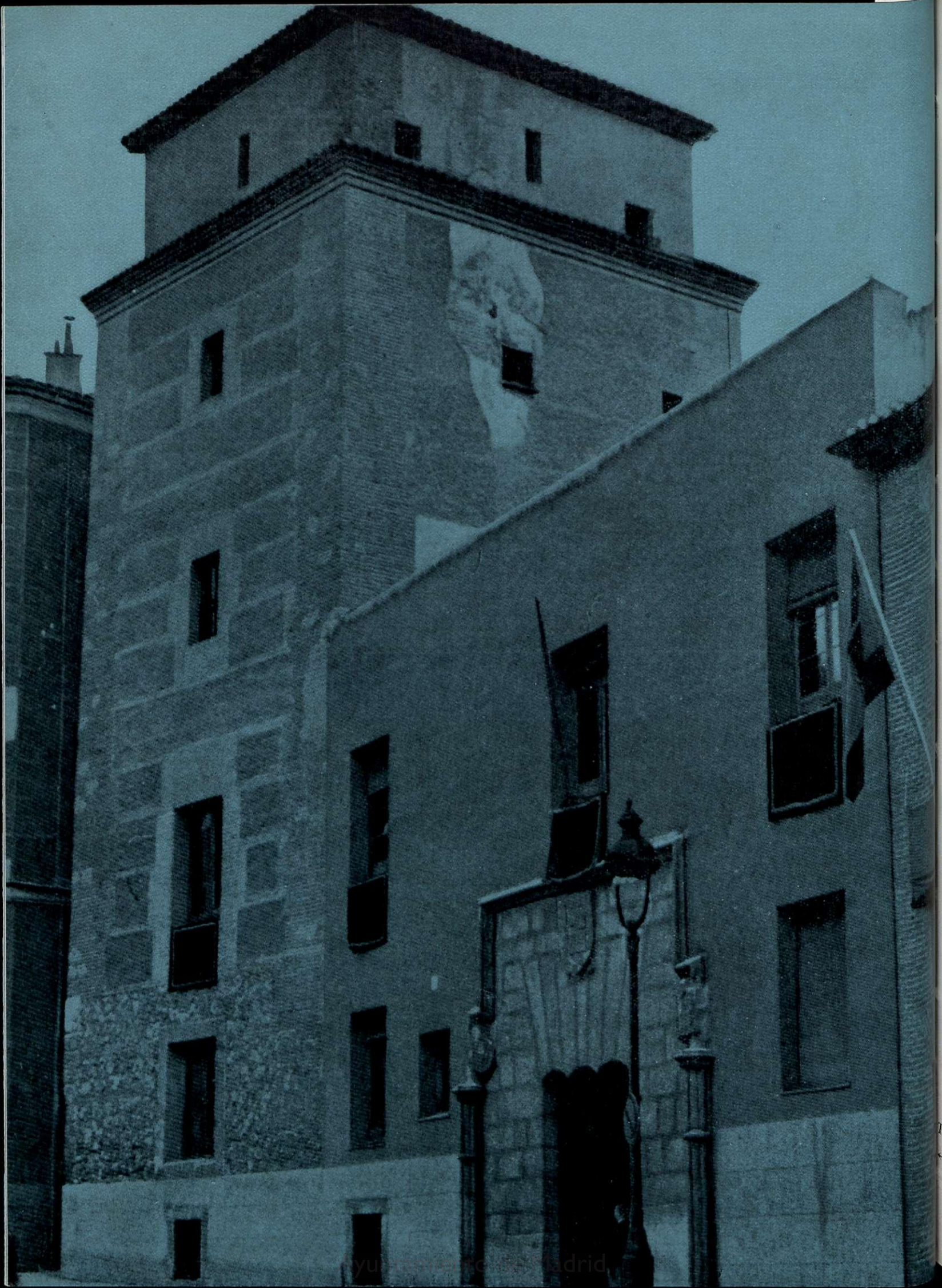
Después de su fracaso, se inicia un período de guerras civiles en el que parece que la Corte es siempre el campo de batalla. Los sucesores de San Fernando, atormentados por sus pasiones y sus remordimientos, ya que no lograron la bendición paterna, y luego el drama de los Trastámaras, Reyes andariegos que parecen personajes de Shakespeare, para terminar con el esplendor de la unidad y de la grandeza de España, con Isabel y Fernando.

EL PARDO, COTO DE CAZA.

En estos siglos XIV y XV es cuando empieza a ser Corte Madrid. Aquí es proclamado Enrique III, y El Pardo

Bajo las arcadas del Puente de Segovia, las aguas del Manzanares discurren lentamente hacia su destino. Al fondo, el Palacio Real perfila su soberana grandeza.





ayuntamiento de Madrid

fue el coto de caza más apetecible de toda España, por su comodidad y por su abundancia. En tan turbulentos tiempos esta Villa se caracteriza por la lealtad al Monarca. Aquí no hubo ricos hombres rebeldes, sino un fuerte castillo guarnecido por tropas del Rey y una población adicta.

Enrique IV, los Reyes Católicos, Cisneros y el mismo Emperador, frecuentemente residieron en Madrid, pero este último, como es sabido, estableció la Corte en Toledo, en cuyas armas aún luce, en puertas y fachadas, el águila bicéfala del Imperio; de este Imperio romano y cristiano que por fin y durante pocos años fue una realidad.

Pero Don Carlos, en el fondo de su alma, sentía una profunda antipatía hacia los altivos toledanos, los últimos en rendirse a la hora de la rebeldía comunera. El conde de Cedillo nos lo cuenta muy bien: Toledo no perdió la Corte y la capitalidad en beneficio de Madrid por razones objetivas. Al decidir Felipe II que la Corte residiera aquí, ejecutaba, como en tantas otras ocasiones, la voluntad paterna y recordaba el recelo del César, pero también el horror que a aquella familia de reumáticos le causaba la brumosa humedad del Tajo, que casi todo el invierno envuelve a la Ciudad Imperial «Mañanita de niebla, tardes de paseo, dicen las toledanas en su Toledo.»

Evidentemente, en favor de Madrid había también dos circunstancias. La proximidad al Escorial, en cuya construcción consumió Don Felipe casi toda la segunda parte de su vida, y, sobre todo, la residencia en las Salesas Reales de la Infanta Doña Juana, que no sólo era para el Rey la hermana entrañablemente amada, sino también la consejera inteligente y leal.

Este tema lo ha desarrollado amplia-

mente Marañón en su «Antonio Pérez». Se me dirá que por qué Don Carlos no trasladó él mismo su Corte a Madrid. Yo creo que esto es explicable: capital del Imperio sólo podía haber una, que era Toledo. Pero con clara visión, el Emperador, que ya renunciaba a sus sueños de grandeza, decidió el traslado a Madrid como el lugar más adecuado donde emplazar la capital de España; y la historia posterior ha demostrado su acierto. A él le debe nuestro escudo la Corona Real, otorgada en las Cortes de Valladolid de 1544, y de ahí viene el título de «Imperial y Coronada Villa.»

VILLA CENTRAL, FUERTE Y LEALÍSIMA.

Madrid, aparte de su situación geográfica, ideal por ser el centro de la Península, y de su clima apacible, posee la cualidad de ser una Villa real, fuerte, lealísima; y su primacía como Corte no podía producir recelos a ninguna de las otras ciudades, que esas sí que eran capital y cabeza de cada uno de los reinos.

Sede del Rey y, por consiguiente, cabeza del Imperio español bajo la Casa de Austria, Madrid llega a ser plenamente de hecho capital del Estado centralista de los Reyes de la Casa de Borbón, para los cuales los diversos reinos, ya no eran sino provincias o colonias, y para que no cupiera la menor duda, Carlos III, el Rey que realizó las obras públicas, carreteras, puentes, etc., en toda España, mandó fabricar aquí, sobre las ruinas del viejo Alcázar, su colosal palacio, que, es, sin duda, uno de los más bellos y representativos del mundo.

Conocida es la frase que se atribuye a Napoleón, para consolar a su herma-

no José de los sinsabores que le daban los españoles. Le dijo al llegar: «Tiens, Joseph, tu est mieux logé que moi.»

Me place repetir esta anécdota a nuestros amigos de allende el Pirineo, y no siempre les hace gracia.

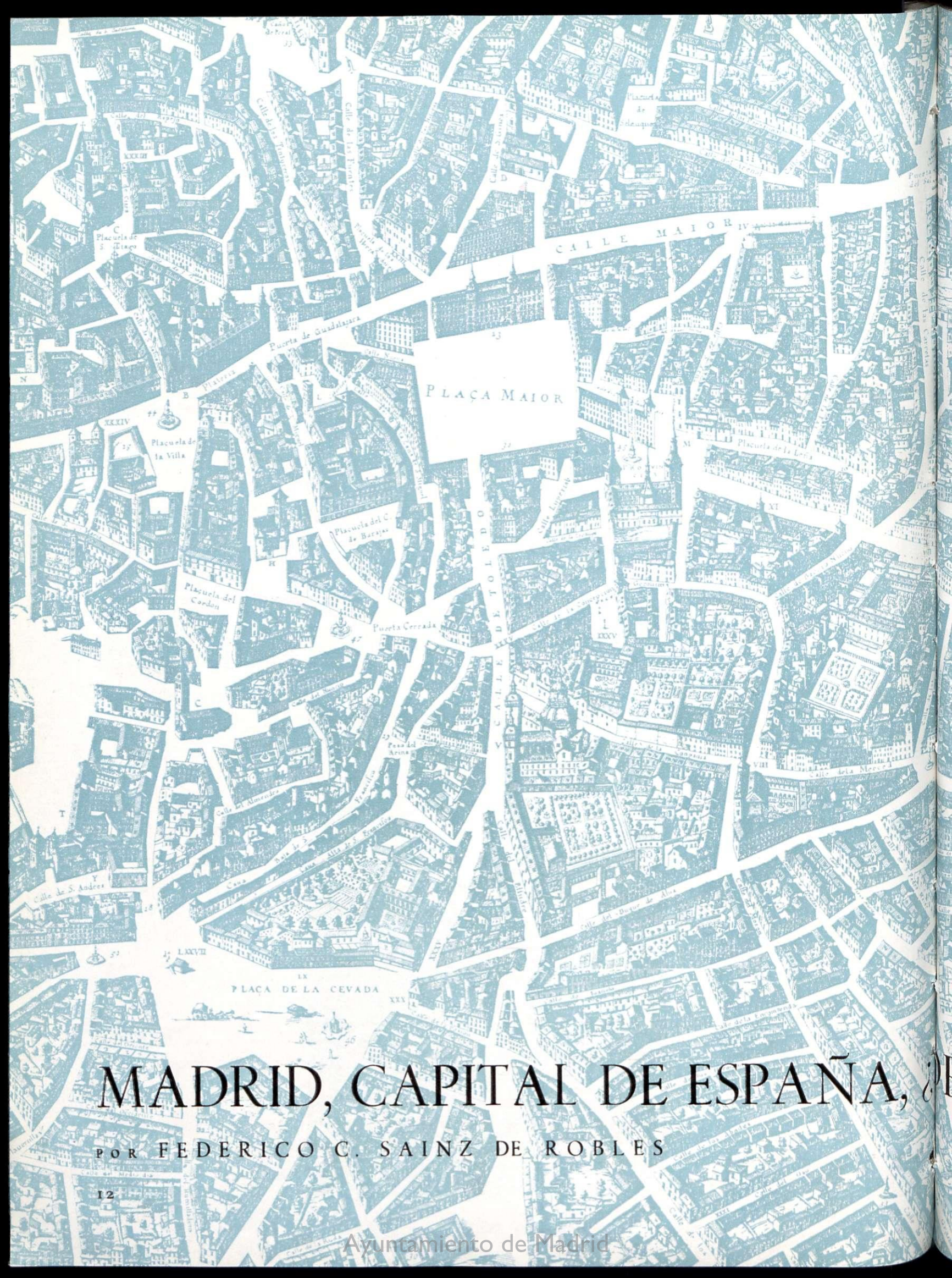
Hemos ido siguiendo, a través de los siglos, el devenir de nuestra Villa en este artículo; hemos buscado el fondo de su alma y la razón de su destino como capital de la Nación. Quisiera que estas páginas acrezcan el amor al lugar donde nacieron o viven tantos madrileños, poco dados a exaltar las glorias de su patria chica.

HOMENAJE A FELIPE II.

Un exceso de amor propio local sé que significa provincianismo, es decir, lo contrario al espíritu de capitalidad. Pero creo que el pueblo madrileño debe en esta ocasión solidarizarse con su Concejo en la celebración del IV centenario de aquellos días en que el Estado moderno recién fundado se estableció en Madrid.


La Administración pública acaba de organizar su Museo conmemorativo en la hermosa Universidad de Alcalá. Y nosotros, en el año en que probablemente se promulgará la Carta municipal que ha de reconocer a este Municipio su primacía, debemos celebrar el IV centenario, pero debemos también de reparar una injusticia y rendir homenaje a Felipe II, el Monarca inteligente, laborioso, preocupado hasta la exageración del cumplimiento del deber, que infatigablemente ordenó y repasó millares de legajos, para dar un sentido moderno y más eficaz al gobierno de la Nación. Recordemos que esto se hizo en Madrid y por eso ahora, por primera vez, la Villa le va a erigir un monumento.





MADRID, CAPITAL DE ESPAÑA,

POR FEDERICO C. SAINZ DE ROBLES

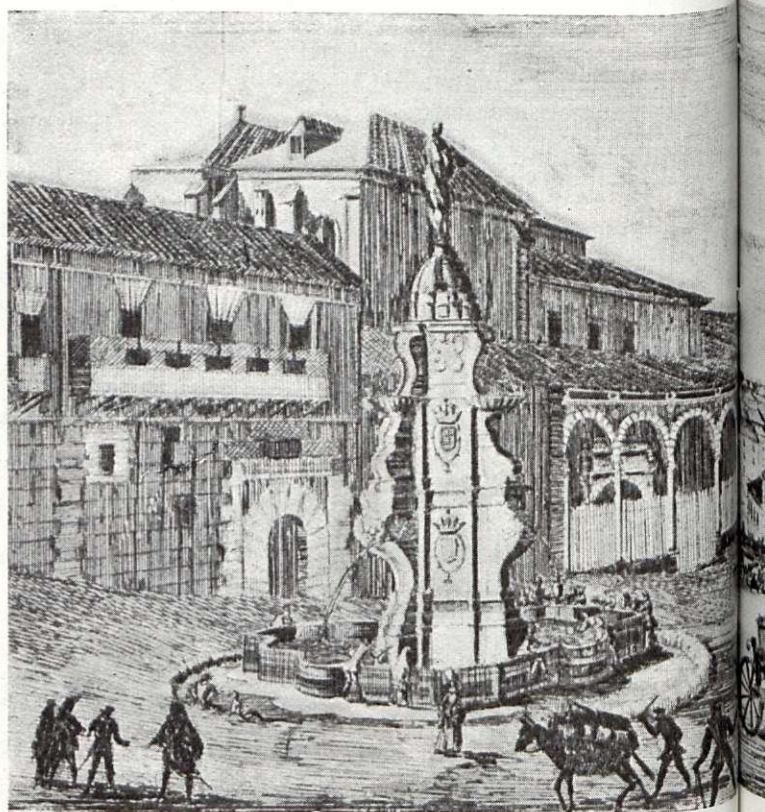


LOS tres grandes motivos en que los investigadores han resumido los cien pequeños motivos —origen cualquiera de ellos del traslado de la capitalidad a Madrid— son estos: el motivo económico, el motivo histórico y el motivo político.

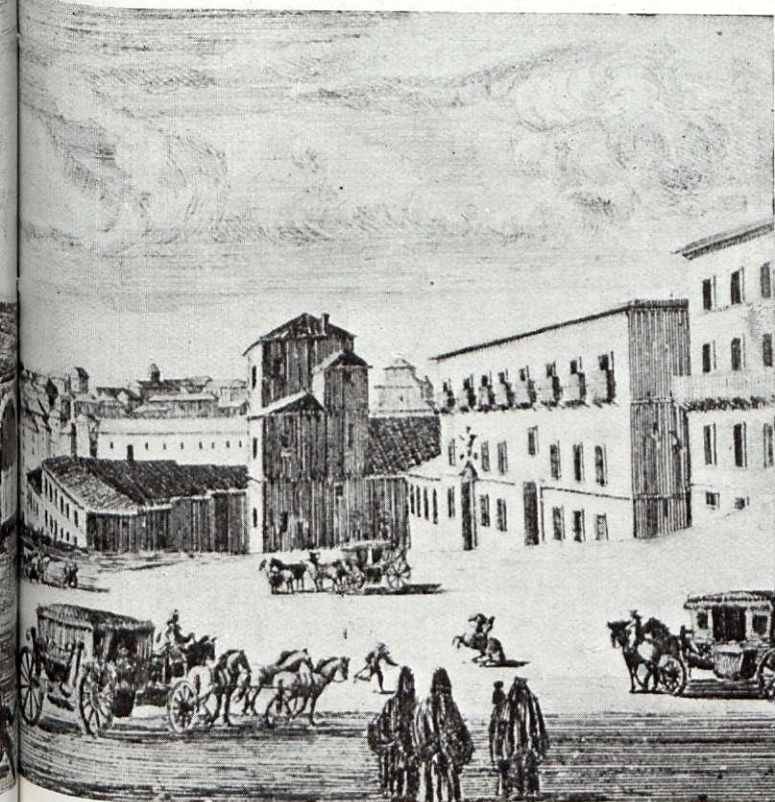
De los tres, es, sin duda posible, el más deleznable el motivo económico. Es cierto que Madrid reunía en aquella época —1561— las mejores condiciones para resolver las necesidades económicas de una gran población: abundancia de aguas, tierra fértil y bien trabajada, caza abundante, comunicaciones relativamente hábiles con las grandes ciudades más cercanas; y sin que dejaran de añadirse, a las económicas, bienaventuranzas naturales: aires saludables, serenidad de cielo, lluvias a discreción, de patrón celeste de tanta experiencia agrícola como San Isidro, participación por igual de las ventajas de la montaña y de la llanura en la linde de la Mancha y en el estribo de la Carpetana. Mas estas condiciones económico-naturales, con ser bastantes a satisfacer, no lo eran para *atraer* a la que había de ser capitalidad del imperio más vasto conocido en la historia. Además, en el siglo XVI, la agricultura, sin medios adecuados y rápidos de transporte, quedaba reducida a una geografía mínima de valor en cambio. ¿Podía Felipe II creer que sus rentas se doblarían con las excelencias de una tierra sin explotación posible? El mismo Levante, con gozar del inmenso beneficio del sistema de riegos implantado por judíos y moriscos y del auxilio de una naturaleza incansablemente pródiga, no representaba en la vida nacional sino un tema para la recordación y para la literatura. Otro motivo económico pudo tentar al monarca. Las rentas de la corona eran escasas entonces. Las guerras, el boato cortesano y la añadidura de la burocracia —nuevo pulpo social— consumían las *alcabalas* —de las que el 10 por 100 correspondía al rey—, las *tercias reales*, los *diezmos de la mar* y de *la seda*, los *almojarifazgos*, los *montazgos* y las *remesas* de Indias. Las ciudades principales por entonces, para atraerse la persona y el poder reales, solían ofrecer grandes cantidades con que saldar los *gastos particulares* de la corona. Madrid, villa de pro, de mucho noble, de suficiente riqueza, pudo tentar la codicia de Felipe II, como años después tentó la de su hijo Felipe III, en tiempos en que la corona había ya apurado hasta los límites las reservas áureas de otras importantes ciudades. Debemos desechar este supuesto. El hijo de Carlos de Gante era la sobriedad misma. Los gastos de su persona eran irrisorios. De sus derechos se pagaban múltiples gastos nacionales. Quien con tanta severidad y decoro tanto vivía al margen de la codicia, ¿era fácil se dejara seducir por sólo unas posibles rique-

zas a él dedicadas? Un último motivo económico susceptible de discusión: la mudanza continua, la inestabilidad de la corte exigía cuantiosos dispendios. Los *aposentadores* que precedían al monarca en sus viajes, para disponer el alojamiento de la corte ambulante y de cuantos Consejos y Tribunales y Cámaras constituían el obligado séquito del rey, habían de disponer de enormes cantidades, pues que debían organizar como una *corte nueva* —espectáculo teatral— digna de los señores de tales reinos. Pudo creer Felipe II que la estabilidad de la capital traería consigo el ahorro de las mentadas fabulosas cifras. Mas a él, tan hecho a la sobriedad y tan ducho en el manejo de la hacienda heredada de su madre, la emperatriz Isabel, ¿se le escaparía el conocimiento lúcido de que lo ahorrado en idas y venidas se iba a dilapidar en el triunfo de una hidrópica burocracia? El mismo carácter incierto de la corte obligaría a restringir el personal y el ceremonial cortesanos. Muchos Consejos, Cámaras y Tribunales, andaban *anclados* en ciudades de tránsito frecuente: Valladolid, Burgos, Segovia, Medina, Madrid, Toledo; y se mantenían a expensas de tributos especiales que los pueblos pagaban de buena gana y mejor talante con tal de tener dentro de sí importantes *señales de corte*. Pero tan pronto como la capitalidad de la nación se fijara, se afincarian en ella Consejos, Tribunales, Cámaras, poderes clericales, representaciones diplomáticas, diputaciones y encomiendas. Y por si tantas cosas —me libraré de decir *desgracias*— fueran pocas, crecería ese monstruo de cien mil bocas, jamás saciadas, que se llama Administración central. Causas de tanta monta ¿podían ocultársele al rey prudente por antonomasia? Debemos, pues, eliminar de controversia el *motivo económico*.

¿Y el *motivo histórico*? Los distintos fueros dados a Madrid, las muchas ocasiones en que residieron los monarcas en nuestra villa y el estar situada ésta en el centro o corazón de España, han sido los argumentos esgrimidos por los defensores del motivo histórico, motor de la resolución de Fe-



lippe II. ¿Tienen fuerza para una convicción decisiva? Creemos que ninguno de los tres. Si Fuero propio concedió a Madrid Alfonso VIII, idéntica merced recibieron de otros monarcas más de treinta ciudades castellanas y leonesas. Y si atendemos a la cantidad mejor que a la calidad de los privilegios y circunscribimos nuestra búsqueda a una sola población, ahí tenemos a Segovia, que a partir de los tiempos celtibéricos pudo engreirse de privilegios, distinciones y regalías sin cuento, desde los edictos del cónsul Veaba Varrón hasta las mercedes de don Juan II. Detrás del entusiasmo de los historiadores de Madrid, no queda sino escueta verdad: los monarcas pagaron la lealtad reiterada de nuestra Villa con privilegios, o confirmaciones de ellos, como pagaron otras lealtades urbanas con la misma moneda de anverso teórico y de reverso práctico. Por lo que atañe a las veces que los monarcas residieron en Madrid, no cabe que los madrileños nos hagamos excesivas ilusiones. Basta



De la abundancia de aguas de Madrid hablan, mejor que nadie, sus fuentes, como esta que reproducimos de un antiguo grabado.

to está en el medio del cuerpo para administrar igualmente su virtud a la paz y a la guerra de todos los Estados...» De fray José de Sigüenza, cronista de El Escorial, son las siguientes *insinuaciones*: «Comenzó —don Felipe II— a poner los ojos dónde asentaría su corte, entendiéndolo importante es la quietud del príncipe y estar en un lugar para desde allí proveerlo todo y darle vida, pues es el corazón grande del reino.» Y terció Núñez de Castro, maestro de la hipérbole, por si ya fuera poco asegurar a la Villa la función cardíaca y cordial de España, prorrumpiendo así: «En todo aspira Madrid a las ventajas; vemos el derecho con que pretende. Según el parecer de varios cosmógrafos, está sita la corona de la Villa de Madrid en el corazón de Europa...» ¡Ahí queda eso! Y «cuarteando» con cierta discreción, Jerónimo de la Quintana advierte «que Madrid es la yema de toda España, pues por todas cuatro partes está en el medio...»

No debió creer Felipe II muy decisivo el motivo «cordial», considerando la situación de las capitales en otras poderosísimas naciones, pues ni París ni Londres estaban en el centro de sus territorios, sin que por ello dejaran de ser Francia e Inglaterra Estados poderosísimos; y la propia España no conoció tiempos más brillantes que aquellos de Isa-

ojear los planos del Guadarrama para comprender que en esta sierra estaban los más fáciles accesos hacia el Mediodía. A partir de la conquista de Toledo se desarrolló «en panorámica» y «tecnicolor» la película histórica de Castilla y León, con tanta o mayor intensidad que del Guadarrama hacia arriba, del Guadarrama hacia abajo. Toledo, Córdoba, Jaén, Sevilla y Ciudad Real fueron ciudades de idéntica trascendencia, cuando menos, que las de León, Burgos, Valladolid y Segovia. De unas a otras, las necesidades históricas pasaban. Y su paso más fácil lo encontraban en el Alto del León y en el Puerto de Navacerrada, cuyo mejor estribo era Madrid. ¿No basta esto a explicar las muchas veces que nuestra villa recibió a los reyes... *de paso*?

¿Y qué diremos de Madrid, como centro o corazón de España? Cabrera de Córdoba «metió su cuchara» en el pleito escribiendo que «era razón que tan gran monarquía tuviese ciudad que pudiera hacer oficio de corazón, que su principado y asien-



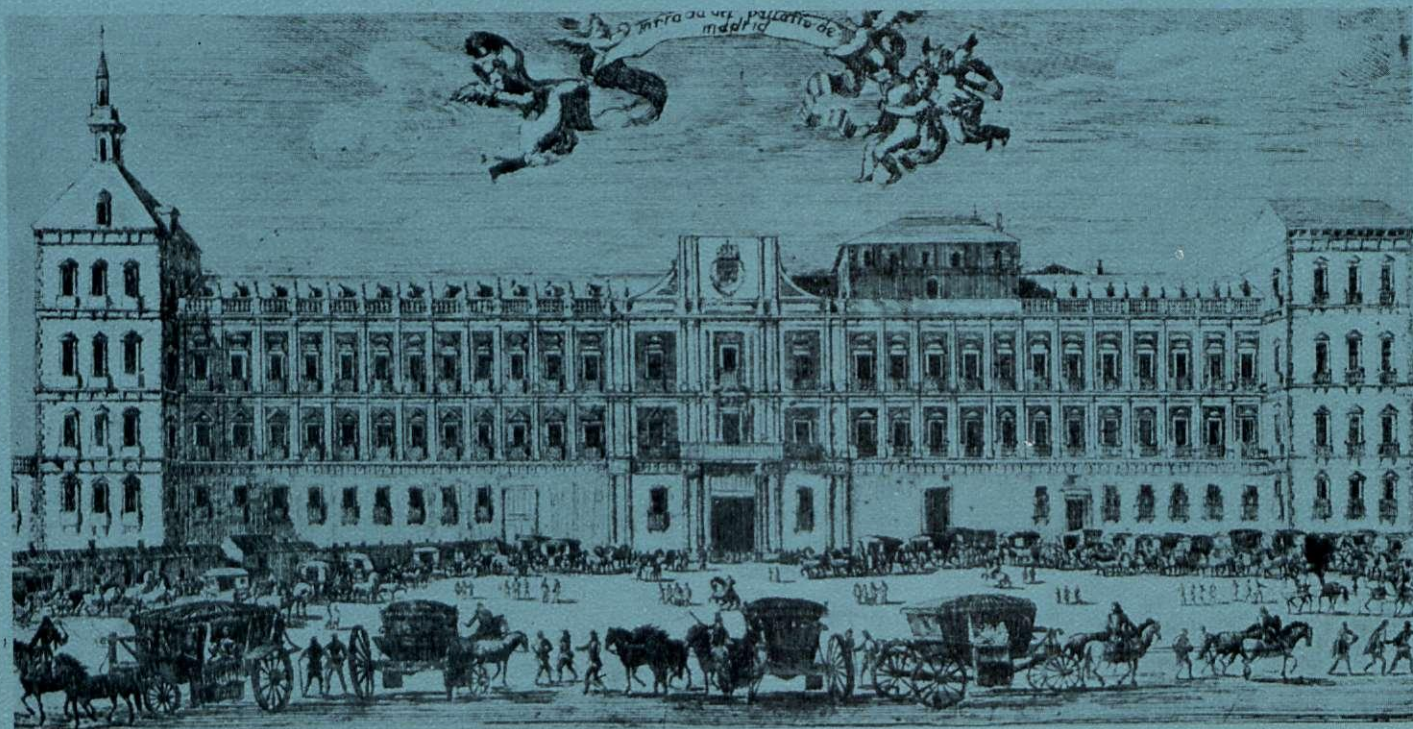
Ruedoco
Quien me compra esos rúdos

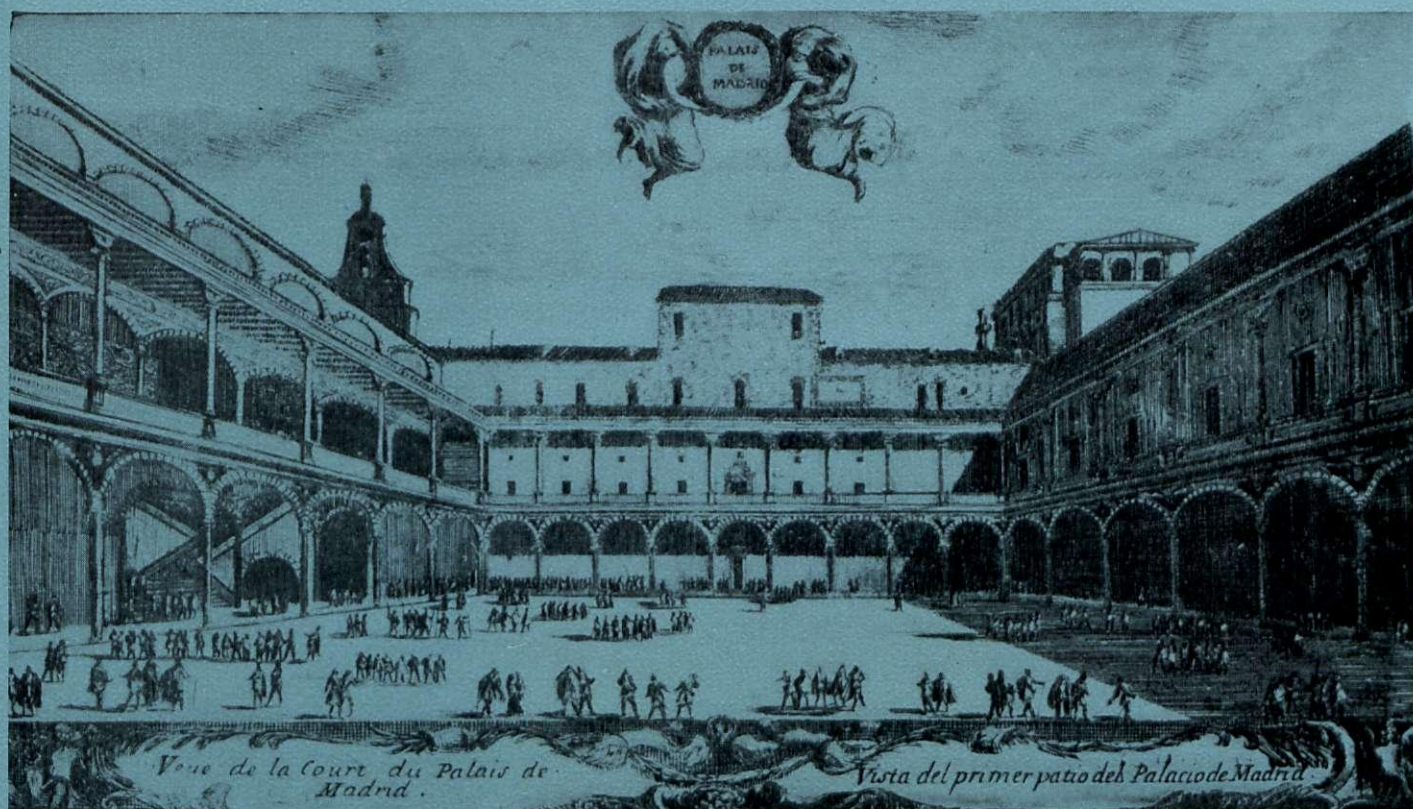
bel y Fernando y de Carlos I, en que —y el ejemplo podía ser decisivo para el buen hijo y respetuoso bisnieto— Valladolid, Segovia y Toledo fueron las ciudades que más «presumieron» de capitalidad.

El *motivo político*, sin parecerme contundente, ni mucho menos, tiene a mi entender una razón más razonable. Indudablemente, con Felipe II llegó la monarquía española a la culminación del absolutismo real. Los razonados —aun cuando inflexibles— mandamientos de los Reyes Católicos, las suaves disposiciones de Carlos I convirtiéronse en órdenes concisas e inapelables en don Felipe II. Este germen de omnimando, desarrollado dentro de la teoría del origen divino de la monarquía, exigía, por supuesto, un escenario suntuoso y un director de escena admirable. Y aquella suntuosidad espectacular no podía conseguirse fuera de la estabilidad cortesana. La razón política debía imponerse a Felipe II, como se impuso a casi todos los monarcas castellanos y leoneses de la Edad Media. Porque hay motivos para no

creer en los reales caprichos que coronaran como cortes tantas ciudades en tan breves épocas. Por ser tiempos de epopeyas —y de cantares de gesta— los reyes asistían —esto es, determinaban capital de sus reinos— «donde la necesidad les llamaba». Así, Alfonso VI eligió Toledo, y Alfonso IX Burgos, y Pedro I Córdoba, y Enrique II Ciudad Real cuando quiso guerrear con Portugal, y Burgos cuando quiso revolverse contra Navarra. Pero ya la unidad nacional era un hecho. El problema se presentaba escueto. Había que decidirse en la gran elección. La política del absolutismo era la centralización, no en el sentido geométrico, sino en el de la iniciativa, pues que el Centro —o gozne, para considerarlo a un lado— sobre el que giraba el más vasto imperio de la tierra era el rey. La elección, dentro del razonamiento político, presentaba estos problemas: había que decidirse por una capital *nueva* y ajena a las tradicionales rivalidades históricas de los reinos. ¿Podría soportar la de la ulisea, la rubia Barcelona, la hegemonía del sencillo y un poco áspero Valladolid? ¿Y la

Entrada y fachada principal del antiguo Alcázar de Madrid, situado, aproximadamente, en el lugar que ocupa hoy el Palacio Nacional.





Una vista del primer patio del antiguo Alcázar de Madrid, según un grabado de la época.

tradicional y aforada Zaragoza la del legendario Toledo? Y no se pierdan de vista las aspiraciones de la Sevilla «que vareaba la plata» de Indias y del austero Burgos. Según Mesonero Romanos, el haberse situado, sin antecedentes, fuera de tanto antagonismos, «fué sin duda lo que hizo (a la Villa) aceptable para *nueva capital* de la monarquía española, corte de un reino *nuevo* también». Mas estos razonamientos del gran cronista madrileño —luego de habernos referido a los motivos económico e histórico, dándolos de lado— vuélvense contra su tesis. Porque..., ¿podemos llamar población *nueva* a la que fluyó tanto dinamismo durante tantos siglos? Madrid hospedó cien veces a sus reyes, con la misma pompa que lo hicieran Segovia o Burgos, Valladolid o Toledo. Madrid sirvió de teatro a Cortes de importancia suma. Madrid aportó, de su peculio, grandes cantidades al peculio de los monarcas y con idéntico buen talante de otras ciudades ilustres. ¿Podía no desper-

tar suspicacias y envidias en las preteridas esta urbe parigual a ellas en el anhelo de consecución, según pretende Mesonero Romanos? Si aceptamos las mismas consecuciones históricas, debemos aceptar las consecuencias todas de cada una de ellas. ¿Razones políticas? El más somero análisis del carácter de Felipe II excluye tal motivación. *Políticamente* —que es contemporizar, transigir, conceder—, hubiera podido este monarca conservar sus dominios de Flandes; prefirió perderlos a sostenerlos *de manera contraria a su voluntad*. La política de Felipe II fué sinónima de inflexibilidad tanto en la razón y en la justicia como en el yerro y en la inconveniencia. ¿Había de tener en cuenta rencillas, envidias de ciudades de su España? Para gobernar con voluntad voluntariosa —como después demostró— le bastaba una celda, y en ella una mesa, y sobre la mesa un tintero y una pluma, y al alcance de su mano diestra una esfera giratoria, por la que su dedo, deforme por el artrismo,



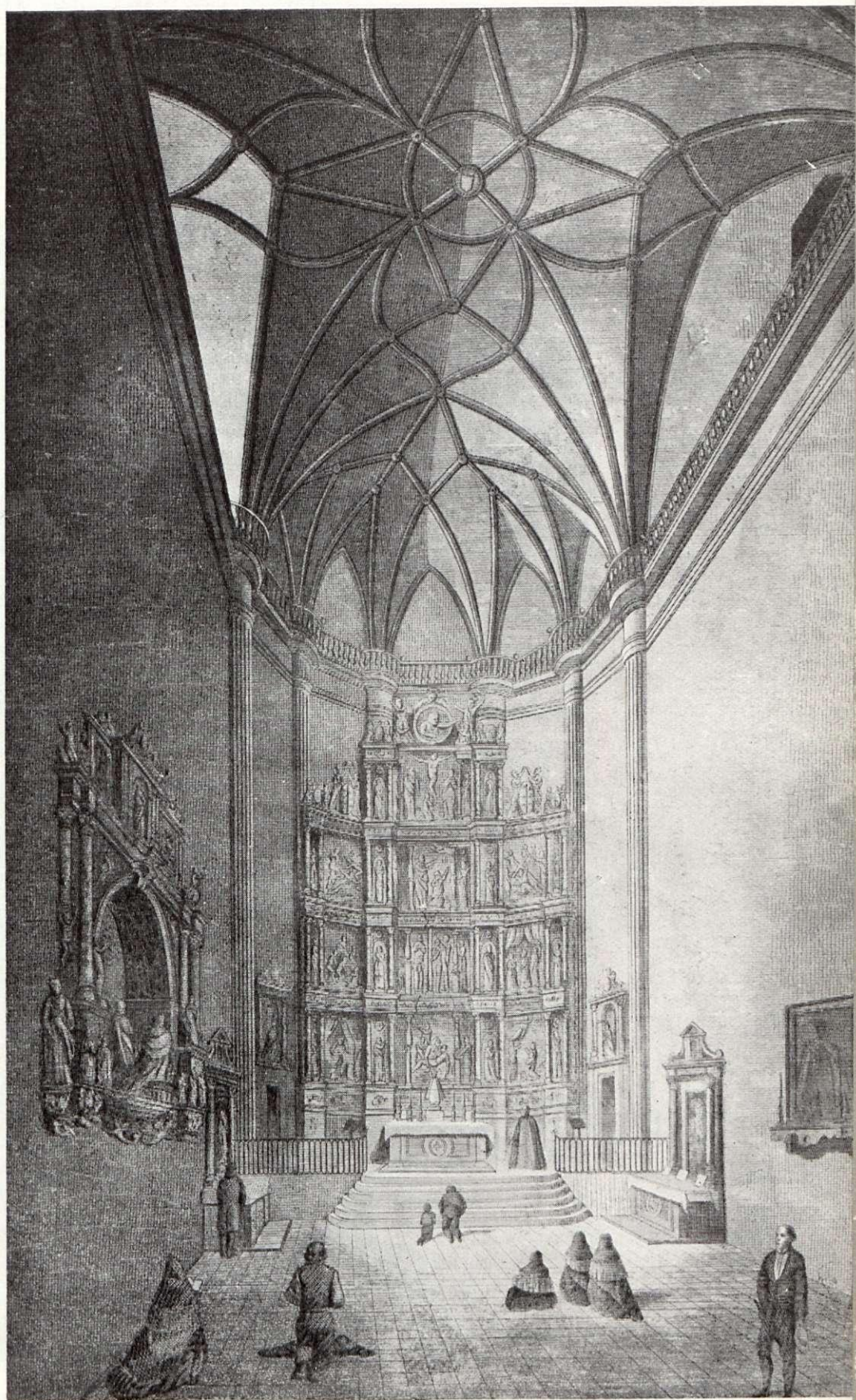
Este juego geométrico de paredes y tejados posee todo el encanto de lo que, por antiguo, nos parece arbitrario. Sobre el paisaje urbano de luces y sombras, la cúpula de la iglesia de San José.

podía señalar los antípodas de sus reinos. La política *externa*, es decir, la pulsación de la sensibilidad y de la querencia de sus súbditos en los distintos aspectos de convivencia *hispana* —pues que abarcaba todo el orbe español— fué desconocida o despreciada por el gran rey.

¿Cuál, pues, pudo ser el verdadero motivo de que la capitalidad de España se alapase definitivamente en Madrid? La misantropía no es, ciertamente, calidad del orgullo, pero sí *apariencia*. Felipe II fué un eterno aparente soberbio. Sus pesimismos —*ab natura*— y su espíritu, analizador constante de los nombres y de las cosas, bajo los cristales de aquellos pesimismos, le llevaron a desconfiar de todos y de todo. Le arrancaron lástimas, pero no amor, sus súbditos. Llegó a Madrid un día cualquiera de un mes cualquiera de 1561. ¿Le atraían las intenciones de fijar en Madrid la capitalidad? Creemos que no. Acaso la falta absoluta de documentos relativos a este importante suceso débase a la ausencia de una resolución real. Llegó a Madrid don Felipe...; pero su corazón y su alma, turbados por extrañas preocupaciones y atisbos melancólicos, buscaba una residencia ideal, una especie de mansión sobrenatural en la que él solo se moviese; teniendo, sin embargo, «muy a mano» las riendas de la gobernación. Según el padre Sigüenza, Felipe II «miró... dónde estaría bien asentada la fábrica que traía en su pecho». Y después nos relata las comisiones que se nombraron y las pesquisas y los trabajos que se realizaron, por orden del rey, para encontrar «el lugar a propósito». Y en la ladera de una montaña, a siete leguas de Madrid, dintornado de aguas abundantes y exquisitas, en una gran copia de piedra azulenca, se encontró El Escorial. Sonrió entonces, enigmático, el rey. Cerca, muy cerca, quedaba El Escorial de Madrid...; y, para abundancia, era Madrid villa importante en el corazón de España. ¿Capital Madrid para residencia de él? ¡No! Lugar, Madrid, propicio a sus deseos de separarse de la parte suntuosa y escandalosa de la monarquía, nobleza, burocracia, Consejos, Cámaras, Tribunales, representaciones de los Reinos, milicias y milites ilustres, poder eclesiástico... Sin poderse explicar su reconcomio, iba a buscar en la soledad y en el silencio de un monasterio la más soberbia ambición: gobernar, quieto y solo, el mayor imperio del mundo, como si fuera «cosa de sueños». Precisamente esto: mantener su absoluto poder en un maravilloso reposo. Sonrió enigmático

Felipe II al encontrar El Escorial, como sonrió, encogiéndose de hombros, al encontrar en el bufetillo de su díscolo heredero, el príncipe don Carlos, aquel cuaderno en que se comentaban los «portentosos viajes del poderoso monarca don Felipe II; de Madrid a El Escorial, de El Escorial a Madrid, de Madrid a El Escorial...», como quien va del coro al caño y viceversa. Sus insomnios, conquistados por los fantasmas, y sus pesadillas des-pobladas de realidades amables, eran espantados al alba por las pisadas —sobre mármoles fríos y sobresaltados— de los monjes encaminados al coro.

He consignado sumariamente lo que para mí presenta la única causa verosímil del traslado de la capitalidad a Madrid. No me ciegan los razonamientos sutiles acumulados por la Historia y por la crítica para «explicar el fenómeno del hecho» que ahora conmemoramos, ni aun examinándolos con la pasión de mi acendrado madrileñismo. Felipe II deseó ardentemente soltarse de las «digaduras cortesanas» sin soltar las riendas de la corte-poder. Y buscó un lugar. Madrid distaba de este lugar siete leguas. Madrid, además, era villa insigne. Nadie se dió cuenta de algo que no era contado en disposiciones reales tajantes. Pero quizá todos cayeran en la cuenta que de Madrid a El Escorial no había sino aquellas siete leguas recorridas por el rey



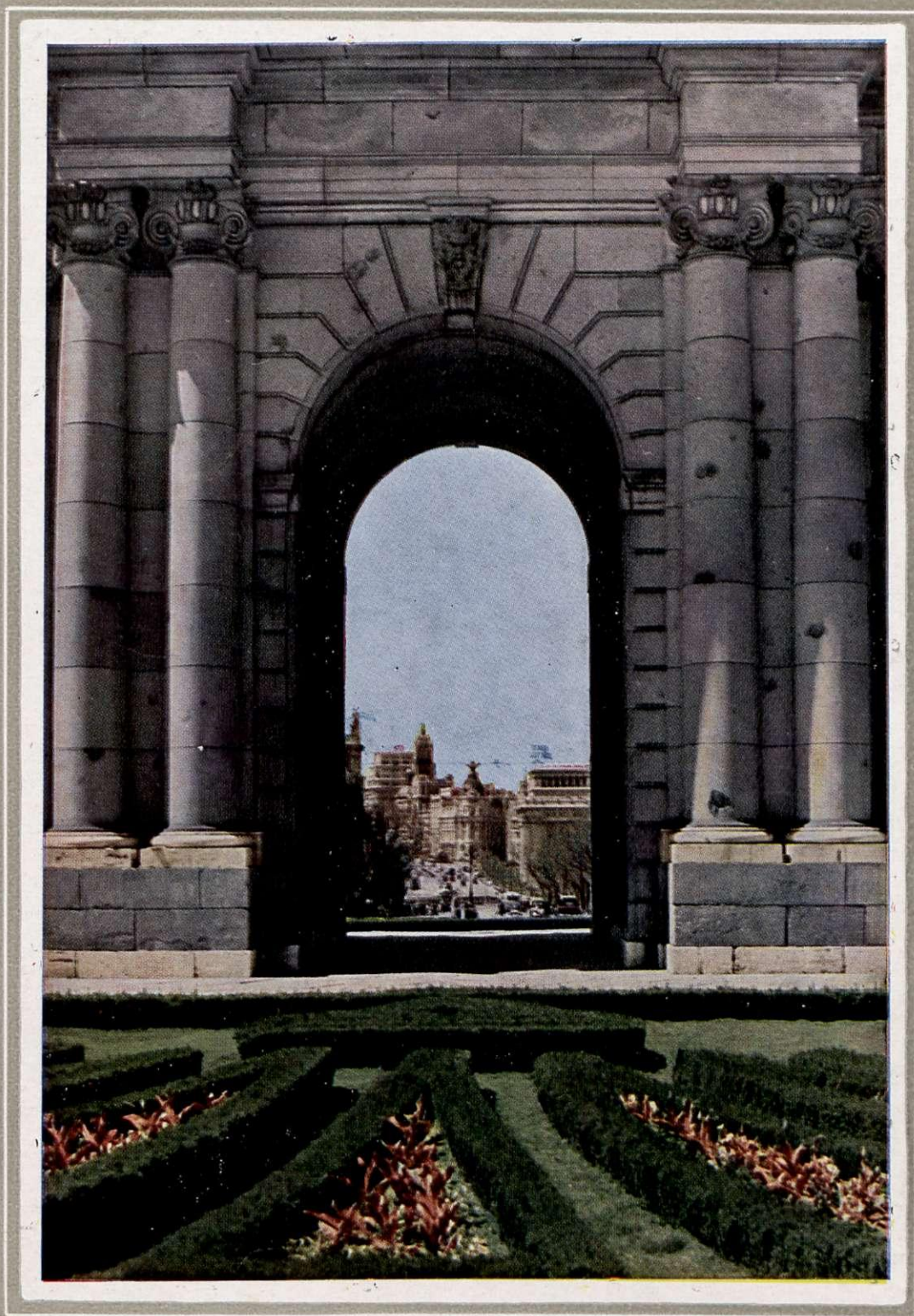
Capilla del Obispo, una de las joyas más valiosas del gótico madrileño.

tantas veces, según el filial sarcasmo. Y de que era necesario vivir siquiera en la linde última de la realeza. En ello enraizó, a mi entender, la ventaja de Madrid sobre las restantes ciudades insignes de España: en unas leguas de menos con relación a El Escorial.

En conclusión, la imponente arquitectura del

Monasterio filipino, escondido entre las estribaciones de la Sierra de Guadarrama, desempeñó en la historia de la capitalidad un papel mucho más importante del que comúnmente se cree: nada menos que ser factor decisivo para consolidar a Madrid en su calidad de corte y capital de las Españas.





LA puerta que abría y cerraba el antiguo camino de Alcalá se fué centrando poco a poco hasta formar parte del corazón de Madrid; es natural que a un cuerpo mayor corresponda un corazón más grande, más abierto, más generoso. Hoy la hemos elegido como pórtico de estas páginas

por ser una de las obras más bellas que nos legó nuestro señor Carlos III, Rey-Alcalde de esta Villa que, por infinita gracia del cielo, ejerce la capitalidad de España.

Otro arco cierra el cuaderno; éste es de piedra recién estrenada, alto símbolo de veinte años de

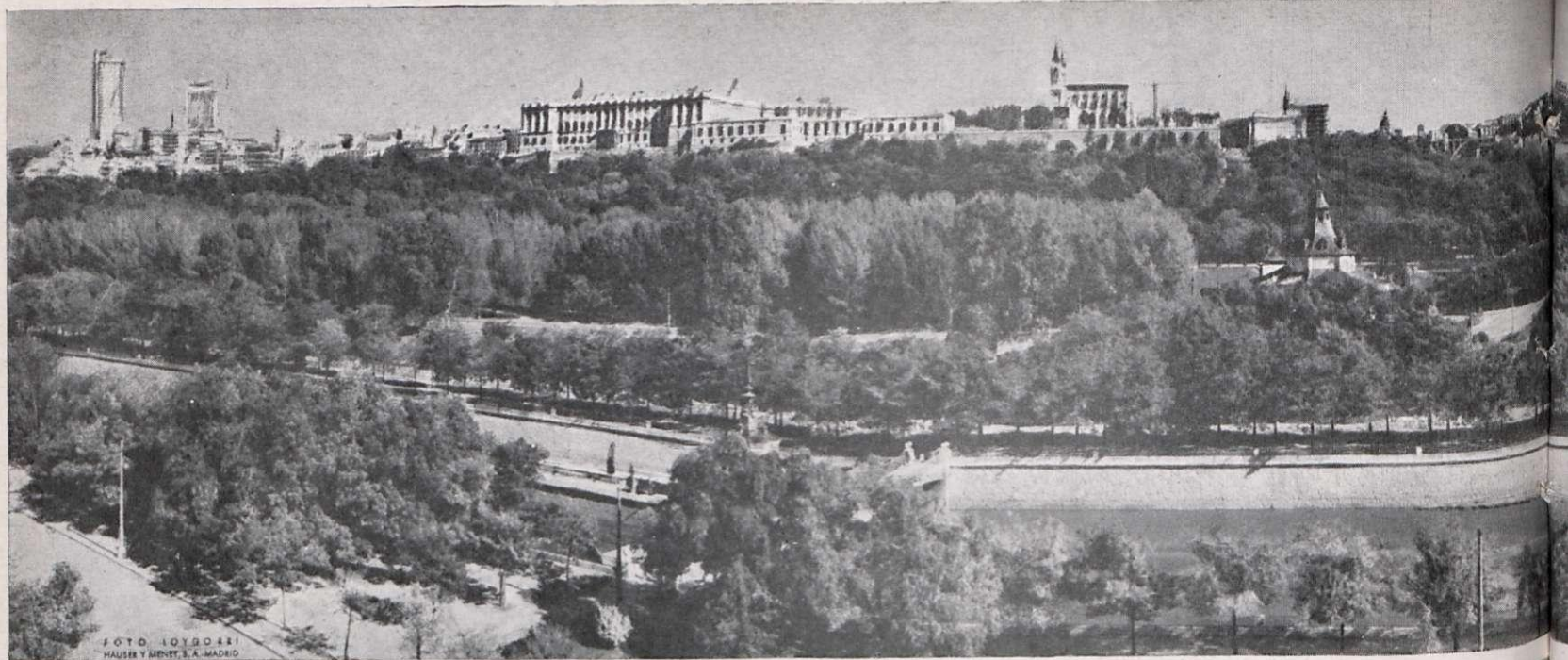




reconstrucción y de creación. No los hemos elegido al azar. Bajo estas arcadas discurren las dos épocas en que Madrid se fué haciendo bello, en que Madrid se fué haciendo grande.

Todavía pasean por esas calles de Dios gentes nostálgicas de aquel Madrid pequeño, estrecho,

tímido, que apenas se atrevía a tocar el campo si no era pisándole en el jolgorio de la romería. Aquel Madrid entrañable y castizo poseía ciertos prejuicios; creía, por ejemplo, que robar a la naturaleza sus tierras era delito que se pagaba con la pena de soportar futuras multitudes, sin darse cuenta que,



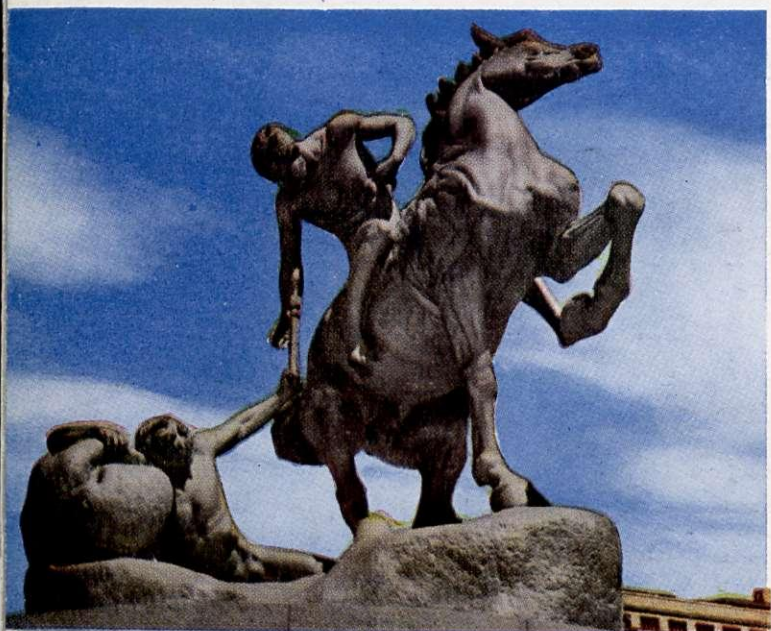
a veces, diez personas nos resultan
 en los que ser madrileño resulta
 generación madrileña empieza a n
 cías aportan a la capital más de
 cuando los niños que ahora corre
 lado de los barrios periféricos sal
 Madrid cuenta con una generación
 el rango de una gran ciudad exige
 cido en ella. Si no lo logra, corre
 A este Madrid que nosotros he
 para correr veloz por largas avenid





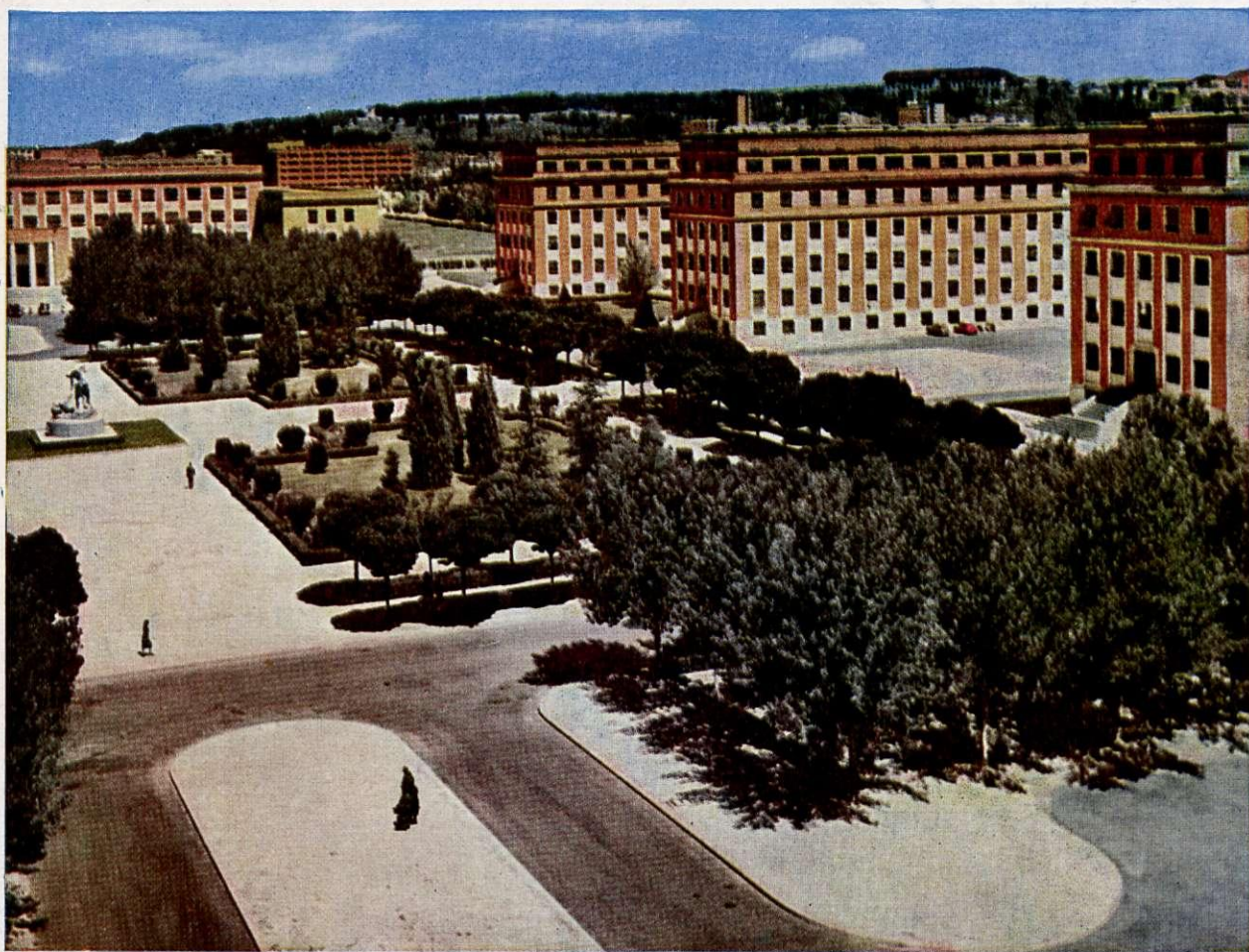
and. Corrían los viejos tiempos
no olvidemos que la gran
a n 1939. Aún hoy, las provin-
de 100 de su población. Sólo
ret los parques o entre el arbo-
sal quintas, se podrá decir que
ión te suya; y recordemos que
glo plo censo de población na-
e o de la artificialidad.
he o; que huye de la callejuela
nide Madrid moderno donde se





canta en varios idiomas; a este Madrid de los grandes centros asistenciales, de los estadios hirvientes como ollas enormes, donde las casas abren sus terrazas al viejo y temido aire que viene del Guadarrama; a este Madrid que está convirtiendo al Manzanares de aprendiz en maestro de río; a este Madrid limpio, jubiloso, trabajador, hoy lo podemos pluralizar y hablar mejor de los Madriles que de Madrid, pues en él se entrelazan las venas de varias ciudades diferentes, nacidas sobre la palma de la tierra como alumbradas por un soplo genesíaco. Este Madrid, con sus barrios inmensos de





30.000, de 40.000 habitantes, es el auténtico «los Madriles», una ciudad múltiple, varia, pero unitaria en su espíritu; una ciudad que sigue siendo íntima para quien es íntimo y con intimidad la trata; en la que los niños cabalgan sobre la fantasía; una ciudad dos veces millonaria de habitantes, que sigue irradiando sobre el resto del país lo que aprende, lo que sabe; una ciudad que, si bien es cierto ejerció en otras edades la capitalidad de España con pulso firme, con corazón alegre y con mente clara, ahora, en su grandeza, demuestra más que nunca que ese título de capitalidad no es en modo alguno un frío término administrativo, sino justamente todo lo contrario: pulso, corazón y cerebro de un gran país en marcha.

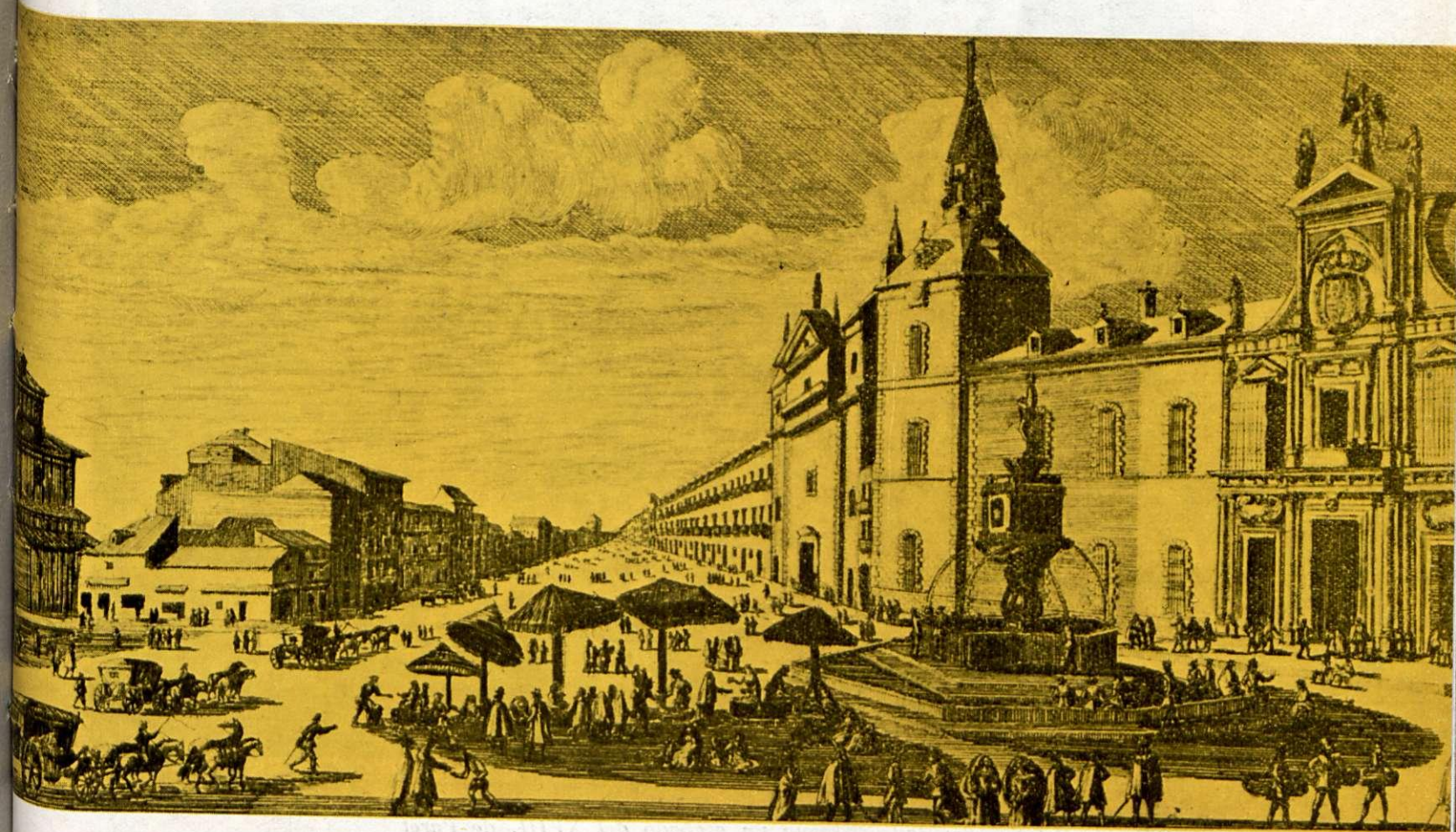




LA VILLA DE MADRID

CORTE DE ESPAÑA

POR LUIS MARTINEZ KLEISER



LA rueda de la Nación, al ensancharse su diámetro, había cambiado de centro geográfico y administrativo. Y más al centro de la rueda estaba Madrid, rodeado de bosques y poblado de huertas. De las Huertas se llama hoy todavía una de sus calles. Todo aconsejaba trasladar el eje de la administración a nuestra Villa. Lo hizo así Felipe II,

hace ahora 400 años. Trasladar la Corte era trasladar la capitalidad; una y otra llevaban consigo todo el séquito de cortesanos y funcionarios.

Madrid era entonces un poblachón parecido a muchos importantes pueblos castellanos de nuestros días. Y en él tenían asiento gran número de monasterios e iglesias, y ca-



Puerta del Sol de Madrid, según un grabado del XVIII, de Paret y Alcázar.

sonas de familias principales, entre ellas la de los Vargas, en la que se forman aún hoy largas colas el día de San Isidro para beber con devoción el agua del pozo que fué escenario de un milagroso hecho en el tiempo del Patrón de la Villa. Acaso no fuera mirado, sin embargo, con disgusto por el séquito la necesidad de trasladarse, ya que las afueras

matritenses ofrecían buenos apostaderos para la caza, de los que había disfrutado el Rey durante sus estancias en el Pardo.

Al trasladarse la Corte, los grandes, que no podían parecer pequeños ante el Rey, empezaron a construirse suntuosas residencias, de las que podemos contemplar algunas

hoy todavía, como sedes ya de instituciones oficiales.

Desde 1561 fué Madrid Villa y Corte, y parecía natural que hubiera seguido siéndolo. No es fácil, ni aconsejable sin razones poderosas, trasladar la Corte, como si fuera un simple domicilio particular. Pero sucedió en 1601 lo inverosímil. Felipe III, aquel rey del que había dicho su padre, Felipe II, estas o parecidas palabras: "Dios que me dió tantos Estados no me ha dado hijos que los sepan gobernar", por causas poco explicables trasladó la Corte de Madrid a Valladolid, tan ayuno de bueno consejo que, cinco años después, mejor aconsejado por sus asesores y propias experiencias, volvió de su acuerdo al volver espaldas a Valladolid para desagrar a nuestra desairada Villa.

Entre tanto, el puño cerrado de la Villa que era entonces Madrid había empezado a extender los dedos de sus comunicaciones en dirección a Toledo, Aranjuez, Atocha, Alcalá y Fuencarral, para que, a lo largo de sus vías, se extendiesen las edificaciones, hasta entonces encerradas en la palma de la mano de sus antiguos recintos.

Los pueblos crecen de dos maneras: en forma radial sobre los trazados de los caminos, y en forma circular añadiendo nuevas circunferencias concéntricas a las existentes. Cuando la fuerza expansiva no es muy grande, su crecimiento se verifica en forma radial hasta constituir la casi única calle en muchos pueblos; y luego, si aumenta el impulso de su vital crecimiento, las comunicaciones tendidas entre las vías radiales crean la extensión circular.

Eso ha ocurrido en Madrid, pero sólo semicircularmente, puesto que la línea trazada por el "arroyo aprendiz de río" llamado Manzanares, forma una línea de contención más eficaz a veces que las murallas.

En la época que nos ocupa, el asentamiento de la Corte determinó la necesidad de que las calles fueran siendo denominadas por acuerdos oficiales. Hasta entonces, las designaciones se hacían a uso de pueblo, es decir: por el pueblo, quien buscaba su consuetudinaria inspiración en el uso vulgar y constante de los habitantes al mencionarlas. Y así la calle por donde se va en dirección X se convirtió en la calle del lugar a donde se dirigía; la calle donde habitó fulano, fué la calle de dicho residente; la calle donde se levantó el edificio conventual de tal orden, se denominó con el nombre de dichos religiosos; y si no concurría ninguna de tales circunstancias, ni había ningún gremio, ni un templo, ni una institución establecida a los que deber su nombre, ni algún recuerdo histórico, ni una peculiar topografía que lo inspirase, la devoción popular escogía para mencionarla una advocación de la Virgen, o un Cristo, o un Santo, o la evocación de un pasaje bíblico.

De todos estos casos se conservan rótulos en las esquinas que todavía nos hablan de pasados siglos. Cerca de cien calles madrileñas ostentan todavía nombres de santos; de lugares bíblicos tenemos, entre muchas otras, las de Belén y la Verónica; las de Alcalá, Fuencarral, Hortaleza y Toledo tomaron el nombre del lugar al que se dirigían; las de Cedaceros y Plateros tomaron sus nombres del gremio

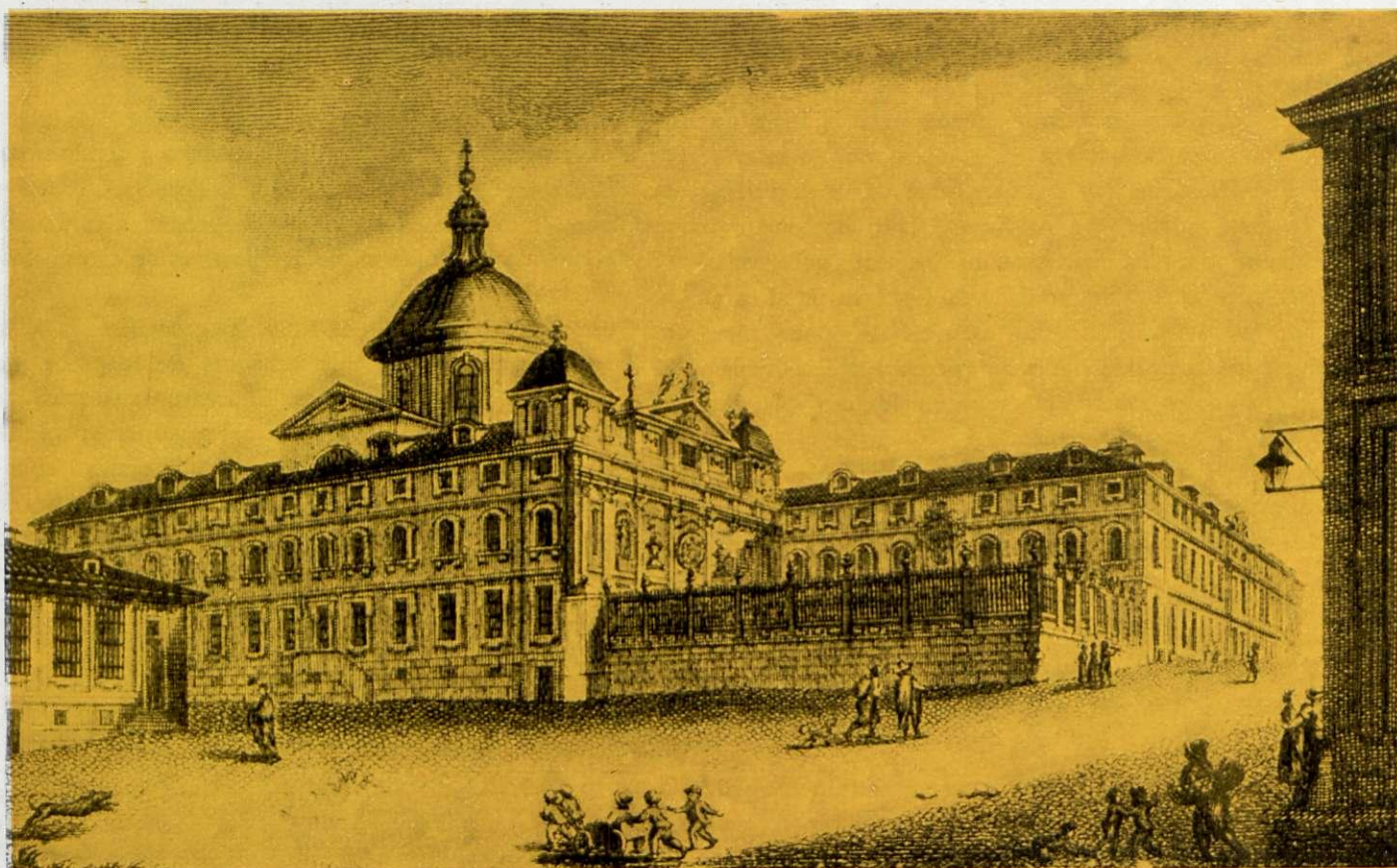
que albergaban; la del Colmillo, de la forma de su trazado; y es fácil adivinar por qué se llaman así las de la Paloma, el Nuncio, etc.

Ya no es tan fácil, pero sí posible colegir el origen de la nomenclatura consignada en el callejero a nombres como del Barco, Carretas, Espada, Minas, Peligros, Preciados, por citar sólo algunas que, aunque se prestan a confusión, fueron apellidos ostentados por propietarios de casas situadas en dichas vías públicas.

Aparte el privilegio de su situación geográfica, la Villa que era entonces Madrid, por achaques de la época, no tenía fisonomía urbana de Corte. El trazado anárquico de sus calles; sus pavimentos de implacables guijarros; su falta de fuentes privadas y escasez de las públicas; su abundancia de bodegones instalados en deslucidas barracas de madera, fijas o en mostradores portátiles llamados por el vulgo de *puntapié*; las casi cuatrocientas tabernas y la falta

Grabado de puro tipismo, titulado Ciegos Jacareros. Bajo el dibujo hay una copla que dice: "Sea verdad o mentira, lo que los ciegos cantamos — No falta quien nos dé oídos y afloje también los cuartos".





Las Salesas Reales, según un grabado de la época, que se conserva en el Museo Municipal.

de medios de transporte fuera de las sillas de mano, que tuvieron su punto de parada desde Felipe III en la Plaza de Herradores; las ventas de pan traído a lomos de caballerías; la de melones en la Puerta del Sol, donde también se situaban puestos de diversas mercancías llamados baratillos; y la de combustibles en cajones portátiles repartidos por las esquinas, daban a nuestra Villa un carácter pintoresco de ferial.

Pero si el conglomerado urbanístico no suspendía el ánimo por su magnificencia, el conglomerado de su vecindario merecía en cambio una especial mención. El licenciado Jerónimo de la Quintana nos legó referencia de los 64 mayorazgos existentes en Madrid antes de ser Corte, y aparte de las personas principales incluídas en ella, podrían envidiar otros centros de población la calidad intelectual de los vecinos, entre los que figuraban genios literarios de fama mundial como Miguel de Cervantes, Calderón de la Barca, Alonso de Ercilla, Francisco de Quevedo, Fray Félix Lope de Vega y Carpio y Fray Gabriel Téllez que inmortalizó el seudónimo Tirso de Molina; y al lado de ellos, otras interesantes figuras de la santidad, de la historia y de las artes, como la Beata Mariana de Jesús, cuyo ataúd descubierto hace unos años exhalaba un penetrante olor a rosas que percibimos muchos madrileños, el Caballero de Gracia, Pompeyo Leoni, el inolvidable párroco de San Andrés, Juan López de Hoyos, maestro de Cervantes y... la lista se haría interminable.

La Corte fué trayendo a Madrid ensanches y mejoras de

los que hoy disfruta la generación presente. La Villa sirvió de cañamazo a la Corte sobre cuya trama fué bordando sus esplendores el tiempo. Durante el reinado del tercero de los Felipes fué dotada la urbe de la Plaza Mayor, del Palacio de Uceda, donde hoy se hallan instalados los Consejos, y de Monasterios como la Encarnación. Felipe IV nos trajo la Cárcel de Corte, sede hoy del Ministerio de Asuntos Exteriores, la casa de la Villa y el Palacio del Buen Retiro, del que nos queda el Casón con su magnífico fresco de Lucas Jordán. Velázquez enriqueció Madrid con los inmortales tesoros de sus geniales creaciones. En tiempo de Felipe V se inició el nacimiento de las Reales Academias, empezando por la Española en 1713, precedido del de la Biblioteca Nacional, llamada Real entonces, y seguido por las importantes y bellas construcciones del Hospicio (Museo Municipal hoy) y del Puente de Toledo, cuyas obras culminaron al acometer el monarca la empresa de levantar el Palacio Real en el solar que había ocupado el anterior Alcázar-fortaleza, destruido por un incendio en 1734.

Fernando VI nos legó el Monasterio de las Salesas, y Carlos III, gran promotor del progreso urbano de Madrid, inmortalizó su recuerdo al levantar, con la Puerta de Alcalá, el actual Ministerio de Hacienda, la Real Academia de Bellas Artes, levantados ambos para hospedar a la Aduana, y la primorosa fábrica que hoy atesora nuestro imponderable Museo del Prado.

Así, poco a poco, mucho a mucho más bien, fué convirtiéndose nuestra vieja Villa en la joven Corte que hoy admiramos.

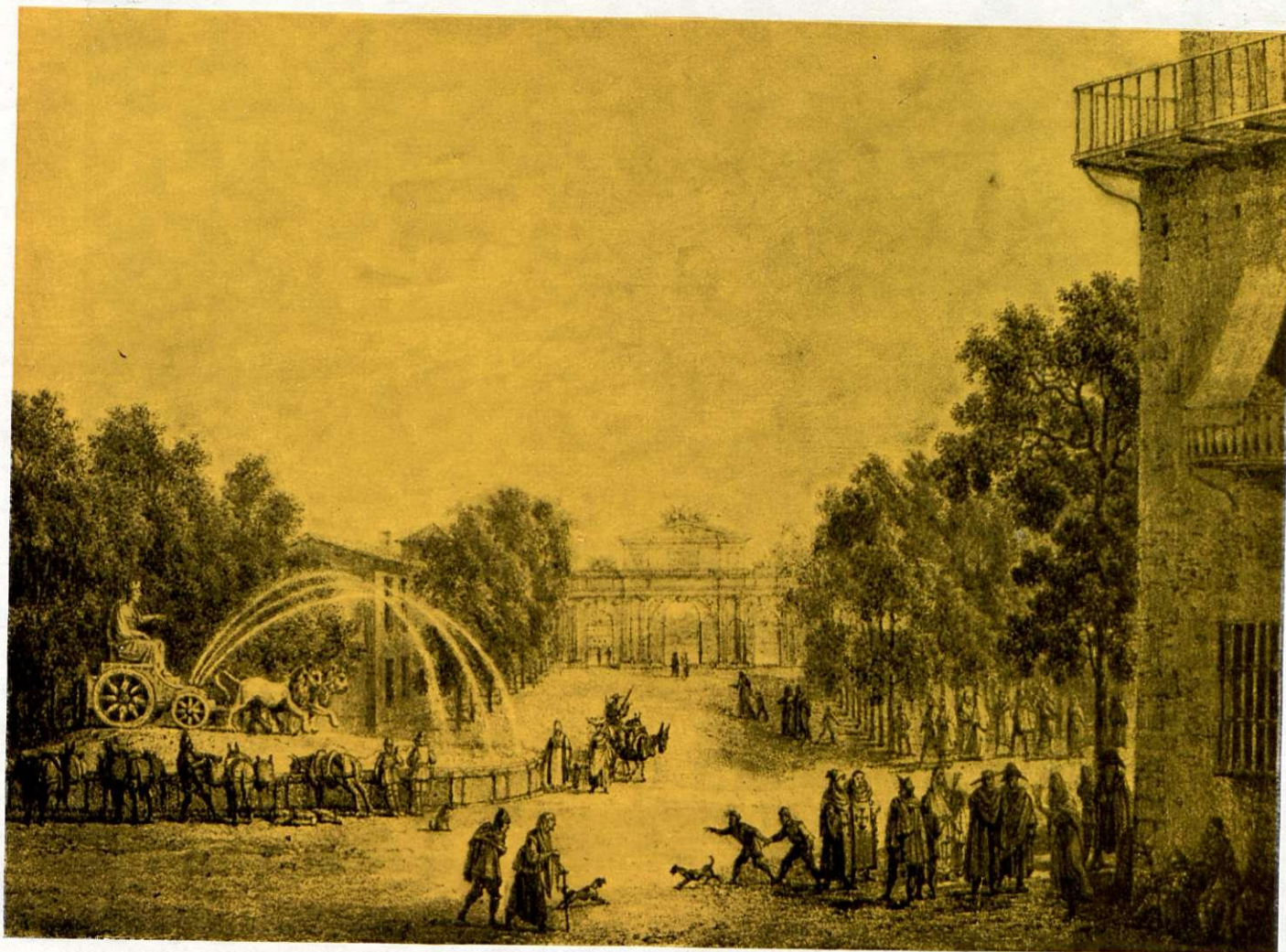
Sus últimos y magníficos avances, realizados a una velocidad uniformemente acelerada que nos produjo asombro, han transformado Madrid en una gran ciudad europea.

Un culto extranjero que se deleitaba contemplando las perspectivas que ofrecen la Castellana, el Prado y la calle de Alcalá en sus dos direcciones desde la Cibeles, hizo un

comentario tan escueto como elocuente: esto es *azúcar*, dijo. Quiso decir, en sentido figurado, que le resultaba muy grata, que sabía bien dicha contemplación.

En este cuarto centenario de la capitalidad de Madrid, pecaríamos de ingratos si dejáramos de sentir profunda gratitud a Felipe II que, al traer a Madrid la Corte, extendió a favor de nuestra generación una letra a cuatrocientos años de vista, cobrada hoy con espléndidos intereses de realidades y de promesas.

La Cibeles y, al fondo, la puerta carolina de Alcalá, en unos tiempos en que Madrid era más pequeño, más íntimo, más vegetal.





FELIPE II EN MADRID

POR EL MARQUES DE MONTESA

Tú, Católico Rey, tú justo y pío
defensor de la fe divina y santa,
tú, fiel amparo de la Madre Roma
oponte fuerte al sedicioso brío
que con soberbia indómita levanta
montes de error...

CRISTÓBAL DE VIRUÉS

LA estatua en bronce que de Felipe II conserva el Museo del Prado es obra de León Leoni. Y como ha sido atribuída, alguna vez, a su hijo Pompeyo, conviene recordar por qué es de León y por qué se la ha supuesto de Pompeyo. Al catalogarla, E. Barrón, el año 1910, no duda en afirmar que «es una de las más celebradas obras de León Leoni». Y, en efecto, se sabe por una carta del propio León Leoni a Fernando Gonzaga, gobernador de Milán, que allí fundió la estatua León el día 2 de noviembre de 1551. Y se sabe además que habría de emplear dos años en terminarla, pues que hasta el día 28 de diciembre de 1555 no avisa Gonzaga al Emperador que la estatua se halla «ya retocada y cincelada». Fué hecha, por lo tanto, cuando el Príncipe Don Felipe tenía veinticuatro años; está representado en pie y vestido «a la romana», aunque con los anacronismos propios del tiempo. Hay que añadir que puede estar hecha del natural, dadas las ocasiones que, en aquellos años, tuvo León de ver al Príncipe, y que no tuvo, por cierto, Pompeyo. León Leoni era grabador de moneda del Emperador,

en el Estado de Milán, hacia 1545. Pasa a Parma, al año siguiente, con el mismo oficio, de donde regresa nuevamente a Milán. Allí se encuentra cuando Don Felipe desembarca en Génova, el 22 de noviembre de 1548. En los primeros días del mes siguiente León se incorpora al séquito del Príncipe, que ha iniciado su viaje triunfal por el Imperio. Entra con él en Mantua, pero, desde Espira, mar-

cha a Bruselas, donde ha sido llamado por el César; se aposenta en palacio, y empieza a trabajar desde el año 1549. Más tarde, irá a Malinas, a Augsburgo y de nuevo a Milán.

La estatua del Príncipe Don Felipe fué encargada a León por la Reina Doña María de Hungría, para el palacio de Binche (o de Bins, como dice Calvete, que lo describe minuciosamente) destruí-



Retrato ecuestre de Felipe II, realizado por Rubens. (1686)



Estatua en bronce de Felipe II, obra de León Leoni. (Museo del Prado.)

concluir el modelado, pues no se hace la fundición hasta fines de año, como hemos dicho.

Hay noticia de que Pompeyo —aprendiz entonces— está ausente de Milán entre 1551 y 1555. Mal pudo colaborar en la estatua. No obstante, se acerca el momento de no separarse de ella. Veamos. Esta y otras efigies reales, hechas por León, han de ir a Bruselas. Los mármoles van por mar; los bronce por tierra en 1556. Y con ellos, Pompeyo. Satisfacen al Emperador estas obras, y decide «llevarse con él a España, tanto las esculturas como los escultores», según escribe B. Proske. Y añade que la estatua de Don Felipe «fué retocada con cinceles». Mas no quiere aludir a que se hiciera entonces, sino tres años antes, como dijimos. Y, por otra parte, si Pompeyo estaba junto a la estatua, también estaba León. No puede, pues, suponerse que hubiera intromisión del hijo en esta obra. En otras sí, porque vinieron sin terminar algunas de ellas. Y hubo que embarcar para España. León, gravemente enfermo, se vió obligado a permanecer en Gante, donde quedaba asimismo Don Felipe, después de su estancia en Inglaterra. Y el 28 de agosto de 1556 abandona el Emperador a Gante, para zarpar, el 13 de septiembre, de Flesinga. La estatua va en una de las naos que siguen a la Bertendona imperial. El 17 se hacen a la mar, y arriban a Laredo el 28; pero las estatuas hubieron de desembarcar en Santander. La tempestad impidió que

do poco después. León habla, en carta, de lo mucho que gusta la estatua, en el año 1550, a quienes la ven en su obrador de Milán. En enero del año siguiente León

va a Augsburgo. Para abril, ha regresado a Milán. Pudo coincidir, de nuevo, con el Príncipe en ese primer trimestre de 1551, durante el cual retrató a éste Tiziano, y

las urcas y naos, que seguían a la imperial, arribaran a Laredo. Hubo que refugiarse en Santander, donde quedó la «hacienda de las Reinas», según carta de Julián de Oreitia, desde Laredo, el 29 de septiembre de 1556. Pompeyo emplea un mes en llevar las estatuas a Valladolid. Allí está ya en noviembre. Pocos meses después, Doña Juana le asigna un salario fijo, al año (27 de febrero de 1557).

Cuando, en 1561, Felipe II trae la Corte a Madrid, viene también Pompeyo. Aquí vive, y en 1556 compra la casa de Juan de Sosa y hace su obrador en la Carrera de San Francisco, con espalda a las Tabernillas y junto al Colegio de San Indefonso, llamado de los Niños de la Doctrina, en lo que son entonces afueras extramuros de la Villa.

Pompeyo enriquece su casa con obras de arte suyas y ajenas, y cuando, en 1582, marcha a Italia, la estatua en bronce de Felipe II se inventaría como suya y queda allí, hasta que, en 1608, año de la muerte de Pompeyo, en Madrid, se registra como de León y Pompeyo en nuevo inventario. Por orden de Felipe III, se deposita en un sótano de palacio. Felipe IV habría de hacer que se pusiera en los jardines del Buen Retiro.

A principios del siglo XIX se hallaba todavía colocada en la portada de uno de los edificios que hubo en el jardín de San Pablo del Buen Retiro; hacía juego —como ahora en el Museo del Prado— con la de la Reina de

Hungría. Y antes de pasar al Prado, estuvo también en la Real Academia de San Fernando.

He aquí, en resumen, los anales de la estatua, y con ellos la prueba de que es obra de León y no de Pompeyo Leoni. Pero hay más. Hay una firma y unas inscripciones. Parece seguro que las letras que se advierten en el tahalí son restos de una firma de León. Por el contrario, las inscripciones que ésta —y otras— llevan, en el plinto, han sido muy diversamente interpretadas. No vamos a exponer esas —un tanto confusas—

opiniones, mas sí habremos de añadir que de las dos inscripciones que lleva la estatua de Felipe II, la una le llama Rey de Inglaterra y la otra menciona a León y a Pompeyo y lleva la fecha de 1564. No obstante, cuando la estatua se funde en Milán, Felipe aún no era Rey de Inglaterra, y en 1564 había dejado de serlo, por muerte de la Reina. Ocurre cosa parecida con alguno de los atributos que ostenta. Hay una Concepción, en el peto de la coraza, como llevaba el Emperador. Pues bien, Plon quiso ver una re-



Retrato de nuestro rey Felipe II, por Sánchez Coello.



Busto de Felipe II, atribuido a León Leoni.

presentación de la prudencia, confundiendo parte de un «gorgoneion» y sin advertir que cuando León esculpe la efigie del llamado «Rey Prudente», éste no había empezado a reinar y era prematuro atribuirle alegorías políticas de un carácter o de otro. La armadura está —al gusto de la época— llena de eso que el propio León Leoni llama «mis fantasías» y que con tanta profusión ornaban los arneses italianos renacentistas. La estatua orante del mismo monarca en El Escorial será sobria y majestuosa. Treinta años transcurridos han bastado para eliminar la iconología plateresca del gusto

clásico «desornamentado». Y esto en el criterio de un mismo artista: se ha observado, con razón, que las figuras orantes del Escorial son obra de León, aunque encargadas a Pompeyo, pues por éste lo fueron a su padre, con la venia del Rey. Y, de Milán, las envió, hechas, León en más de cincuenta cajas.

Pero, en general, se atribuye la estatua orante de Felipe II —y así lo hace el Padre March— a León y a Pompeyo Leoni. Al hablar de ella, vienen a la memoria: una acuarela que se guarda en los Uffici y aquella figura del monarca hincado de rodillas, hecha en cera, y que menciona el último inventario que se redactó el año en que muere Pompeyo y es sepultado en el convento de San Francisco, inmediato a su casa.

Los museos de Madrid conservan medallas con efigie fidedigna de Felipe II, hechas por Poggini, por los Leoni, por Trezzo (y en el Arqueológico hay una con la entrada triunfal en Madrid el año 1580) y algunos bustos. Pero estatua no queda más que ésta del Prado. Se sabe de una que hubo, en mármol, la cual ofrecía escasas variantes; hoy se la considera desaparecida.

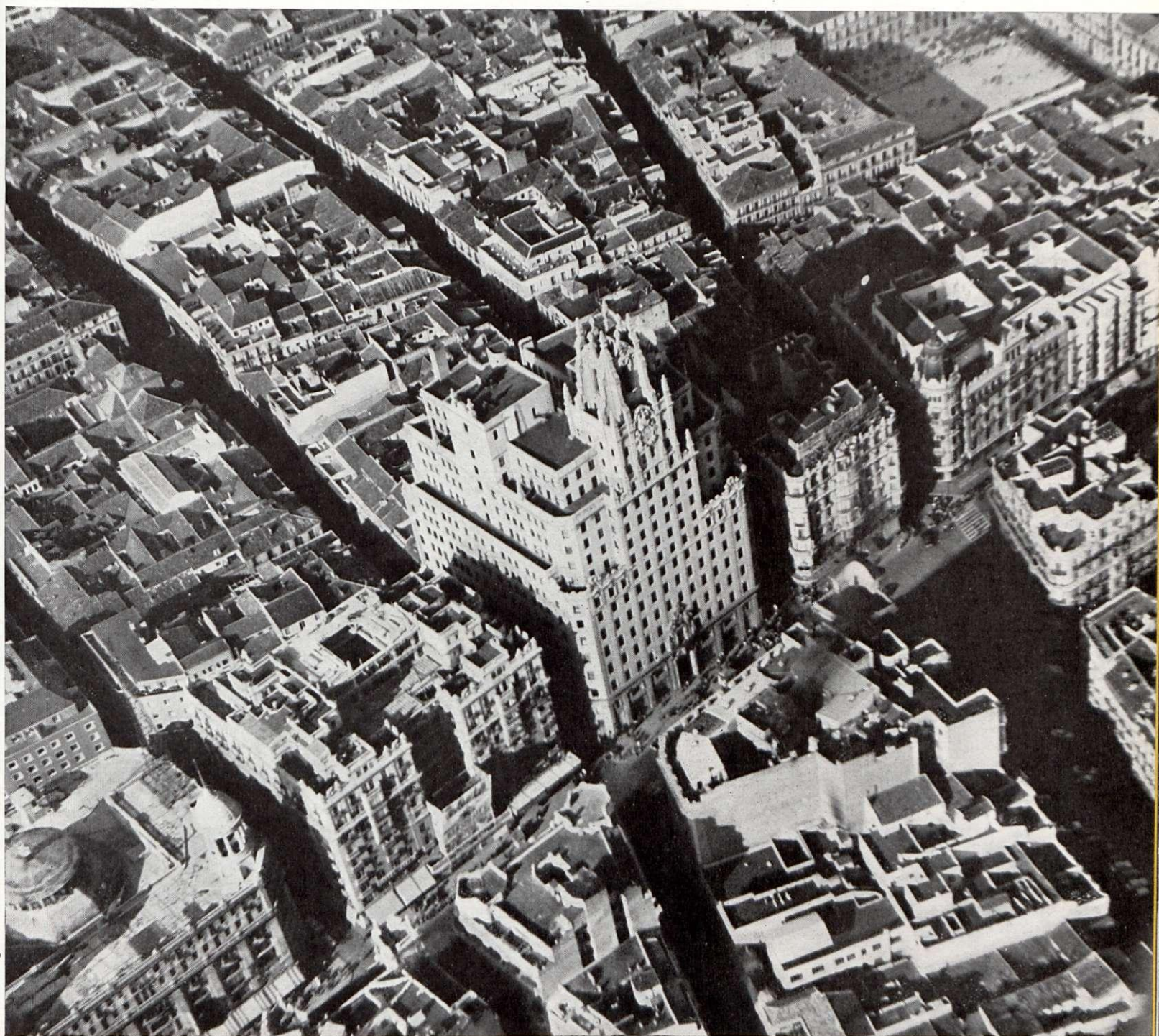
Lo que sí hizo Pompeyo Leoni, en 1570, para la entrada de la Reina Doña Ana de Austria, fué una estatua de Felipe II, en gran tamaño y que imitaba bronce. En ella aparecía el monarca «a la romana», sentado, ante un arco que se erigió en la calle Mayor. Hubo una reproducción destinada a Toledo; por no estar en materia definitiva, ambas se han perdido.

De los varios bustos que se conservan de Felipe II, vamos a men-

cionar dos del Prado. Es el uno en bronce. Ostenta el monarca armadura con una victoria, banda y toisón. Representa, poco más o menos, treinta y tantos años. Pero el busto no está fechado. Carece de inscripciones y no procede del obrador de Pompeyo, pues no figura en los inventarios. Viene atribuido a León.

El otro es en alabastro. Y no propiamente un busto, sino una estatua de medio cuerpo o «media estatua», como se decía entonces del torso sin brazos. Está atribuido a Pompeyo. Plon lo suponía obra de juventud. B. Proske admite la atribución, aunque con algunas reservas, y aventura la posibilidad de otro nombre: el de Juan Bautista Bonanone, de quien se sabe únicamente que hizo un busto de Felipe II. Lo identifica con «un retrato del Rey Felipe II, de alabastro de medio cuerpo arriba, armado, que está sobre el escritorio», descrito en el inventario que se hizo a la muerte de Pompeyo. Y rechaza toda posible identificación con el busto —mucho más corto, en efecto— que aparece en el supuesto retrato de Pompeyo, del Greco. Se podría insinuar que éste corresponde a aquella «cabeza del Rey Felipe II», que también figura en el dicho inventario. Pero sólo se añadiría con eso una conjetura, y habremos de evitarlo.

Baste, pues, con lo dicho, como contribución a la feliz idea de erigir, en Madrid, un monumento a Felipe II. En la edificación de las antiguas catedrales cada cual acarrea su piedra. Este es el pequeño sillar que yo apporto «en servicio del gran Filipo nuestro», que dijo Cervantes.



MADRID CAPITAL DE HOY

POR RAFAEL LOPEZ IZQUIERDO

ESTAMOS en el momento de exaltación de lo arqueológico.

Son cuatrocientos años de capitalidad de nuestro entrañable Madrid y muchos más de su entera biografía. La edad, la veteranía, cuentan tanto en los hombres como en las ciudades que ellos crearon, formaron y vivieron y a las que dieron perfección y progreso.

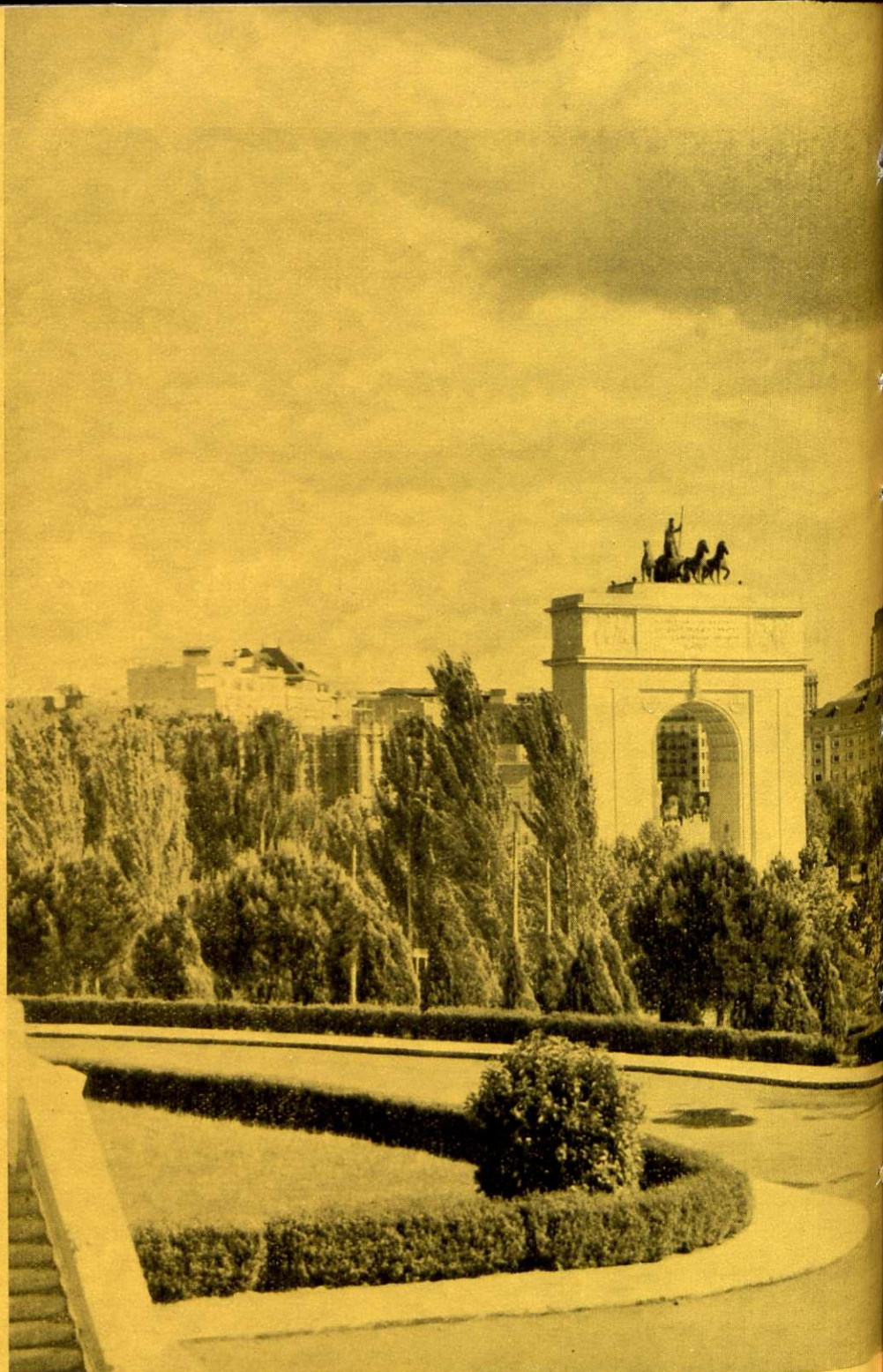
Por eso la Historia, el pretérito de la ciudad, tiene innegable trascendencia y prestigio y es de su acervo espiritual, suma importante. La muestra arqueológica, con la que una ciudad va escribiendo su historia al tiempo que señala y rubrica sus vicisitudes, sus hechos, su avatar, su gloria o sus fracasos, es la patente de grandeza de la que no se puede prescindir. Pero esa Historia queda, está ahí, permanente, para nuestra admiración y nuestro respecto. No obstante, con nosotros está ahora la viva actualidad, palpitante y magnífica, de la ciudad que nos vio nacer y crecer; formando parte de nuestro latir cotidiano de nuestra vida y de nuestro afán; metida en nuestra alma y en nuestro corazón; sencillamente, a nuestro lado, integrando nuestro ambiente, nuestro aire y nuestro aliento. Como algo consustancial e inseparable de lo que no podríamos prescindir. Y de esa actualidad, de la capital como capital, gran ciudad que cuenta en el concierto de las grandes ciudades del mundo, queremos hablar aquí.

* * *

Se ha dicho mucho de la luz que envuelve a Madrid y de su fino aire y del durzo azul de su cielo. Nosotros añadimos su aroma un poco montaraz que de pronto, y sin saberse cómo, da clima familiar y un poco aldeano, al mismo asfalto de la Puerta del Sol y de sus grandes vías. La luz de Madrid dio pautas plásticas y de sorprendente inspiración a colosos de la pintura. El aire fino que nos llega del Guadarrama y de las frondas

copiosas y antiguas de la Casa de Campo, atrajo a los monarcas y su cielo, de un azul cambiante, de espléndidas y luminosas gamas, ha servido de fondo y de dosel a mil capítulos gloriosos de su incalculable historia. Tan inmensa, que al

contemplarla cunde la admiración y a veces —sorprendente— el desaliento. De Madrid, se ha hablado de todo esto y de mucho más. Nosotros queremos referirnos ahora, únicamente a su actualidad. Al cúmulo de factores que componen la





Estampa característica del nuevo Madrid o, si se quiere mejor, del Gran Madrid. Embocadura de la capital desde la Ciudad Universitaria. El Arco del Triunfo, la Moncloa, el Ministerio del Aire... Así se ve nuestra capital desde esas tierras ocreas y verdes que saben latín.

vida diaria del Madrid de ahora; a su contenido, a su paisaje y a su espíritu y, en fin, a todo cuanto ha contribuido y contribuye a que su rango de capitalidad con cuatrocientos años por delante, la sitúen ahora ante nosotros y ante el mun-

do como una de las ciudades más bellas del orbe y en primerísimo lugar entre las de la vieja y señorial Europa. Para empezar hay que decir que Madrid, a su aire físico añade el aire pimpante de su simpatía y de su jovialidad y el de su

vida amena, divertida, desenvuelta y fácil.

* * *

En solamente veintidós años, Madrid se ha convertido realmente en capital de su capitalidad. No es éste el momento de hablar de un crecimiento demográfico, de una extensión, de unas cifras, de una matemática que aquí no tendría lugar y que, además, en el ánimo y conocimiento de todos está el considerar. Pero sí lo es de reconocerlo, estimando en todo su valor está gran conclusión de realidad. El rico paisaje del Madrid de la calle, envuelto todo él en la atmósfera cordial y hospitalaria de que la Naturaleza dotó a nuestra ciudad, ha cobrado en este tiempo nuevas y espléndidas condiciones. Ya era conocido por todos los tiempos el hecho repetido a su través, de que el extranjero, obligado por circunstancias de su carrera —concretamente el diplomático— a residir en Madrid por algún tiempo, oponía en principio todos los medios en evitación de que aquello se produjera. Esta verdad, tristemente frecuente, acaba desde luego por una resistencia a abandonar la ciudad que, repudiada sin motivo, por no conocerla, ofrecía después una hospitalidad sin reservas y un cuidadoso tacto para la acogida de sus huéspedes. Esta sensación de bienvenida, de saludo cordial y de entrega a lo afectivo, se tiene hoy como en ningún otro momento de su historia y de su vida, en Madrid.

* * *

En dos decenios Madrid ha triplicado sus posibilidades en cuanto a la modernidad de una vida que se produce en ella con alegre comodidad. En el campo del espectáculo se ofrecen al espectador no ya como en frase tópica es frecuente decir, locales del teatro y de cinematógrafo «que pueden competir» con los mejores del extranjero, sino muchos que superan a los que en otros países visitamos. Madrid

crece y recrece en este sentido, de manera sensacional. En primer lugar porque su condición de capital, para nosotros mismos, lo requiere así. Después, porque su condición de estación internacional a la que nuestros visitantes llegan de todas las latitudes, exige la presencia y la prestancia de tan importante capítulo. Que Madrid tenga en su pasivo, y siempre dentro de este campo, obras inacabadas, nada

quiere decir frente a la evidente realidad de lo que en estos años ha logrado hacer culminar. Y al lado de estos nuevos teatros, de estos nuevos locales de cine, de la sala de conciertos o para el espectáculo circense, esa animación permanente que es de entre las características de Madrid, la más destacada y la que logra una definitiva permanencia en la fisonomía de la ciudad.

* * *

Es difícil hablar de hospitalidad de una capital en el sentido estricto de la palabra, sin incurrir quizá en el campo de lo publicitario o del «slogan» turístico y circunstancial. Pero en este caso, y puesto que a la actualidad de Madrid en todos sus aspectos queremos referirnos, no podríamos omitir en la descripción de la ciudad crecida, ya cuatricentenaria, de su paisaje, la notable multiplicación en ella de sus alojamientos. A los clásicos hoteles de las cadenas universales más prestigiosas y conocidas, remozados en esta actualidad del último minuto de la airosa y graciosa urbe, se han añadido notables ejemplos de este orden, de importancia definitiva. Hoy día Madrid presenta al propio y al extraño la lista más completa de cuanto puede representar digna acogida y un estilo de confort y servicio sin posible competencia. Así como la ciudad sirve al visitan-

El Paseo del Prado sabe de ciencia —Jardín Botánico—, sabe de arte —Museo del Prado—, pero también conoce el amor y el juego de los niños. Sus fuentes le prestan intimidad y lirismo.



Entre la arquitectura vegetal de la plaza de Oriente, nuestro rey Felipe II cabalga sobre bronce hacia la eternidad.

te en el interior, le facilita sus desplazamientos rápidos y cómodos en un 200 por 100 más sobre los que contaba antes de 1939, invitando a los recorridos monumentales en sus cercanías, que son de ella prez, orgullo y complemento. Extiende, pues, Madrid esa hospitalidad hacia lo que siendo extramuros, es, sin embargo, entraña, corazón y alma de la ciudad.

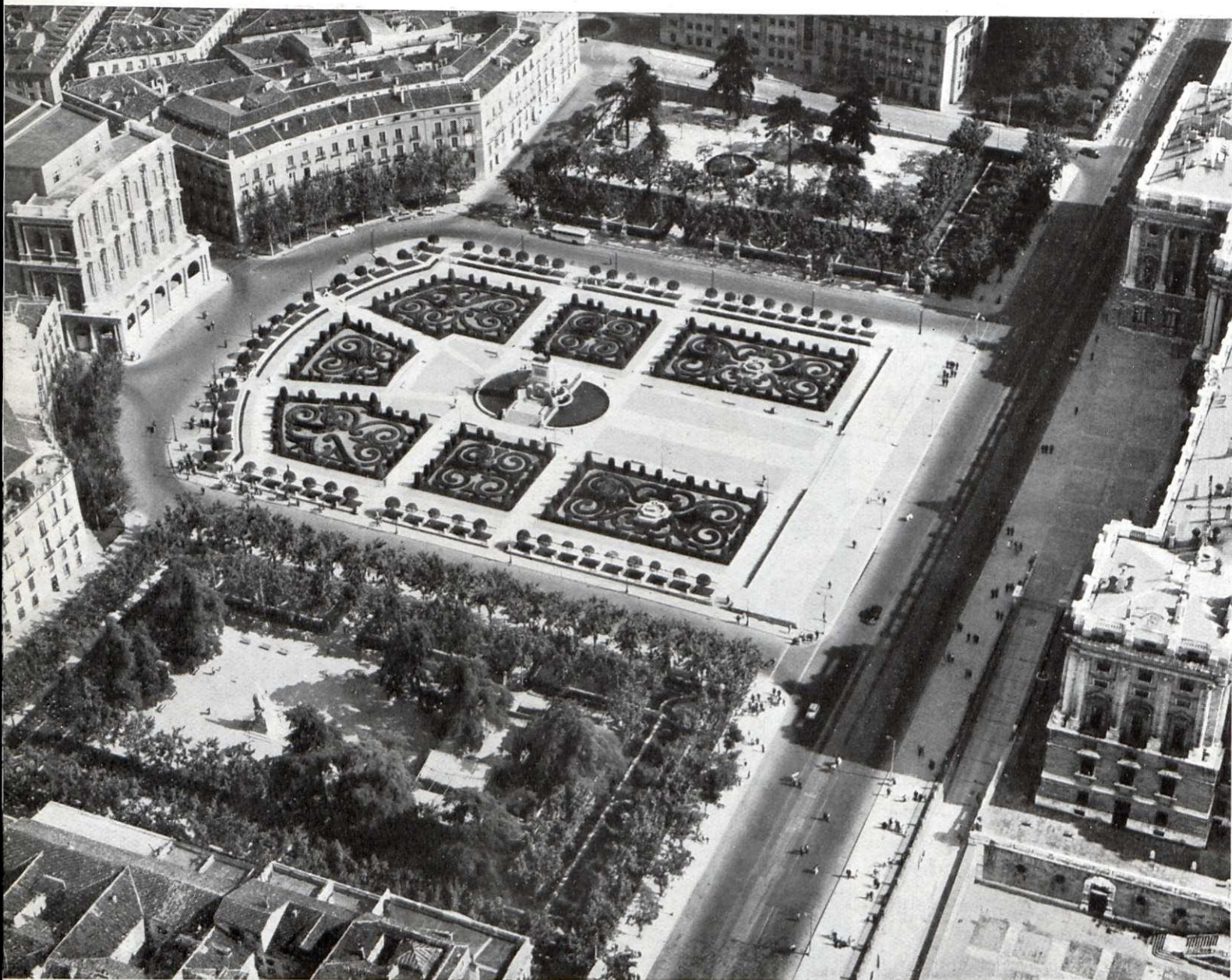
* * *

Es el café y la tienda —el escaparate humano y la vitrina comercial—factor importante en la capitalidad de Madrid, mejor dicho en lo que le es inherente como gran ciudad, primera y máxima de la nación. Fundamental en su ambiente, rasgo prominente de su fisonomía. La americanización que la ola vertiginosa de los tiempos nuevos, indefectiblemente ha alcanzado a los dos hemisferios, también ha cuajado en Madrid, ¿por qué negarlo? Pero con alegría de diversión, eso sí, y sin la trascendencia de lo fatal e ineludible. Sin rozar, sin embargo, en lo que es primordial, no ya en el respeto a lo tradicional que en muchos casos no es exigible, sino sencillamente en lo que de costumbre pueda tener. Por ejemplo, el café. América ha espolvoreado de cafeterías al minuto las ciudades. Madrid entre ellas. Pero nuestra capital no ha logrado extirpar la costumbre de la



tertulia, de la cita o de la charla de negocios ante un «cortao» o uno con leche que es fundamento y fin

del local «café». Así, Madrid hace compatible su aire de gran ciudad a la americana con este conservarse



Vista aérea de la plaza de Oriente. En ella puede observarse el perfecto equilibrio que componen edificios y jardines.

pequeñito y diverso, un poco campesino, un poco provincial, señor y fino, aldeano y prócer que lleva en sus bagages el Café. El movimiento es inmenso y continuo en su nueva red de cafeterías que puebla y cunde por toda la ciudad, hoy con su asombrosa astronomía de luces en la noche, pero en la Puerta del Sol nuestra y de Ramón, la de las madrugadas color de rosa y las noches luminosas, po-

bladas y sonoras como el día, quedan aún los cafés. Renovados tan sólo por cumplir, discretamente; porque sus mesas de mármol blanco, plano propicio a la estrategia, a la cuenta y al marcar la incidencia del partido de fútbol o el lance malogrado o glorioso en la arena de la torería, persisten aún. Como las botijas de grueso cristal para el Lozoya o el Santillana, y los viejos camareros alfonsinos.

Con el café, la tienda nueva, el escaparate, sienta hoy en Madrid las mejores y más suntuosas pautas de capitalidad. El arte y el buen gusto del escaparate madrileño es de la ciudad, permanente espectáculo capaz de dejar boquiabierto a los de fuera y a los de dentro. Es ésta del escaparate una de las consecuciones más logradas de la actividad nacional en el comercio y en la industria y de mayor contribu-



El estadio Santiago Bernabeu, propiedad del club de fútbol Real Madrid, símbolo abierto de la apasionada afición deportiva de la capital de España.

ción a la vitola del nuevo, que es a la vez viejo y siempre Madrid.

* * *

Completan la geografía madrileña sus parques tradicionales —de gran capital— y sus paseos y jardines alegres y coloridos, notablemente multiplicados en los dos úl-

timos decenios. Los extranjeros que nos visitan se admiran o callan ante ellos, que al fin es admirar. Nosotros además, los sentimos, los vivimos y los comprendemos. Con ellos, muy urbanos, se catalogan esos otros que nos da la historia montaraz, ya lejana, de la primera capitalidad de Madrid. Como el encinar de el monte de El Pardo, la Casa de Campo y los campos pinarales o los dilatados retamares de

la carolina Boadilla y de Pozuelo, de Chamartín o la Moncloa. Todo ese cinturón de altozanos y declives, de vaguadas y de glebas matritenses, ayudan igualmente a destacar y valorizar la fuerte y específica individualidad de la católica capital de España. Y hasta su agua del Manzanares, corriendo humildemente a sus pies, la hace más alta y más señera y más señora. Y hasta ese río, modesto personaje de



La calle de Alcalá, la de los versos y los cantares, lentamente ha ido perdiendo su tipismo para convertirse en la arteria comercial y administrativa más importante de la capital de España.

coplas y sátiras, se ha hecho ya río de capital y su cauce nuevo y sus varandas y sus esclusas y sus bolas de granito, le dan jerarquía fluvial y navegable, al menos en el propósito, de río de primer rango.

Con cuanto dicho está nos que-

da aún, sin embargo, la arquitectura y la urbanización. Conservados y exaltados nuestros valores arquitectónicos catalogados, hay que añadir al Madrid que hoy va a cumplir sus cuatro siglos, el auge patente de sus nuevas construc-

ciones. Forman éstas en la escenografía de la ciudad de modo preponderante, propicias a la contemplación del paseante, además de cumplir con la función de trabajo para las que fueron construidas.

* * *

Madrid, gran ciudad, está en plena vigencia. Su antigua capitalidad recibirá ahora el reconocimiento como tal, su conmemoración, mejor dicho, a los cuatrocientos años vista. Lo inherente a esa capitalidad, que Madrid tiene, que es su prestancia, su altura y su estilo, han variado escasamente desde los años filipenses. Su piel y su rostro, quizá sí. Su aire y su luz, no. ¿Por qué negar su perfecciona-



miento, su progresión constante, su calidad definitiva? Podemos atenernos a los hechos y cantar sus glorias un poco manteniéndonos en la línea ingenua del sainete, pero tampoco hay por qué exaltar como novedad y como descubrimiento, lo que es de Madrid, capital muy capital, fijo y permanente. Como por ejemplo, esos valores físicos y al tiempo espirituales a que todos venimos refiriéndonos con constancia obstinada. Como es el color que ese aire y esa luz muy de Madrid van logrando inseparables, y que tanto influyen moralmente en el sentir y en el latir de nuestros convecinos. Y en nosotros, claro. O también la gracia y el garbo de sus mujeres o la serenidad y el aplomo de sus hombres. O, en fin, tantas cosas más como contribuyeron a que un monarca de fina sensibili-

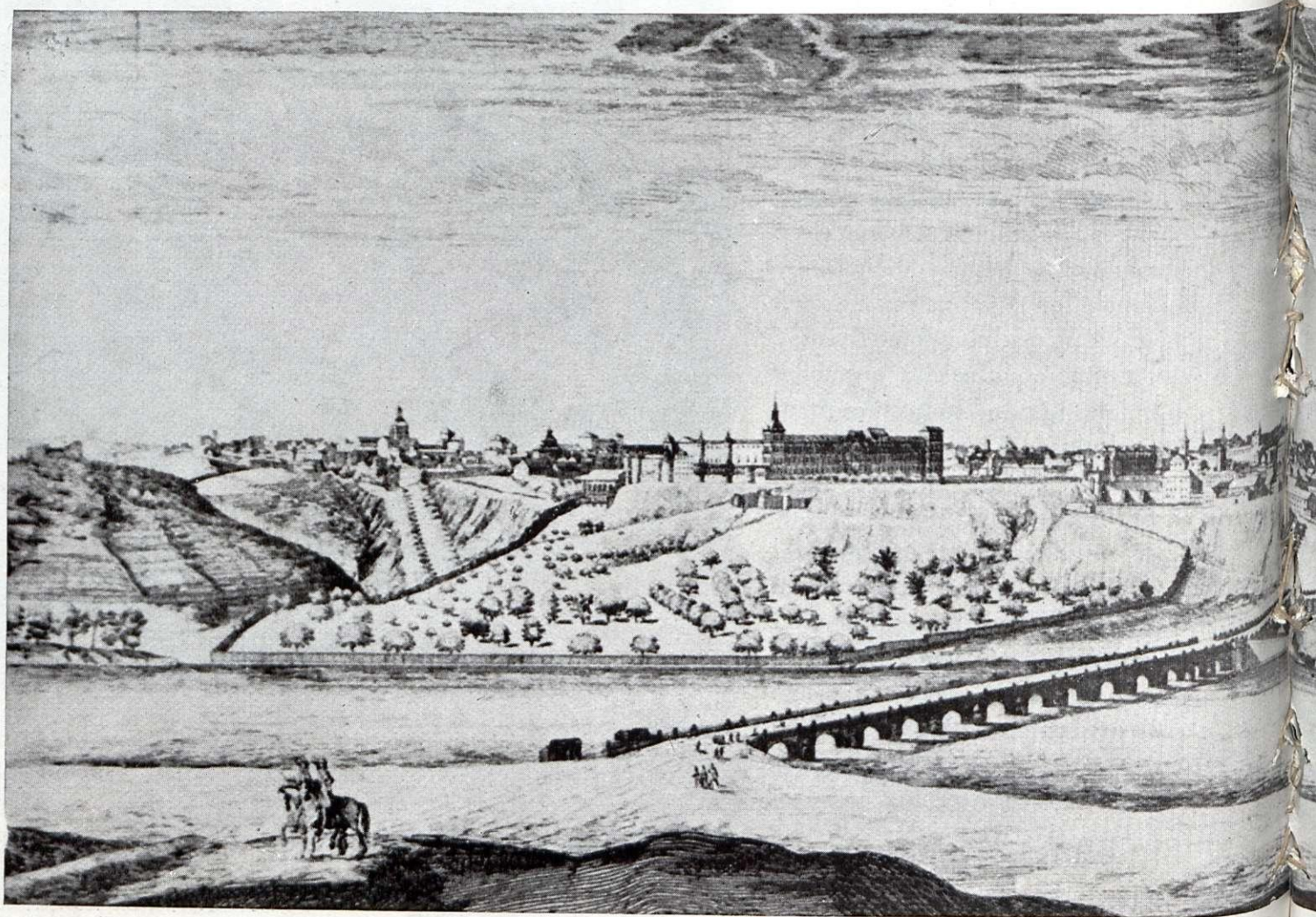


Entre los árboles del Paseo del Prado se alza la Fuente de Apolo. Al fondo, el Ministerio de Marina y el Palacio de Comunicaciones.



dad, pese a otros matices que le da la Historia, eligiese el lugar para centro principal de su nación y de su Estado. Para crearlo capital, condición que hoy salvaguarda con orgullo y honor. Con los mismos que le son inherentes, patrimoniales, íntimos, al ejército de sus moradores.

Mientras en primer plano el jardine-ro riega los cuidados macizos de la Puerta de Alcalá, al fondo, el Parque del Retiro nos invita a gozar de su paz jugosa y silente.



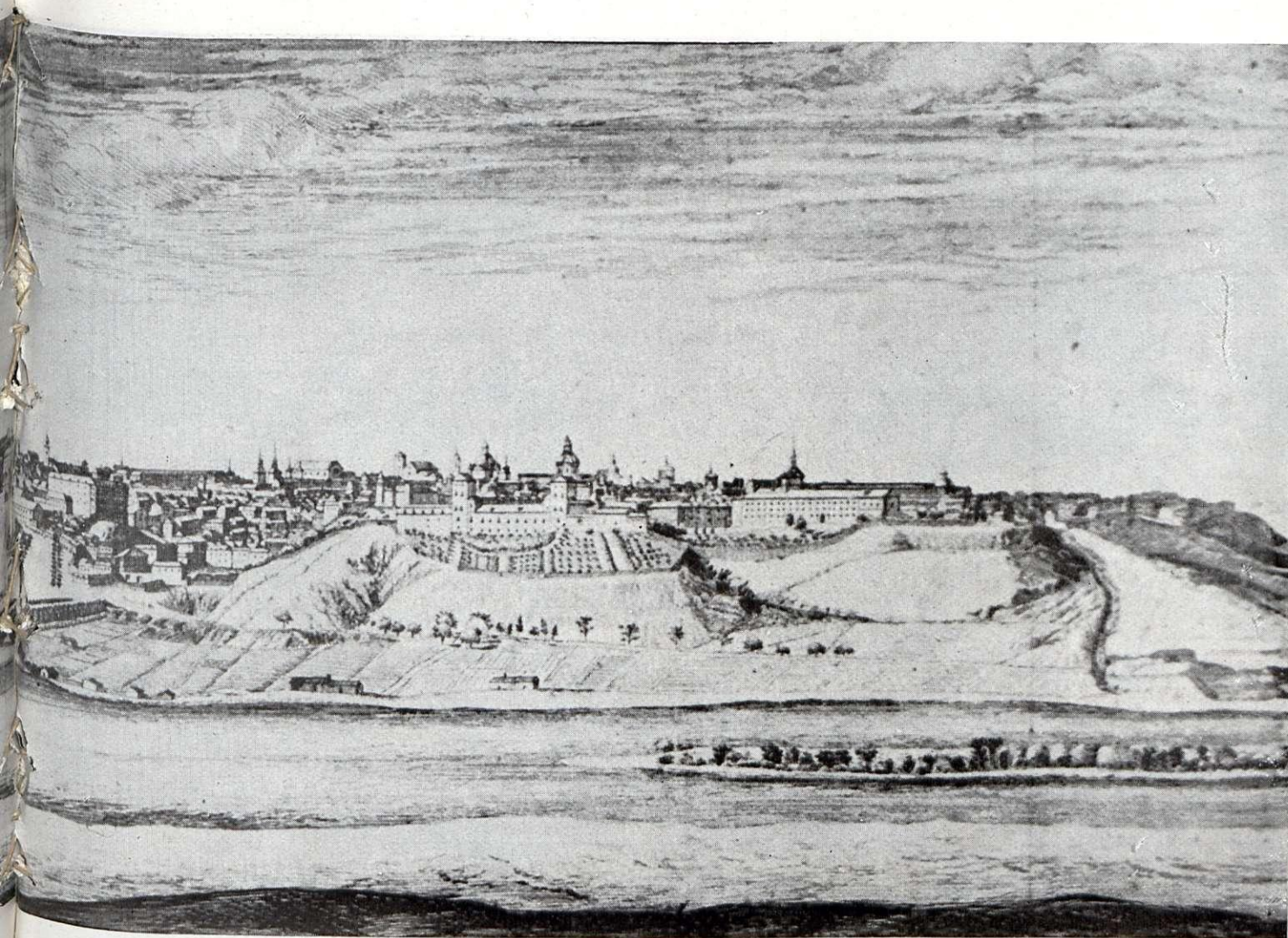
BOSQUEJO HISTORICO DEL DESARROLLO DE MADRID

POR FERNANDO CHUECA GOITIA

MADRID empieza a tener existencia histórica, y quién sabe si existencia real, en cuanto ciudad urbanizada, en tiempos de la España musulmana. Las estaciones prehistóricas del Manzanares no son sino culturas ribereñas que no prefiguran el Madrid urbano. De un posible Madrid ibero, celta o romano existen tan delgados indicios, que más tienen que ver con la fábula que con la Historia.

Acaso el origen, la «celoma» o embrión incipiente de una ciudad llamada a tan altos destinos esté en un modesto poblado visigótico, acicate para que los conquistadores sarracenos lo consolidaran, lo extendieran y le dieran figura orgánica de ciudad.

Pronto debieron apercibirse los árabes de la importancia estratégica de Madrid como punto defen-

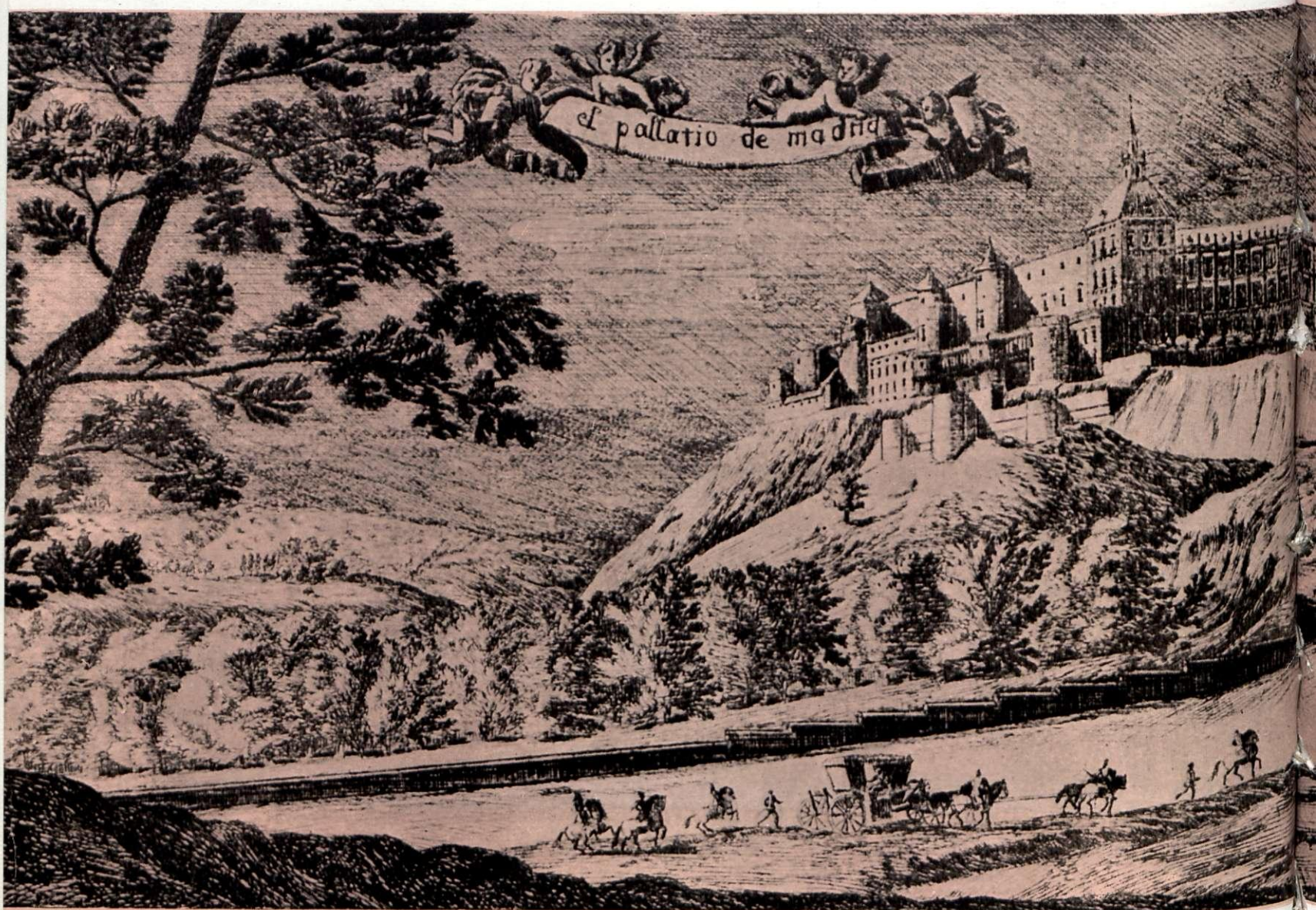


sivo en el camino de Toledo a la Alcarria, que, siguiendo el Henares y al socaire de la barrera del Guadarrama, era comunicación vital para los conquistadores. La topografía peculiar de Madrid se prestaba a la erección de una fortaleza bien defendida por un apreciable escarpe sobre el río Manzanares. Y nació el «castillo famoso», espuela constante en la veloz carrera desde *almudena* mora a urbe millonaria.

Jaime Oliver Asín nos dice que en tiempos de Muhammad I, en la segunda mitad del siglo ix, se hicieron obras esenciales para convertir la aldea visigoda en plaza fuerte y poderosa. El mismo autor nos describe el Madrid de entonces como una típica ciudad hispanomusulmana, con dos recintos: uno, eminente, en torno al castillo o alcázar, y

otro pegado a él, como buscando sumisa protección, que descendía por las soleadas laderas que bajan a la actual calle de Segovia y se remontaba luego hasta las alturas de las Vistillas. El recinto dominante era, en realidad, una alcazaba, llamada entonces *al-mudaina* y luego *almudena*, diminutivo de *madina*, que quiere decir ciudad pequeña. En ella se encontraban el alcázar, residencia del gobernador, y una mezquita, que, andando el tiempo, había de convertirse en iglesia de Santa María de la Almudena, parroquia mayor de Madrid. La Virgen allí consagrada no podía ser otra que Nuestra Señora de la Almudena, por indiscutible señorío del lugar.

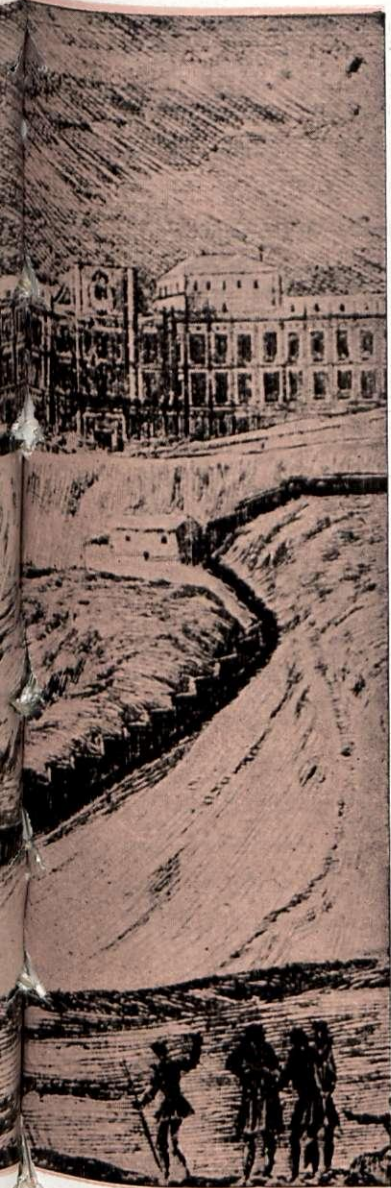
La ciudad tenía cuatro puertas: la de Moros, al Sur (nombre que conserva una plaza de Madrid,



El antiguo Palacio de Madrid, según grabado que se conserva en el Museo Municipal.

contigua a la iglesia de San Andrés); la Puerta Cerrada, al Este (queda todavía como nombre de plaza actual); la de Guadalajara, con la misma orientación, que estuvo situada en la calle Mayor, a la altura de Platerías, y la de Balnadú, al Norte y cerca del antiguo alcázar, hoy palacio real. El recinto de la ciudadela o almodena comunicaba directamente con el interior por la puerta de Alvega, luego de la Vega (hoy conserva este nombre la cuesta que prolonga la calle Mayor), y con el interior del otro recinto a través de la puerta llamada Arco de la Almodena, y luego también Arco de Santa María.

Muchos autores, entre ellos Alvarez y Baena, interpretaron que se trataba de dos recintos sucesivos en el orden del tiempo, cuando en realidad fueron simultáneos y correspondían a una medina y a su alcazaba o almodena. El nutrido caserío musulmán se apretaba, dejando estrechas calles tortuosas que sensiblemente buscaban su convergencia en las puertas aludidas. Tenía Madrid, según los perímetros descritos, unas 35 hectáreas; mucho menos que Toledo, que alcanzaba 106, e igual que Ubeda. Según cálculos realizados por don Leopoldo Torres Balbás, su población sería de 12.500 habitantes. Esta cifra no debió sufrir oscilaciones



notables durante la Edad Media, y se mantendría hasta el rápido encumbramiento de la ciudad a comienzos de la Era Moderna.

En los textos árabes, la futura capital de España aparece con el nombre de Macherit, que, según la última interpretación etimológica de Oliver Asín, se forma de *mayra*, matriz o madre de agua, y el subfijo abundancial *it*. Es decir, *Mayrit* era una ciudad que gozaba de una plural captación de aguas por medio de pozos y minas, sistema que los árabes trajeron de Persia e impusieron por todas las tierras estériles de todo él, cuando las condiciones geológicas lo permitían.

Esta peculiaridad de Madrid fué el origen de su fortuna y lo que permitió su crecimiento, posibilitando el aparente contrasentido de que una metrópoli surgiera en el desierto. Mesoneros Romanos ya la comparaba con Palmira, llamándola, por eso, la perla del desierto. Los antiguos viajes de agua, que perduraron hasta que el Canal de Isabel II los hizo desaparecer poco a poco,

fueron la base de esta ciudad fundada sobre agua, que no hubiera podido subsistir, en cambio, fundada sobre roca.

La topografía de Madrid y, lo que es curioso, el mismo sistema de captación de aguas a que hemos aludido, condicionaron su peculiar crecimiento, que no se desarrolló en forma radioconcéntrica, desde el interior a la periferia por sucesivos anillos, como ocurre en ciudades como Milán y París, sino por círculos tangentes, con una orientación definida de Oeste a Este. El origen de Madrid es el alcázar, el punto defensivo más fuerte desde los tiempos en que Madrid era castillo famoso. Este

alcázar es punto de tangencia de los sucesivos círculos, cada vez mayores, que trasladan sus centros según un eje Este-Oeste. Un crecimiento parecido solían tener las ciudades costeras por el hecho de la barrera del mar. Aquí, el papel del mar lo hacen el exiguo Manzanares y el menos exiguo desnivel de su cauce. Aunque parezca paradójico, pasado el desnivel del río no pudo hacerse la captación de aguas por medio de pozos y venas subterráneas y, por consiguiente, la ciudad no pudo extenderse.

La ciudad musulmana, cuando tras la conquista de Alfonso VI pasó definitivamente a manos de los cristianos en 1083, debió transformarse muy poco. Convivieron en ella cristianos, moros y judíos, en mejores o peores relaciones, según los casos, dando a la villa esa típica fisonomía de nuestras ciudades mudéjares medievales. A unas clases directoras y propietarias les sustituyeron otras, pero los estratos inferiores, menestrales y proletarios, continuaron en forma parecida. Alcázares y palacios sólo variaron de dueño; las mezquitas, con pocas transformaciones, convirtiéronse en iglesias, y los zocos y alcauceras siguieron en su bullicioso trajín, animados por los mismos mercaderes, por los mismos infatigables artesanos. Continuaban los alarifes moros manteniendo la actividad constructora. Con el apellido habían heredado el ingenio y la práctica de sus antepasados. Levantaban nuevas iglesias y las torres semejaban esbeltos alminares. Tan es así, que las dos que nos quedan del Madrid medieval, la de San Nicolás y la de San Pedro, se han tenido, erróneamente, como tales.

A toda esta población humilde e industrial la protegían los fueros, carta magna por la que se regía la vida municipal, tan vigorosa durante nuestra Edad Media. El Fuero de Madrid se otorgó el



año 1202, aunque en su contexto figuran otras fechas que van desde 1145 a 1235, es decir, desde Alfonso VII hasta San Fernando.

Madrid, en el siglo XIII tenía diez parroquias: la de San Andrés, la de Santiago, la de San Pedro, la de Santa María, la de San Miguel, la de San Juan, la de San Justo, la de San Salvador, la de San Nicolás y la de San Miguel de Sagra, que se hallaba extramuros. Por la misma época, Avila tenía 19, lo que puede servirnos para medir la importancia relativa de Madrid. Si no grande, eso no quita para que la villa fuera siempre distinguida y amada por los reyes, sus señores naturales. Juan II, el año 1442, decía al inscribir Madrid en el mayorazgo de la Corona de Castilla: «Acatando que la villa de Madrid es cosa propia mía e lo fue siempre de los Reyes de gloriosa memoria mis progenitores, e que es una de las principales de mis reinos...»

Madrid se sostenía gracias a una economía esencialmente ganadera que tenía su fundamento principal en las dehesas de la vertiente sur de la sierra y muy principalmente en la Real de Manzanares. Por su posesión sostuvo varios pleitos con Segovia. Sancho IV amparó sus derechos sobre este territorio, que volvieron a discutirse en tiempos de Alfonso XI. En una información hecha por el Concejo de Madrid a Don Alfonso en 1312, se dice que sin estos montes, sin el pasto de ellos para nuestros ganados y sin la leña y otras cosas para nuestros menesteres, no podría Madrid mantenerse sin pasar

un año. Por unas ordenanzas del Concejo, dadas en 1830, para la guarda y policía de los frutos y productos del campo, sabemos que en los alrededores de Madrid existían viñas, variados frutales, higueras, nogales, cerezos, manzanos, cermeños, ciruelos, granados, almendros, duraznos, membrillos, albaricoques y perales;



hermosas huertas con toda clase de hortalizas; jardines y rosaledas, amén de olivares, que hacían de los alrededores de la villa algo mucho más ameno y frondoso de lo que luego vino a ser a fuerza de desidia humana: que sequedad y aridez no son sólo patrimonio de los campos, sino también de las almas. Vergeles, huertas y jardines indican a las claras un pasado musulmán que por ventura se mantuvo, como tantas otras cosas, en la ciudad mudéjar. Sólo la capital burocrática, más atenta al medro cortesano que a los beneficios y venturas que proporciona la naturaleza, desnudó el antes risueño paisaje de Madrid hasta convertirlo en algo que ya en el plano de Texeira nos produce espanto. Sólo quedaron —Dios sea loado— los regios cotos de caza. Extraña ciudad de espaldas a la naturaleza, espejo de una sociedad desfallecida y arcaica, aristocrática y picaresca.

Después de tal devastación, ¿qué nos resta de aquella ciudad, hispano-musulmana, primero; mudéjar, después, amurallada, de calles tortuosas y silueta pintoresca, rodeada de almunias y de bosques? Bien se puede decir que apenas nada. El precio que pagan las ciudades que se encumbran es parecido al de las personas: pierden su pasado. No ocurre lo mismo con otras villas que permanecieron años y siglos en el mismo estado. Y pensamos, por ejemplo, en Buitrago, con sus murallas, su castillo, sus torres mudéjares. Esta visión del Buitrago de hoy puede evocarnos el Madrid mudéjar, salvada la mayor importancia de éste, su sitio entonces más ameno. Lo mismo que en antropología existen, según frase de Murdock, «nuestros contemporáneos primitivos», también podríamos estudiar el pasado de nuestras ciudades por las que todavía existen y quedaron en un cierto período de su evolución. Revivir el Madrid mudéjar y apretado de gentiles torres y recias alcazabas, a través de Buitrago; el de los Austrias, con sus chapiteles finamente recortados en el cielo, sus casas bajas y largas tapias, a través de Alcalá de Henares; el de los anchos paseos y perspectivas borbónicas, a través de Aranjuez. He aquí un método de comparación regresiva que valdría la pena ensayar.

Del Madrid medieval sólo quedan un par de torres mudéjares, algún edificio gótico muy avanzado



VISTA DE LA FUENTE Y DE LA PUERTA DEL SOL Y SU PLAZA.

y restos insignificantes de muralla. Lo más notable que tuvo la villa, el alcázar, constantemente transformado y mejorado por los reyes, desapareció completamente en un incendio en 1734. Sólo un análisis más sutil puede revelarnos algo de la ciudad medieval, si en lugar de mirar al caserío ponemos nuestra atención en el plano de las callejuelas que rodean a la plaza de la Villa en un radio de 300 a 400 metros. También han permanecido, gracias a su constante destino de villa regia, los bosques de El Pardo, la Casa de Campo, los jardines de El Retiro, quinta de recreo que fué de los conde duques, pero cuyo origen será más remoto. Son estos alicientes naturales el mejor legado del Madrid antiguo.

Cuando en 1561, la fecha más decisiva de su historia, Madrid es elevado por Felipe II a capital del Imperio, era todavía una villa exigua y angosta, mudéjar reverdecido con nuevos timbres de aristocracia gótica. Mucho ha dado que hablar este encumbramiento de Madrid, su elección para una capitalidad de tan universal trascendencia. Han sido en este aspecto muchas y muy diversas las opi-

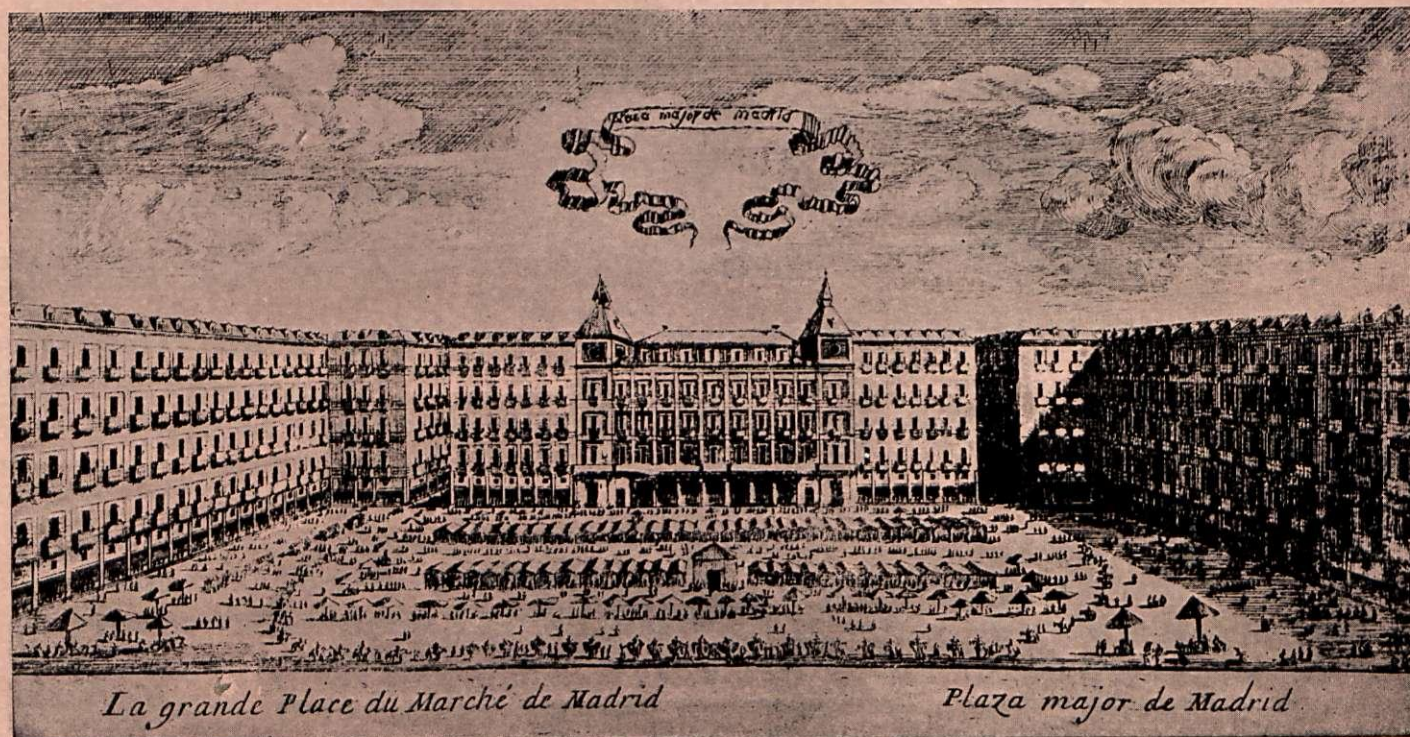
niones: para Cisneros, Madrid, por su misma neutralidad y modestia, era el lugar más cómodo para gobernar España, y esta misma opinión pudo compartirla, acaso, Felipe II; para otros, los espléndidos cotos de caza fueron la causa de que el monarca hiciera de esta villa su sede más permanente. Nosotros no podemos entrar ahora a dilucidar este problema, pero sí queremos apuntar que la singular abundancia de aguas subterráneas que existían en Madrid y cuya captación descubrieron los árabes, pudo influir en el ánimo del monarca. Ya sabemos que Toledo padecía de un abastecimiento precario, y que eran precisos complejos y costosos ingenios, como el de Juanelo Turriano, para poder llevar el agua del Tajo hasta la encaramada e imperial ciudad. El agua es, al fin y al cabo, el elemento básico que permite o impide un desarrollo urbano de gran volumen, y dentro del centro de la península, quizá la insignificante villa de Madrid era la que reunía mejores condiciones para el caso.

De todas maneras, la falta de peso específico para convertirse de golpe en la primera urbe del Imperio es cosa cuyas consecuencias incluso las po-

demos tocar hoy. Otra ciudad de más abolengo, más cuajada monumentalmente, hubiera sido más exigente en su desarrollo. Al lado de lo ya realizado, lo nuevo hubiera debido mantener el rango; pero en Madrid no podía rezar aquello de «nobleza obliga». Sin esa presencia de lo selecto, que impone selección, la villa era libre para desenvolverse y crecer un poco a la diablo, al hilo de sus sendas y caminos lugareños, que se convirtieron en la raíz

la majestad y el mármol de otros lugares. Es que en Salamanca había un clima de exigencia y de veracidad que, por desgracia, en Madrid no existía. Su mismo monarca fundador le había desheredado, llevándose el sólido Escorial a muchas leguas de sus muros.

Para darnos cuenta del crecimiento apresurado de la joven capital, la Historia ha conservado unas cifras elocuentes. En 1563, dos años después de ob-



de su estructura urbana; improvisando modestas y expeditas edificaciones para satisfacer lo más perentorio, a la vez que se burlaban regalías y ordenanzas. Sino este del crecimiento apresurado de Madrid que únicamente Carlos III intentó desmentir con férrea mano. Pero era tarea de titanes para un solo hombre y un solo reinado. Hoy, Madrid sigue luchando contra ese sino, difícil de vencer si no se pone mucha tenacidad y disciplina.

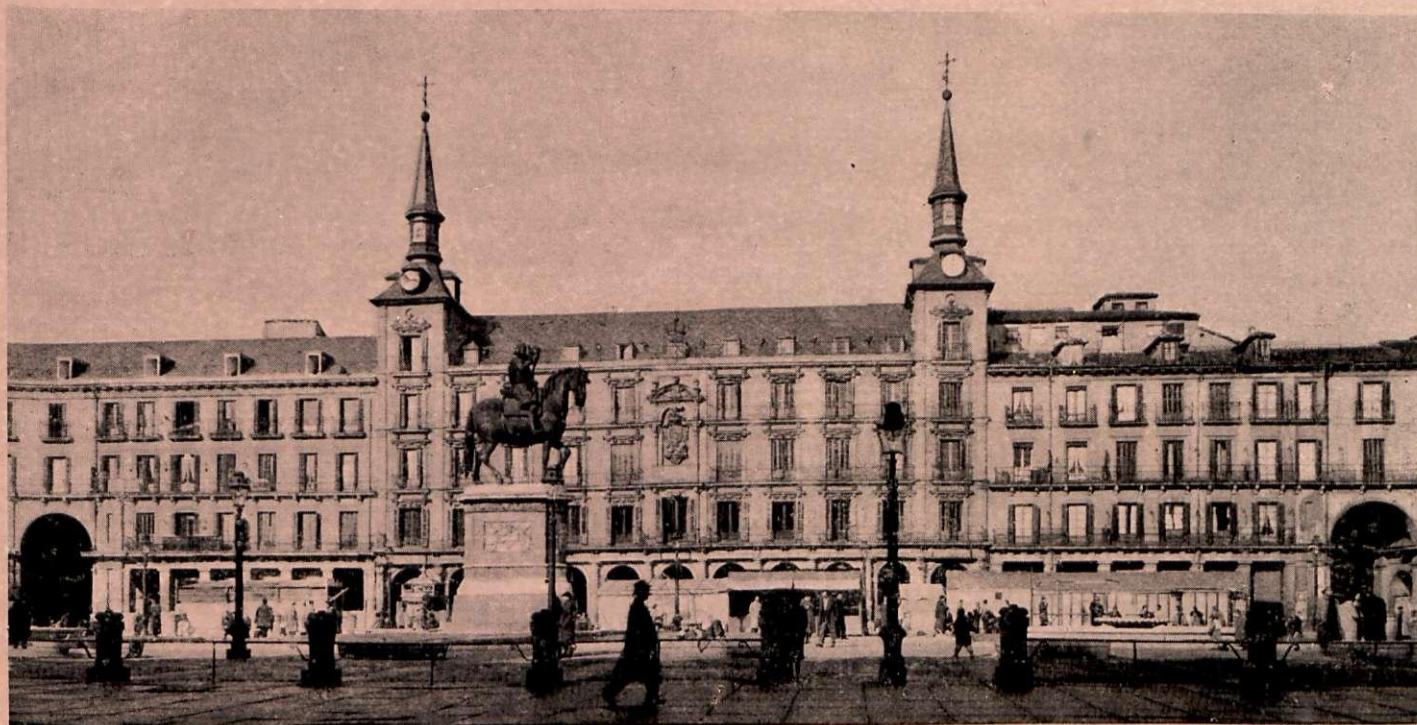
Hasta las construcciones religiosas padecieron aquí el contagio de lo fortuito, deleznable y provisional. Mientras Felipe III fundaba en Salamanca el suntuoso convento de la Compañía —la Clerecía—, en Madrid se resolvía todo con tapial y yeso, supliendo con ingenio y policromía barrocos

tener su credencial de capitalidad, contaba con casi 3.000 casas, que, según Quintana, alojaban de 12.000 a 14.000 personas, cifra que coincide con el cálculo de Torres Balbás para estimar la población del Madrid medieval. Luego encontramos que once años más tarde los edificios se han duplicado y llegan a 4.000, dando un nuevo salto en 1597, que alcanzan la cifra de 7.016. Después, el ritmo amaina, y durante el período borbónico los avances son muy escasos. No se llega siquiera a los 8.000 al finalizar el siglo de las luces. La población debió crecer en términos proporcionalmente mayores que la edificación, pues las casas, aunque despacio, iban siendo cada vez más altas y mayor la congestión. Pero en este aspecto no tenemos cifras seguras.

Nuestros dramaturgos del siglo XVII pintan en muchas de sus obras el rápido crecimiento y la febril confusión de aquellos días. Dos personajes, en la comedia de Tirso. *En Madrid y en una casa*, hablan de la dificultad de encontrar piso, cosa que vuelve a repetirse entre nosotros:

—Dicen que hay dificultad
en Madrid de hallarse casa
sola y grande.

río, sino orientándose principalmente hacia el Norte y el Este. Por eso Madrid no es una ciudad concéntrica, sino excéntrica. Las líneas matrices fueron los caminos radiales que acudían a las antiguas puertas. Así surgieron calles fundamentales como la de San Bernardo, Hortaleza y Fuencarral (unidas en Montera), Alcalá, Carrera de San Jerónimo, Atocha y Toledo. Su toponimia se forma con el nombre del lugar a donde conducía el antiguo camino.



Antigua casa de Panadería, enclavada en la plaza Mayor.

—Es infinita
la nobleza que la habita;
toda Castilla se pasa
a la corte. En ésta moran
dos huéspedes principales,
y en un año con ser tales,
los unos y otros se ignoran,
sin más comunicación
que Noruega con la China.

—Es grandeza peregrina
desta alegre confusión.
No tiene en Madrid el ocio
lugar ni tiempo dilato.

—No, señora; sólo trata
cada cual de su negocio.

Madrid se extendía, como hemos dicho, al hilo de sendas y caminos, pero no por igual en todos sentidos, cosa que no permitían los desniveles del

El plano de Texeira, grabado en 1656, el más formidable retrato que podemos soñar del Madrid de aquella época, nos confirma todo lo que venimos diciendo. Es tan preciso y está dibujado con tal expresividad plástica, que con poco esfuerzo mental nos podemos imaginar deambulando por sus calles itinerantes como caminos polvorientos.

El mismo plano nos dice que no había palacios, salvo el alcázar y el del duque de Lerma. Los nobles se contentaban con tener una casa de mayores dimensiones, aunque de igual aspecto pueblerino, y con labrar sus armas sobre la portalada. Las casas más altas eran las de la Plaza Mayor y sus contornos. Las demás sólo tenían uno o dos pisos, abundando las primeras, que se llamaban «casas a



Vista aérea de la plaza Mayor. La espaciosidad de su rectángulo contrasta vivamente con el dédalo de las calles que le circundan.

la malicia». Según la «Regalía del Aposento», impuesta por el monarca al decretar la capitalidad, los propietarios de fincas que tuvieran más de dos plantas venían obligados a dar hospedaje a los funcionarios y comitiva de la corte. La respuesta fue la construcción de gran número de casas de una sola planta, que recibieron dicho nombre, mientras las restantes se denominaban «casas de aposento».

A la vista del plano de Texeira no puede decirse que el caserío madrileño estuviera muy apiñado. Salvo en el centro viejo, donde la congestión era mayor, todas las manzanas guardaban en su interior corrales y huertos que daban a la ciudad, sobre todo según se iba acercando a la periferia, un aspecto rural. Esta porosidad y vegetación inte-

riores serían aliciente muy estimable a la vista de lo desértico y sórdido de sus alrededores.

Felipe IV, en 1625, ordenó al Concejo que construyera nueva cerca, ya que las antiguas murallas habían sido rebasadas con exceso. No se trataba ahora de fortificaciones militares, sino de tapias que sirvieran a efectos fiscales y de policía. Sin embargo, este liviano cinturón tuvo preso a Madrid hasta mediados del siglo XIX, sin poder crecer más que a expensas de su antigua porosidad.

Durante el reinado de los Felipes se erigieron en Madrid multitud de conventos, iglesias, oratorios y hospitales, que, si no brillaban por su magnificencia y esplendor arquitectónico, no por eso dejaron de ocupar un espacio tan grande que llegó

a ser el tercio de su área total. Como tantas otras de nuestro siglo XVII, Madrid se convirtió en una ciudad conventual. Los conventos, urbanísticamente, eran los núcleos dominantes; condicionaban el plano de la ciudad y sometían a servidumbres, sobre todo de alturas, las edificaciones vecinas.

En cambio, los edificios públicos desplazaban mucho menos. La Plaza Mayor, la Cárcel de Corte y la Casa de la Villa, eran casi las únicas representaciones de una arquitectura oficial que diera rango al poder público y ornato a la ciudad. Para la posición política que alcanzó Madrid, justo es reconocerlo, era una ciudad extraña, casi morbosamente humilde.

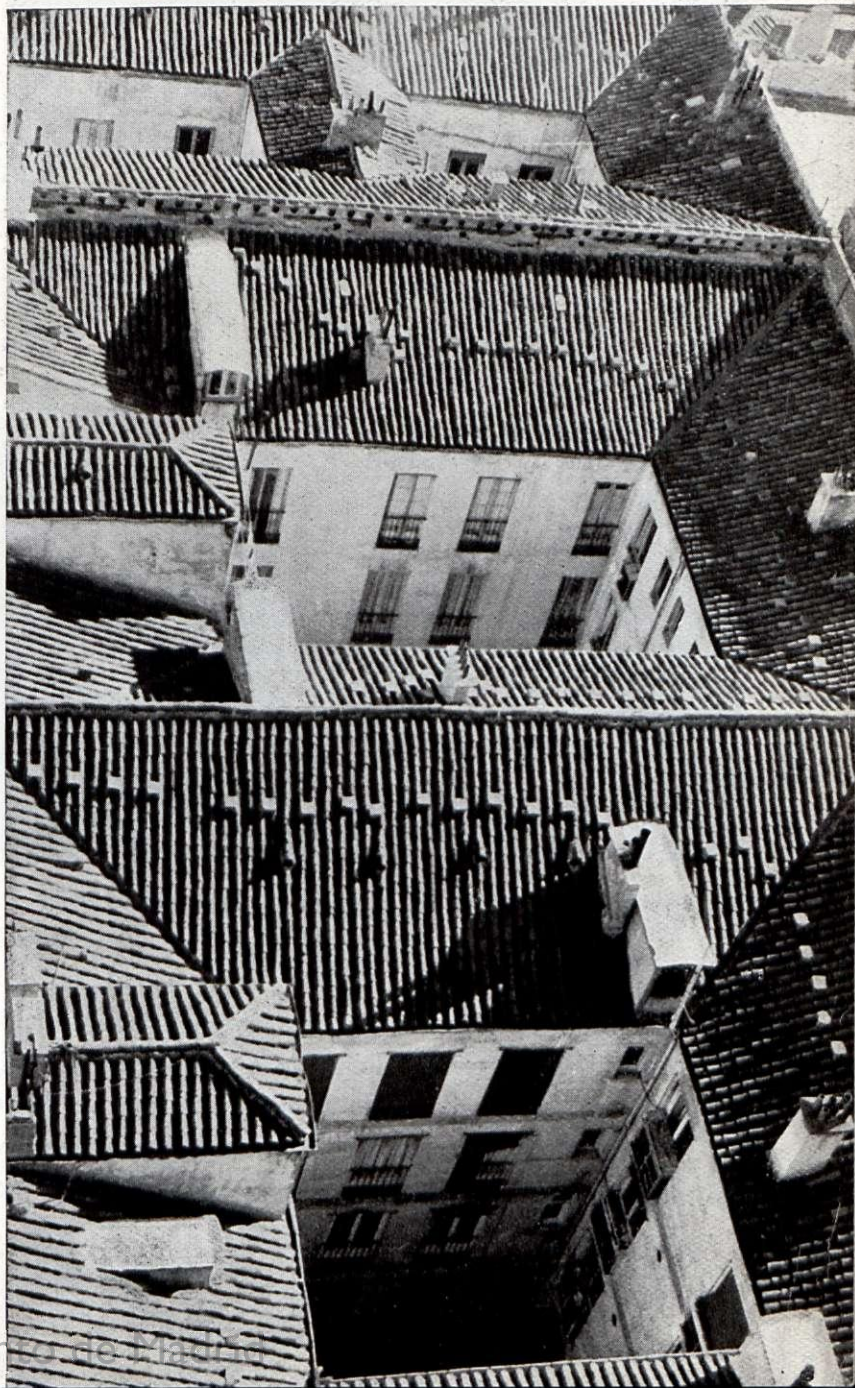
El período borbónico se inicia en España con la larga y azarosa Guerra de Sucesión, que paraliza todas las actividades nacionales y, como es natural, las urbanísticas, que requieren tranquilidad y desahogo económico. Pero cuando, tras la victoria de los borbónicos, Felipe V pudo ver su trono firmemente consolidado, era natural que su capital pensara en acicalarse y renovarse, significando de este modo la alegría de la paz y la confianza en el porvenir. Fué no poca fortuna que entonces contara Madrid con dos hombres eminentes, como el corregidor marqués del Vadillo, que regentó el municipio de 1715 a 1729, y su arquitecto mayor, Pedro de Ribera. Por primera vez, después de las reformas iniciadas por Felipe II y que culminaron en el acceso por el puente de Segovia y la construcción de la Plaza Mayor, Madrid vuelve a sentir aficiones urbanísticas, tras largos años de letargo, en que todo se reduce a levantar algún que otro convento de modestísima fábrica.

Es de nuevo otro acceso lo que necesitaba Madrid urgentemente, esta vez por el camino de Toledo. Tras no pocos fracasos anteriores, Ribera resuelve el problema del puente de Toledo, en el que no se sabe qué admirar más, si lo arquitectónico o lo urbanístico, pues todo el conjunto está concebido con grandeza de verdadero planificador. Al empeño de engalanar Madrid pertenece la serie de nuevas fuentes que trazó el maestro y que se colocaron en la plaza de Antón Martín, en la Red de San Luis, la Puerta del Sol y la calle de San Juan (hoy Moratín). Por desgracia, todas menos una, han desaparecido, pues Madrid, con incomprensible desatino, despilfarró en pocos años

una fortuna de monumentos, puertas y fuentes que, de conservarse, darían a la ciudad un rango artístico del que hoy carece. Vadillo y su arquitecto fueron, en realidad, los precursores de la política que luego desarrollaría Carlos III, y acaso los primeros en comprender las exigencias de la ciudad moderna.

Carlos III, que encarna la noble figura de un padre de la patria, representa el impulso centralizador y regalista típico del siglo XVIII. Allí donde el rey dejaba sentir la huella de su paso, lo mismo promulgando una ordenanza militar que abriendo un canal o levantando un edificio, parecía surgir

Esta fotografía, cuya belleza no necesita comentario, nos recuerda el tratamiento que del paisaje urbano hicieron algunos impresionistas.





Carlos III, el monarca que tanto contribuyó a elevar el rango y prestigio de Madrid.

el orden irradiando claridad y eficacia. Madrid, capital de su reino, debía de alcanzar, por consiguiente, la grandeza y la armonía que fueron digno reflejo de este espíritu ordenancista. Para conseguirlo puso todo su empeño y, si no pudo llegar

a más, fué porque la transformación que exigía la descuidada villa para convertirse en capital barroca al estilo europeo, no era tarea para un solo hombre ni para un solo reinado.

La transformación de Madrid durante el reinado de Carlos III es de índole periférica. Más que al interior, dirigió sus esfuerzos al embellecimiento de la cintura exterior, donde podían acometerse grandes trazados al gusto de la época y levantarse entradas monumentales que dispusieran favorablemente el ánimo del visitante. Preparó algo así como la nuevas fachadas de Madrid, mientras se dedicaba a barrer y limpiar concienzudamente el interior.

La reforma más espectacular fué la realizada en el paseo del Prado, convirtiendo una desigual alameda, ya existente en la Edad Media, por ser vaguada natural y cauce de un arroyuelo, en una composición urbana de gran estilo. La importancia urbanística del Prado no residía sólo en sí misma, sino en que alrededor de este centro se organizan los edificios más importantes y significativos del reinado. La Puerta de Alcalá era la inmediata entrada de Madrid por este lado; el Gabinete de Historia Natural, el Jardín Botánico y el Observatorio Astrónomo forman parte del sistema, aunque hoy, con las reformas posteriores y la construcción de otros edificios, nos demos peor cuenta de ello. Todo este conjunto constituye el símbolo del Madrid ilustrado, donde el arte y la ciencia se asocian en aras de la utilidad pública. Las puertas, fuentes y edificios promovidos por Carlos III, sin olvidar tampoco el espléndido Palacio Real, a cuyas obras tanto contribuyó este mismo monarca, siguen siendo actualmente lo que más rango y prestigio da a este Madrid, que hoy cifra su vanidad en grandes vías y rascacielos.

Después de los esplendorosos días de Carlos III, el depauperado y triste Madrid de los años que siguieron a la Guerra de la Independencia, forma un trágico contraste. Entre una y otra época ha pasado la más terrible y siniestra prueba de nuestra Historia moderna. El estado se desintegra; se lanza la semilla de nuestras discordias civiles; la patria se convierte en botín o trofeo, según se mire, de facciones y banderías. Apenas hay fuerza para reconstruir, y lo poco que se hace es deleznable y anémico.



La Puerta de Alcalá, que hoy constituye uno de los centros neurálgicos de Madrid, fue, hasta hace no mucho tiempo, uno de los límites de la ciudad. El grabado que reproducimos es del siglo XIX.

Pero llegada la segunda mitad del XIX, y coincidiendo con las épocas de relativa calma y prosperidad de Madrid entre nuestras contiendas civiles y las espasmódicas sacudidas de este siglo turbulento, la ciudad siente una inquietud renovadora, que, si bien arrastra con su vendaval de reformas algunas de las reliquias más interesantes, tiene, no obstante, valores que no debemos desdeñar, ni menos ignorar. De todas maneras, para saber cómo era Madrid antes del comienzo de la época de las

reformas, contamos con un documento inestimable que pocas ciudades tienen la fortuna de poseer: el modelo de Madrid, ejecutado en 1830 por don León Gil del Palacio.

España inaugura la segunda mitad del siglo despertándose a la vida moderna. A los arrebatos líricos, a los ideales de los espíritus progresistas y liberales del comienzo de la centuria, suceden otras apertencias más materialistas; el progreso deja de vincularse a los derechos, a las libertades, a la cons-

El convento de las Descalzas Reales, que tantas obras de arte guarda.



titución, y se cifra en canales, ferrocarriles, planes urbanísticos, tranvías, alumbrado, etc. Después de muchos años de inquietud y miseria, la sociedad quiere confort y lujo, teatros modernos y elegantes hoteles, casas de baños y restaurantes, donde puedan gozarse las delicias de la cocina francesa. En una palabra, se quiere ser París. Y como el

ejemplo es bueno y la arquitectura no se ha deslizado todavía de las normas y el buen gusto del neoclasicismo, por un momento parece que Madrid se va a poner a la altura de las mejores capitales europeas.

Ese Madrid es de la segunda mitad del siglo xx, tan homogéneo y tan entonado, lo encontramos casi

incólume —por ahora— en cuatro sectores bien definidos: el barrio de las Salesas, en torno al bello convento que fundara doña Bárbara; el de Recoletos, el comienzo del de Salamanca, y el que en otra ocasión llamé «Barrio Griego» o de los Jerónimos. En el interior se llevó a cabo la reforma de la Puerta del Sol, en 1861, no suficientemente valorada. A pesar del desdén con que se ha mirado esta reforma, la verdad es que desde entonces Madrid no ha sido capaz de crear otra plaza bien or-

denada y de arquitectura uniforme. La Puerta del Sol dió vida y garbo al Madrid de nuestros abuelos, siendo el ejemplo perfecto de lo que debe ser el ágora de una ciudad. Como tal la describió en su apogeo Edmundo de Amicis en 1871: «Se sube por una gran calle (¿Paseo de San Vicente?), se atraviesa una gran plaza (¿Oriente?), se enfila otra calle ancha y derecha (¿Arenal?), se llega a la Puerta del Sol. ¡Qué golpe de vista tan magnífico! Es una vastísima plaza semicircular, rodeada de al-

La torre de San Pedro, el Viejo, muestra su bello estilo mudéjar.



tos edificios, en la cual desembocan, como diez torrentes, diez grandes calles; y por cada calle una oleada continua y rumorosa de pueblo y carruajes; y todo cuanto se ve, proporcionado a la inmensidad del lugar; las aceras, anchas como calles; los cafés, grandes como plazas; el pilón de la fuente, grande como un lago, y en todas partes muchedumbre compacta e inquieta, estrépito que ensordece, un no sé qué de alegre y festivo en los rostros, en los ges-

tos, en los colores, que hace que casi no os parezca extranjera ni la gente ni la ciudad, y os entra en gana de mezclaros en aquel estrépito, de saludarlos a todos, de correr aquí y allá, más bien para reconocer cosas y personas, que para verlas por primera vez.»

A mediados del siglo XIX, la ciudad, con sus 280.000 habitantes, seguía encerrada en el recinto de sus tapias antiguas, que Felipe IV mandara ele-



En la noche madrileña, el viejo farol presta su luz a la silueta de la ermita.



La famosísima fuente de la Cibeles, situada en el cruce de la calle de Alcalá con los paseos de Recoletos y del Prado. El grabado nos da una visión muy certera de lo que era la Plaza en el siglo XIX.

var en 1625. Por el Norte y por el Sur apenas habían surgido unos tímidos arrabales, el de Olavide y el mísero de las Peñuelas. ¿Cómo pudo prevalecer esta cintura con el consiguiente aumento de población, que a mediados del siglo XVII no pasaba de 70.000 almas? Es fácil de comprender:

aumentando en densidad por una más avara ocupación del suelo y por un crecimiento en altura. Madrid, ciudad de carácter hasta cierto punto rural en tiempo de los Austrias, fue devorando sus jardines y huertas interiores y elevando su caserío. De esta terrible congestión se hizo eco Larra en su



Maqueta de Madrid, construida por León Gil del Palacio en 1830, que se conserva en el Museo Municipal. En ella destacan la calle de Toledo, la Catedral de San Isidro y, al fondo, la plaza Mayor.

célebre artículo «Las casas nuevas», donde la población se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas.» Las llama diligencias paradas, donde todos viven como de viaje. Hoy, con los subarrien-

dos y los alojados, vuelven a repetirse las angustias del Madrid de Larra. El año 1857, viendo la imposibilidad de que la población se mantuviera en su antigua vasija, se dispuso la realización de un plan de ensanche que llevó acabo el ingeniero Carlos María de Castro y que se aprobó en 1860. Este

ensanche, con los defectos y aun con la sordidez con que fue llevado a cabo por la especulación en el siglo xx, ha sido un elemento muy valioso que también tenemos que agradecer a aquellos denostados varones del siglo del vapor y del buen tono.

Hoy el vapor pertenece ya a la arqueología industrial, a la que Munford ha llamado la época paleotécnica. Pronto podremos pasarnos completamente sin él, pero el buen tono nos estamos dando cuenta de que cada vez nos está haciendo más falta. Ayer, Madrid pretendía ser París, cosa que,

bien mirada, no está demasiado mal; pero hoy parece que quiere imitar a una de esas apresuradas y exaltantes metrópolis americanas: Nueva York, Sao Paulo, Buenos Aires o Caracas. Madrid se va pareciendo a ciertas urbes creadas por el petróleo, pero sin tenerlo. Pero a los españoles nos gusta hacer así las cosas, y en Madrid hemos visto nacer un grandioso Ministerio del Aire antes de tener aviación. No es, pues, de extrañar que preparemos la ciudad del petróleo en espera de que la Providencia nos favorezca con el negro oro líquido.

Sobre el cauce veraniego del Manzanares, el Puente de Toledo. En él, la imagen de San Isidro y la de su esposa, Santa María de la Cabeza.



LOS SITIOS REALES

POR ENRIQUE PASTOR MATEOS

PODEMOS dar por demasiado sabido que cuando Felipe II llegó a Madrid en 1561 no encontró excesiva holgura para alojar como convenía la Corte del más poderoso de los Reyes de la tierra, decidido, además, a desplegar un minucioso sistema burocrático.

Lo que no conocemos con tanta precisión son las reacciones del vecindario madrileño ante la necesidad de aposentar la Corte. En virtud de la vieja regalía, de nuevo ahora aplicada, del huésped de aposento, si a algunos madrileños les resultaba un honor destinar la mitad de su morada a albergar cortesanos, vislumbrando el futuro espléndido de Madrid, fueron muchos, sin embargo, los que llevaron pesadamente esta carga y bastantes los que trataron de zafarse de ella construyendo casas *a la malicia*.

Y es que en un primer momento el que Madrid fuera Corte y, por esto, Capital de España suponía sólo que en ella habitasen el Rey y sus cortesanos, ya que donde ellos hacían posada —diremos en el lenguaje de la época— allí estaban sus bureos y despachos. El mismo Rey conservaba junto a sí a sus Secretarios, sus Consejos y sus Tribunales.

Hubo de pasar mucho tiempo para que la Corte se sintiera definitivamente madrileña y para que en la sencilla topografía de la vieja Villa comenzasen a aparecer edificios representativos, dedicados exclusivamente a la Administración Pública. Tendremos que llegar al siglo XIX para que tales edificios proliferen; para que Madrid se vea llena de oficinas públicas en donde la vida nacional, de acuerdo con la mentalidad y exigencias de la época, se encuentre rigurosamente centralizada.

Tal que sea la construcción del Palacio Real, el que en un primer momento se llamó Palacio Nuevo, el hecho con el que los Reyes españoles ratifican tácitamente sus propósitos de que la Corte y, con ella, la capitalidad perdure en Madrid. Y esto no sin cierta aparente desgana que revelan los muchos años transcurridos desde la destrucción del viejo hasta la habilitación del nuevo Palacio.

A pesar de ello, el antiguo Castillo, convertido en Alcázar, desempeñó digna y eficazmente su papel de mansión regia y sirvió a la vez de marco a la rigurosa etiqueta de la Corte castellana y al incansable rasguear de pluma de los curiales albergados en sus covachuelas.

La vida cortesana, por un lado necesitada de más amplios escenarios, buscó alicientes en otros sitios reales. Dentro del Madrid actual está el Palacio del Pardo, con sus numerosos anejos y dependencias, construido por Carlos V, inaugurado por Felipe II, reconstruido por Felipe III y ampliado por Carlos III, que terminó uniéndose al viejo Alcázar a través de otras posesiones de menos extensión: el Campo del Moro, la Casa de Campo, la Moncloa y la Florida.

Mayor importancia tuvo en el pasado el del Buen Retiro, erigido por Felipe IV, gracias al desvelo de su complaciente privado. Desde su construcción este palacio, tal vez más agradable, socavó paulatinamente el prestigio del Alcázar.

Nos extenderíamos demasiado si pasáramos revista a una multitud de instituciones que tienen su asiento en Madrid debido a la protección de los Reyes y a su deseo de tenerlas cerca de su persona. Conventos como las Descalzas, la Encarnación o las

Salesas; fábricas como la de Tapices o la de Porcelanas; Instituciones culturales como la Imprenta Real, la Real Biblioteca, las Reales Academias, el Observatorio Astronómico, el Jardín Botánico, el Gabinete de Ciencias Naturales; instituciones benéficas: colegios y hospitales y, finalmente, cuarteles. Todo ello va surgiendo en un Madrid cortesano como manifestaciones del esplendor de la Corona.

En los últimos tiempos del gobierno absolutista, la Villa de Madrid hace un postrero y delicado obsequio a sus Soberanos o mejor dicho a su Reina Doña María Isabel de Braganza, segunda esposa de Fernando VII, a la que en 1818 regalará una pe-

queña finca, hoy casi totalmente olvidada, el Casino de la Reina, situada al final de la calle de Embajadores. Años más tarde, en un contrario proceso, el Buen Retiro, la Florida, la Moncloa, la Casa de Campo, van a ser entregados por el Estado al Ayuntamiento para uso y disfrute del vecindario.

Pero volvamos a nuestros covachuelistas, a esos Organismos que, reclusos un día en los sótanos del Alcázar, gobernaban desde allí la ingente Monarquía española y tratemos de resumir las etapas de su desplazamiento hasta los mejores y más representativos edificios madrileños.

Abre la serie la Cárcel de Corte, el primer edificio construido en Madrid para albergar una ofi-

Bajo la sombra protectora y soberana del Palacio Real, los Jardines de Sabatini aguardan cada mañana el juego de los niños o la lectura del solitario.



cina pública, una de las Salas del Consejo de Castilla, la de Alcaldes de Casa y Corte, junto con las Escribanías de Provincia. Cuando el Régimen Liberal suprima este organismo se destinará a otros de carácter público para terminar alojando al primero de los Ministerios, el de Estado, llamado hoy de Asuntos Exteriores. Con las reformas en él introducidas y su reciente ampliación, conserva aún una sobria dignidad no exenta de elegancia y nobleza.

Otro resto venerable de la época austríaca es el Palacio que todavía llamamos de los Consejos, situado al final de la calle Mayor. Este, sin embargo, fué construído para mansión señorial por el después efímero valido de Felipe III, Don Cristóbal Gómez de Sandoval, Duque de Uceda. Fué el arquitecto Juan Gómez de Mora el encargado de hacer realidad esta magnífica mansión, tal vez la más suntuosa de las que construyera la nobleza en el Madrid de los Felipes. A mediados del siglo XVIII,

Este es el Palacio de Santa Cruz, sede actual del Ministerio español de Asuntos Exteriores.



Este león, fundido con el bronce de cañones tomados al enemigo, hace su guardia de honor a la entrada de las Cortes Españolas.





Los Nuevos Ministerios, contruidos en lo que entonces era uno de los límites urbanos de Madrid, constituyen hoy punto de arranque de una de nuestras más hermosas avenidas: la del Generalísimo.

en 1747, fué adquirido por el primer Borbón para alojar en él a los Consejos de Castilla, Indias, Hacienda y Orden con sus Secretarías, Tesorerías y Contadurías, junto con la Cámara de Castilla; Consejos todos ellos que según la vieja tradición habían de estar lo más cerca posible de donde residiera el Monarca. Desaparecidos estos organismos ha venido a sustituirles el que es al menos su heredero en el nombre: el Consejo de Estado, compartiendo el vasto inmueble con la Capitanía General de Madrid.

El Consejo de la Inquisición tuvo edificio propio en la calle de Torija, junto con el Tribunal de Corte y su Cárcel correspondiente. Hoy, después de haber servido de primitiva residencia al ministerio de la Gobernación, se halla convertido en con-

vento, y a pesar de estar cargado de historia es casi desconocido para los madrileños.

El Consejo de Guerra fué a parar primero a la calle de Segovia, esquina a la Costanilla de San Andrés, al que había sido palacio de Benavente y después a la del Príncipe, esquina a la de las Huertas, al que lo había sido del Marqués de Ugena. De allí marchó a la Plaza de la Villa. Todos estos edificios están destinados en la actualidad a muy diversas instituciones.

También la Comisaría de Cruzada, en compañía de otros altos organismos eclesiásticos, se estableció en edificio propio, en la calle que todavía se llama de Cruzada, para pasar después a la casa de Fernán-Núñez, en la plaza del Conde de Barajas.

Tal vez dentro del antiguo Régimen supone el

más alto grado de descongestión la construcción en sus últimos tiempos de la primera Secretaría de Estado, edificio que hicieron famoso Floridablanca y Godoy. Obra del gran arquitecto de Carlos III, Sabatini. Años después cuatro Ministerios iban a tener allí su sede: Gracia y Justicia, Guerra, Hacienda y Marina; luego, sólo este último, cuando los demás encuentren otro acomodo. Hoy, demolido en parte, conservada sin embargo su monumental escalera, sirve de domicilio al Museo del Pueblo Español.

El siglo XIX, y en él el nuevo Régimen, va a multiplicar considerablemente el número de edificios públicos. Las Cortes, que hasta entonces habían utilizado locales ajenos para sus reuniones, en Madrid, muy especialmente, el Monasterio de San Jerónimo, van a tener edificios propios. El Senado construirá el suyo sobre el antiguo convento de agustinos de Doña María de Aragón, hoy Consejo Nacional de F. E. T. y de las J. O. N. S., y el Congreso de los Diputados hará lo mismo ampliando el exiguo recinto del convento e iglesia del Espíritu Santo, de Clérigos Menores, que continúa en sus funciones de Palacio de las Cortes.

El Tribunal Supremo de Justicia y el Tribunal de Cuentas, primero en la Casa de los Consejos, encontrarán amplio y adecuado albergue. El primero en el inmenso y lujoso convento de las Salesas; el segundo en más modesto palacio, el del Conde de Aranda en la calle de Fuencarral.

Los Ministerios irán buscando poco a poco cómodo asiento: el de Gracia y Justicia en el palacio construido por la Marquesa de la Sonora, que no llegó nunca a estar habitado por sus dueños; el de Guerra en el de Buenavista, erigido por la décimo-

tercera Duquesa de Alba, que tampoco llegó a verlo terminado, comprado luego por el Ayuntamiento de Madrid para ser regalado al Príncipe de la Paz e incautado luego por el Estado al poner en secuestro sus bienes; el de Hacienda, en lo que había sido Real Aduana en la calle de Alcalá; el de la Gobernación, hoy solamente Dirección General de Seguridad, en el edificado para Casa de Correos en la Puerta del Sol, y el de Fomento, en el Convento de la Trinidad, hoy desaparecido, situado en la calle de Atocha, a la altura del teatro Calderón. El de Estado permaneció durante mucho tiempo en Palacio para trasladarse al fin, como ya hemos dicho, al que hoy pomposamente llamamos Palacio de Santa Cruz.

Finalmente la Presidencia del Consejo fué a parar a un modesto edificio conocido con el nombre de Casa de los Heros, situado en la calle de Alcalá.

Años después, la actividad constructora elevaría una serie de edificios no demasiado afortunados: el Ministerio de Fomento, en Atocha; el de Marina, a espaldas de la nueva Casa de Correos; el de Instrucción Pública, sobre la casa de los Heros; el de la Presidencia del Consejo, desplazada de su viejo emplazamiento, en el Paseo de la Castellana, hasta desembocar en el magno proyecto de los Nuevos Ministerios y en el escurialense Ministerio del Aire.

Junto a esta actividad, una sorda penetración de oficinas públicas por los edificios particulares de Madrid, una incesante erección de organismos paraestatales, un inmenso pulular de funcionarios convierten a Madrid, lentamente, en una inmensa oficina. La Villa y la Corte fusionadas en ese nuevo concepto de Capital, se entremezclan así de una manera insoluble.



MADRID es la capital del mundo más difícil de comprender. Es incomprensible como un artista, como lo que tiene algo de genial.

Madrid es finura y postración, silencio y luz. Sólo alguna ciudad egipcia de otro tiempo pudo tener tan masticada psicología.

Madrid se disimula con su modestia y se muestra en casas bajas que huelen a pan.

La condición de Madrid es hacer que todas las cosas tengan el regusto de sí mismas. La gracia de todo está en esa bifurcación sencilla y honesta alrededor de sí mismo.

Yo, que soy madrileño, no he perdido de vista nunca su aire leve, límpido para las teorías, humilde para mayor claridad del vivir, que hace que todos los grandes ambiciosos se desplacen en su estadio.

Todos los que viven en Madrid tienen que no tener grandes ambiciones, aunque se crean un poco genios y les conceda esa pretensión el que da ese tratamiento el vivir en tan ática y sensata ciudad.

Madrid estriba en gracias inaprehensibles, que por su falta de tono no son muy literatizables. Algunas son gracias con repeluzno, como esas nubes madrileñas que parecen blancas y que al atardecer nos encontramos con que son moradas, y como ese misterio de su primavera sin el cariz bobo y sobradamente optimista de las primaveras, pues la nieve de la Sierra pone arrepentimiento de ser primavera en la primavera y la cruza de hondura.

Madrid es encontrar esas afueras optimistas y no profesionales del afuerismo, en que revuela el resultado del escrutinio de las meriendas reunidas.

Madrid es una capital blanquita, blanquinosa, sobre todo cuando se da polvos de invierno.

Su mismo frío no es tampoco ese frío grisáceo oscuro de casi todos los otros pueblos, sino un gris fluorescente y en el que se sostiene la luz hasta última hora todos los días.

Las casas, las esquinas, los faroles tienen familiaridad campechana con las gentes. La argamasa de la ciudad es afable. Todo se fija, se conoce, tiene menos

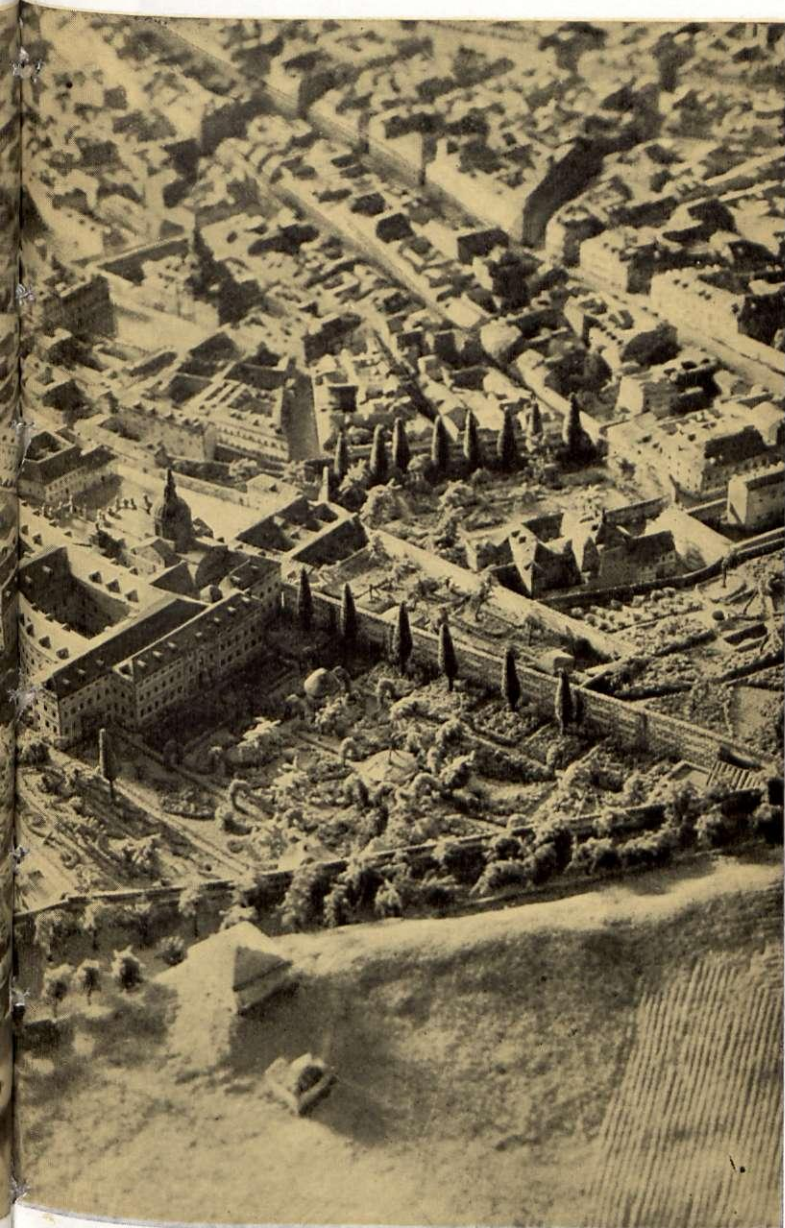


M A D R I D

P O R R A M O N G O Z

indiferencia esquinal que en las otras grandes ciudades.

Madrid es tomar por humo de fábrica el humo de las hojas que se queman por montones, y así, las fá-



MADRID

DE LA SERENA

bricas —cuya única misión en el paisaje es echar humo— no le quitan su inverosímil vivir de cúpulas y paseos, siendo discreto el ruido de sus campanas iglesias.

Madrid es un sitio en que no hay que hacer caso de síntomas engañosos, como de que todo el mundo se queje de todo cuando nadie tiene por qué quejarse de nada, pues todos han inventado su sinecura, ya que sólo aquí los Ministros responden a las peticiones pidiendo una fórmula para cumplirlas.

Madrid es una fábrica de patatas fritas y de falsos objetos de concha, encontrando para la pasta imitadora los juegos graciosos y la venosidad de luz que hay en la pura tortuga.

Madrid es el platero de portal y el regatonero de portal que pone una contera por cincuenta céntimos, y es la participación gratuita en las grandes loterías.

Madrid es el encontrar muchas prenderías y tener junto a la Gran Vía librerías de viejo y tabernáculos baratos.

Sus suburbios no son suburbios, pues llevan una vida meridiana y pueblerina.

Frente a toda grandiosidad responde Madrid apaisándose, y no tiene ese emprendimiento piratesco y sin fondo de otras ciudades. Madrid vive en parentesco de todas sus calles, y mucho nos tendríamos que complicar para que surgiese el sentimiento acaparador del Universo que alienta en el monstruo de las capitales de nación.

A Madrid hay que traer al joven para que lo comprenda casi todo, aunque también se desengañe un poco de todo.

Por todas esas razones, y por otras de sutileza, pienso en los hispanoamericanos en Madrid.

Visión difícil la del hispanoamericano en Madrid, pues varían mucho los tipos y sus pronunciamientos.

Yo me alegro de verle, de saludarle en la tierra firme de su habla y su inquietud; pero tiemblo ante las soledades que tiene que vivir. ¡Dura prueba!

Madrid es pueblo de dejar solos a sus propios hijos, a sus propios grandes hombres. No se ocupa nadie de ellos. Viven perdidos. Así es que el hispanoamericano que llega comienza a vivir esta completa perdición. ¡Sólo él puede volverse a encontrar o perderse defi-



Bajando la larga escalinata del Arco de Cuchilleros, podemos abandonar la plaza Mayor y adentrarnos en el laberinto de calles que forma el Madrid de los Austrias.

Sobre la Ribera de Curtidores, los tenderetes del Rastro pregonan cada mañana mil nostalgias y alguna utilidad. ¿Qué puertas habrán cerrado estos manojos de llaves?



En este otro puesto, entre un montón de cosas inservibles, el traje de luces espera colmar las ilusiones de cualquier chaval que quiera ser torero.



nitivamente en la ciudad central huyendo de ella hacia otros climas!

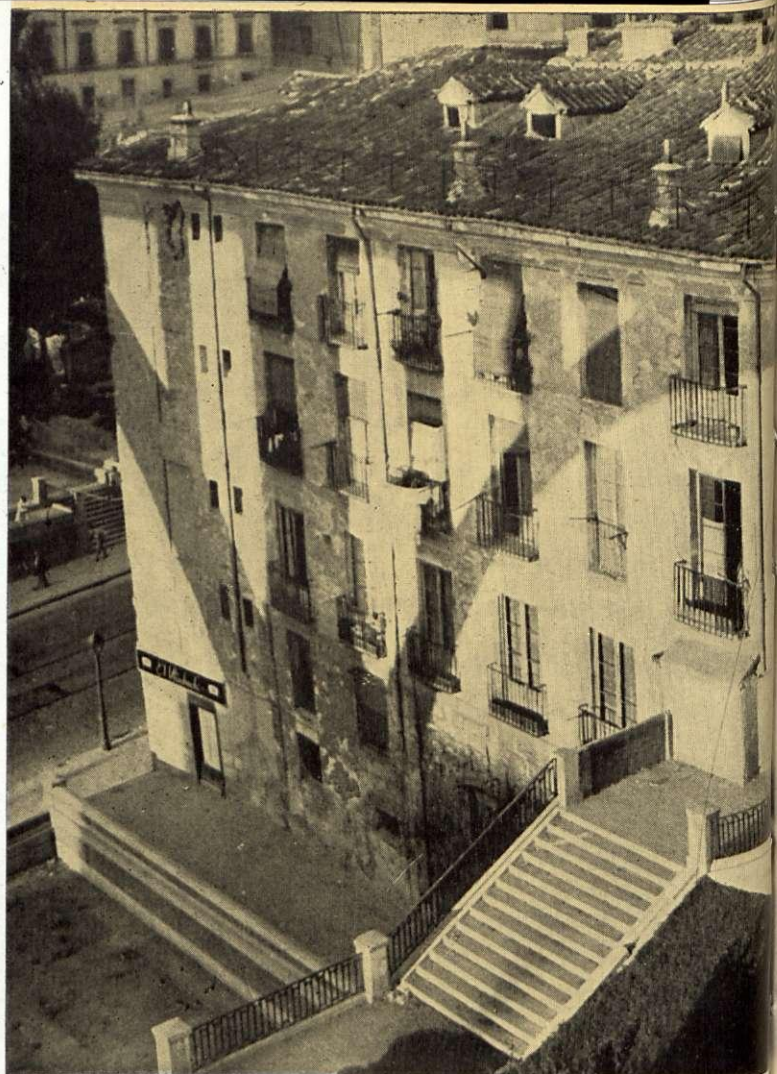
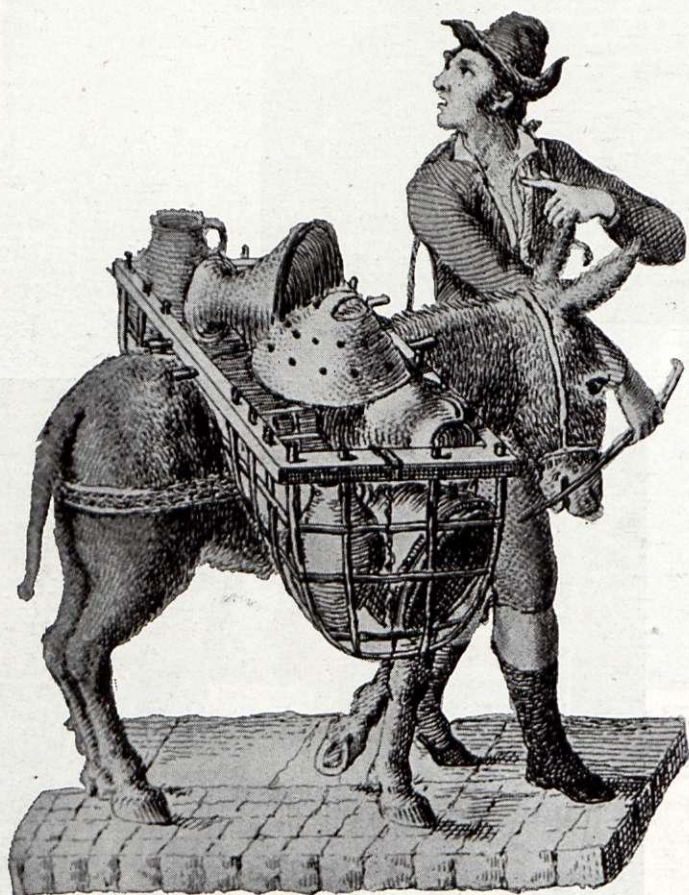
* * *

El hispanoamericano, convertido en Cristóbal Colón de la revancha, encuentra en esta España consentida, confiada y acostada en sus tierras la explicación de toda la Historia, la rápida manera de dejar libre al hijo que se quiso independizar, la falta de rencor por el hijo que no volvió nunca.

El hispanoamericano que se queda en Madrid llega un día que no quiere marcharse y que no le seducen ni los más halagüeños cablegramas.

Yo he recibido innumerables hispanoamericanos de todas las Repúblicas, a través de las noches de Pombo, dándoles la mano, como si les ayudara a alcanzar el escalón de un puerto seguro.

El hispanoamericano familiarizado con Madrid ve que lo que pierde de la cortesía circunstancial, porque no se le considera como extranjero, ni siquiera como forastero, lo gana en confidencialismo de alma a al-



Sobre la fachada de esta casa, que posee vieja historia nuncipal, se reflejan las esbeltas arcadas del Viaducto. Al fondo, la calle de Segovia.

ma, en ser tratado como de la familia, en el goce compartido, en los bautizos de la vida que le envuelve. Va comprendiendo que Madrid es la ciudad que tiene más unidad vital y que por todos los barrios corre la misma hilaridad, el mismo sentido del vivir sin miedo al porvenir y sin celos del extraño.

* * *

En Madrid no se nota la tragedia de la lucha por la vida, ni hay barrio ruso, ni judío, ni chino.

Se aprovecha de la luz y de la vida. Aún hay en él ecos vivos del solo vivir.

Tiene capitalidad y tiene habitantes.

No ha inventado la palabra denigrante del extranjero: ni «meteco» ni «gallego».

En resumen: Madrid es la ciudad de la luz sensible, y nada más. Es sólo luz espacial, presencia enternecida a través de sus cuatro siglos.

(Del *Elucidario de Madrid*, Prólogo de la Primera Edición)

UNA NUEVA REALIDAD MUNICIPAL

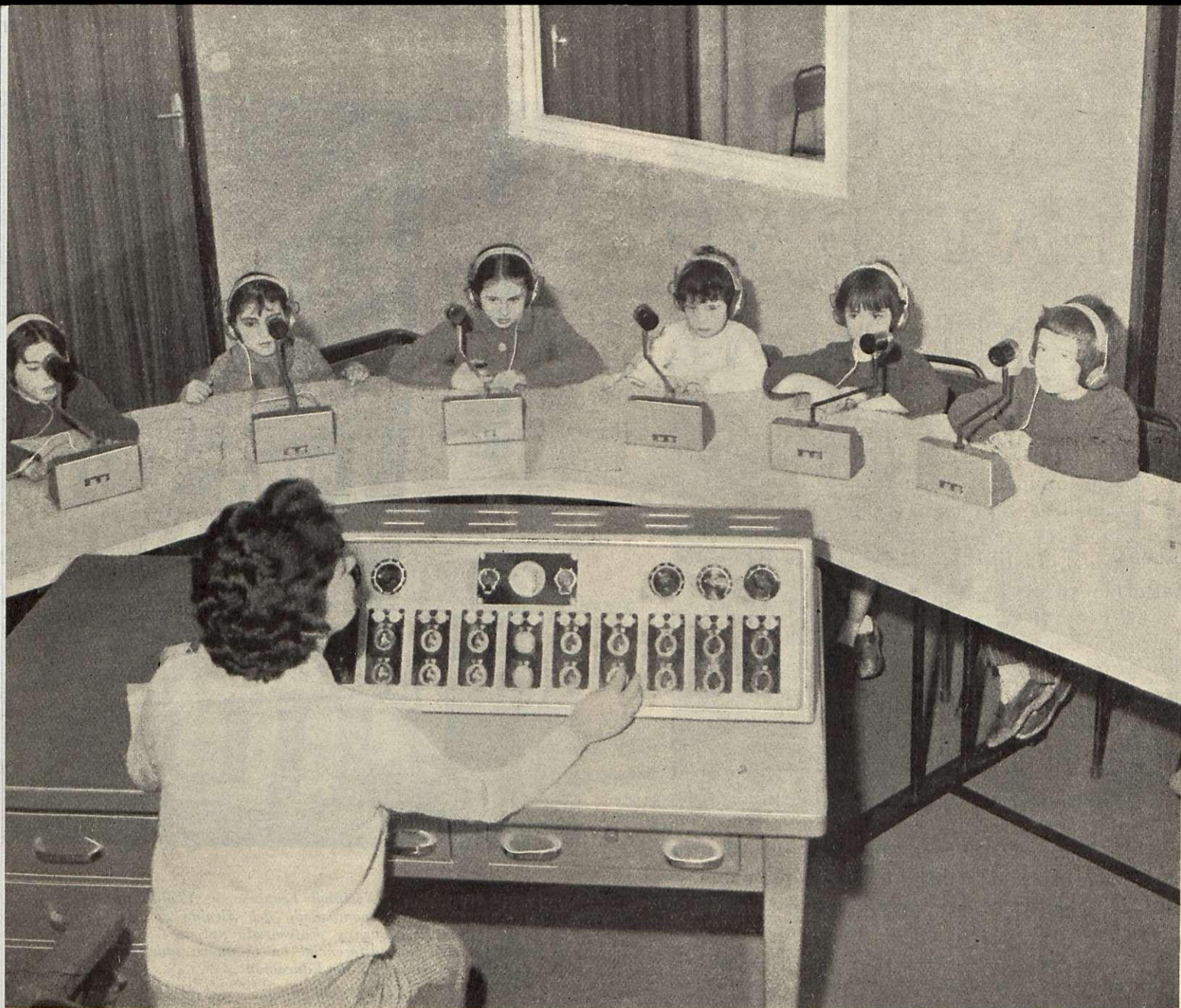
HA dado cima el Ayuntamiento a un proyecto que, ya hoy plena realidad, viene a cubrir enteramente un desatendido aspecto educacional. El Instituto Municipal de Educación, instalado ya en su nuevo edificio de la calle de Mejía Lequerica, en lo que fué el Grupo Escolar «Francisco Ruano», está destinado a resolver los problemas de recuperación de los niños deficientes ya sensorial, ya intelectualmente.

Para ello dispone el Instituto de secciones clínicas, psiquiátricas, pedagógicas y psicológicas, destinadas al examen de los niños y determinación de sus condiciones, así como de los oportunos tratamientos para su recuperación. Junto a ellas, clases de educación diferencial hacen realidad los tratamientos experimentales y trabajan para que estos niños, deficientes de oído o de vista, con bajo coeficiente intelectual o con alteraciones de conducta, puedan reincorporarse a la enseñanza ordinaria. No acaba aquí, sin embargo, la labor encomendada al Instituto Municipal de Educación. Su misión alcanza a todos los niños de Madrid, realizando exámenes de medida de inteligencia, vigilando sus condiciones físicas, y ofreciendo consejos de orientación profesional. Sus secciones de extensión cultural y de asistencia proporcionan cursos de técnica pedagógicas y enseñanzas especiales a los profesores madrileños, así como organizan mutualidades escolares y de previsión en los centros de enseñanza, preparando a la vez visitas a museos, intercambios escolares, concursos y exposiciones de arte infantil, competiciones deportivas y actividades de toda índole que redun-

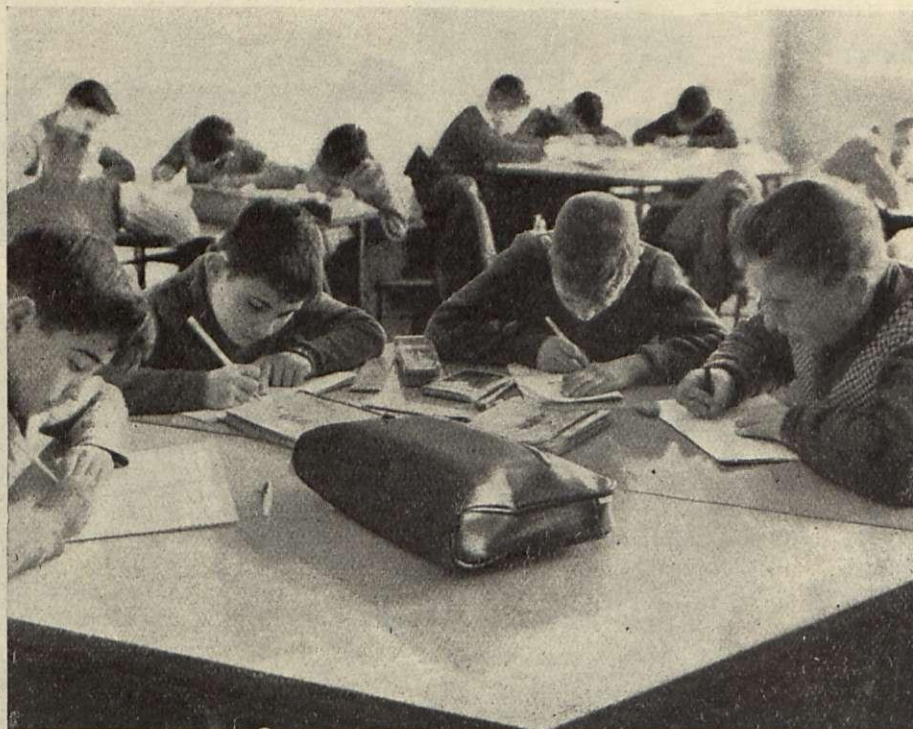


El Presidente de la Asamblea Nacional Francesa y Alcalde de Burdeos, Mr. Chaban Delmás, acompañado del Alcalde de Madrid y del Delegado de Enseñanza y profesorado durante su visita a las clases de educación diferencial en la nueva sede del Instituto Municipal de Educación.





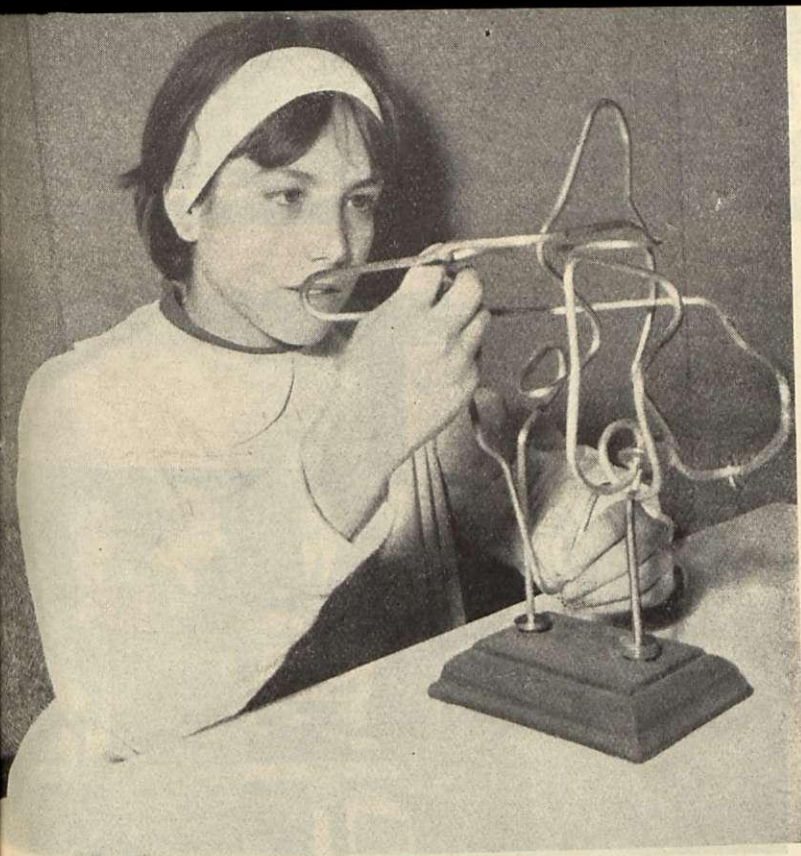
Instalaciones megafónicas de una de las clases del primer ciclo de ortofonía.



den en beneficio de la formación de los escolares y de los educadores.

Para cumplir esta tarea, el Instituto cuenta con una adecuada instalación a la que se han incorporado los últimos adelantos científicos, así como personal especializado en las distintas funciones que el centro tiene a su cargo. Su anterior funcionamiento provisional en los locales del Colegio de San Ildefonso, hasta que ha sido

Aspecto de una clase de recuperación de deficientes sensoriales.



sición tanto para consejos y consultas como para exámenes de sus alumnos.

Son millares los niños madrileños que, sin padecer de una verdadera anormalidad, no son capaces de seguir las tareas medias de una enseñanza ordinaria por deficiencias de toda índole. El Instituto atenderá a estos casos disponiendo lo preciso para que puedan reincorporarse a la enseñanza que les corresponde y ponerlos en condiciones de ser útiles a la sociedad con su esfuerzo y su trabajo, ganando así muchas individualidades que serían de otra manera una auténtica carga social.

Esta es la importante realidad municipal que el Ayuntamiento de Madrid ha ultimado y colocado en disposición de funcionamiento, al servicio de la infancia y de los educadores de la Villa y que hoy es ya un nuevo orgullo y exponente de la labor cultural realizada por nuestro Municipio.

Aplicación de pruebas en el laboratorio psicológico.

terminado de acondicionar su nuevo edificio, garantizan su efectividad y hacen que antes de comenzar su verdadero funcionamiento sea ya una realidad en marcha lograda por los afanes del Ayuntamiento de Madrid, en colaboración con el Ministerio de Educación Nacional.

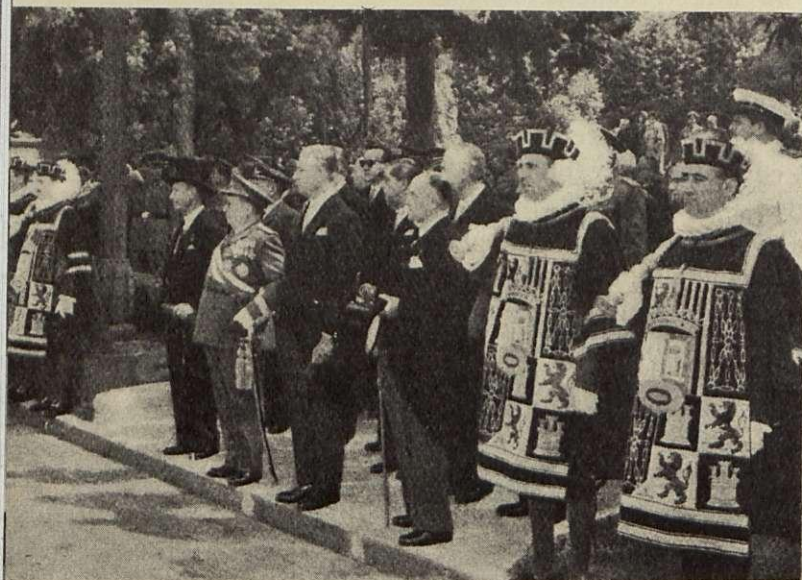
En el Instituto Municipal de Educación encontrarán todos los educadores cuantos elementos precisen para facilitar su labor. Una importante biblioteca especializada en temas educacionales, cedida por la Delegación de Bibliotecas y Museos, está a su disposición, así como un centro de documentación. En la Exposición Permanente de Libros Escolares, encontrarán las últimas novedades producidas por las más importantes editoriales de todo el mundo y sus servicios médicos, pedagógicos y psicológicos estarán a su dispo-

El vestíbulo del Instituto Municipal de Educación.





VIDA CORPORATIVA



Las Autoridades civiles y militares en la misa ante el obelisco del Dos de Mayo.



El Alcalde de Madrid entrega a don Clemente Tassara el premio al toro más bravo de la Feria de San Isidro de 1960.

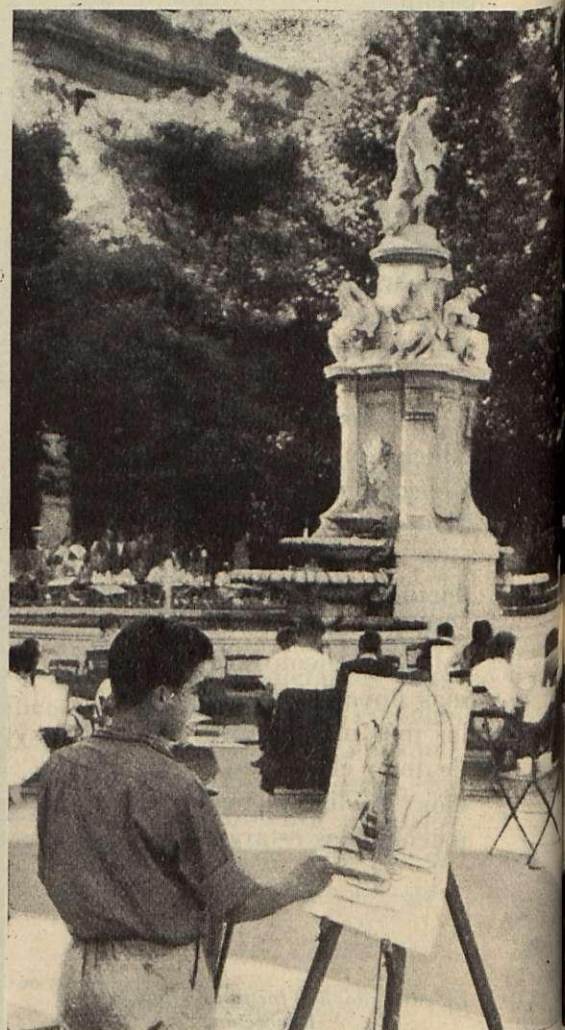


Un aspecto de la cabalgata que desfiló por las calles de Madrid con motivo de las Fiestas de la Cruz de Mayo.

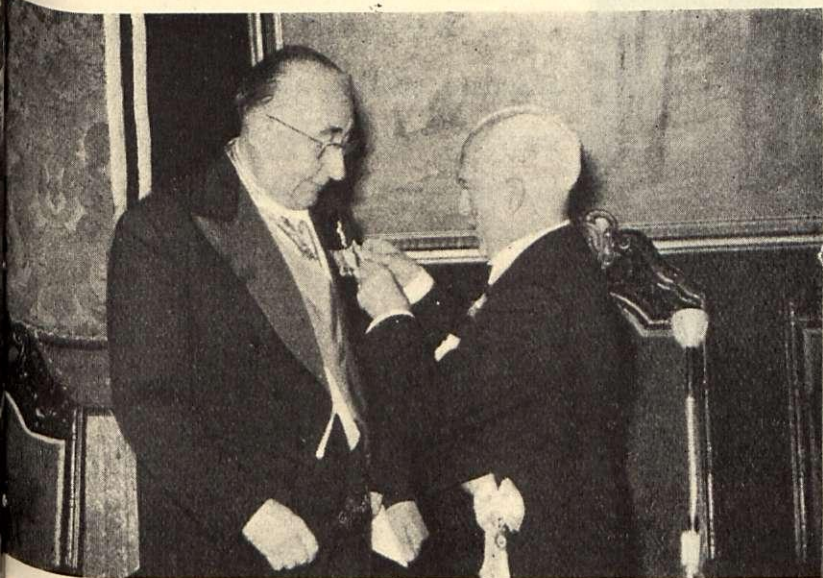
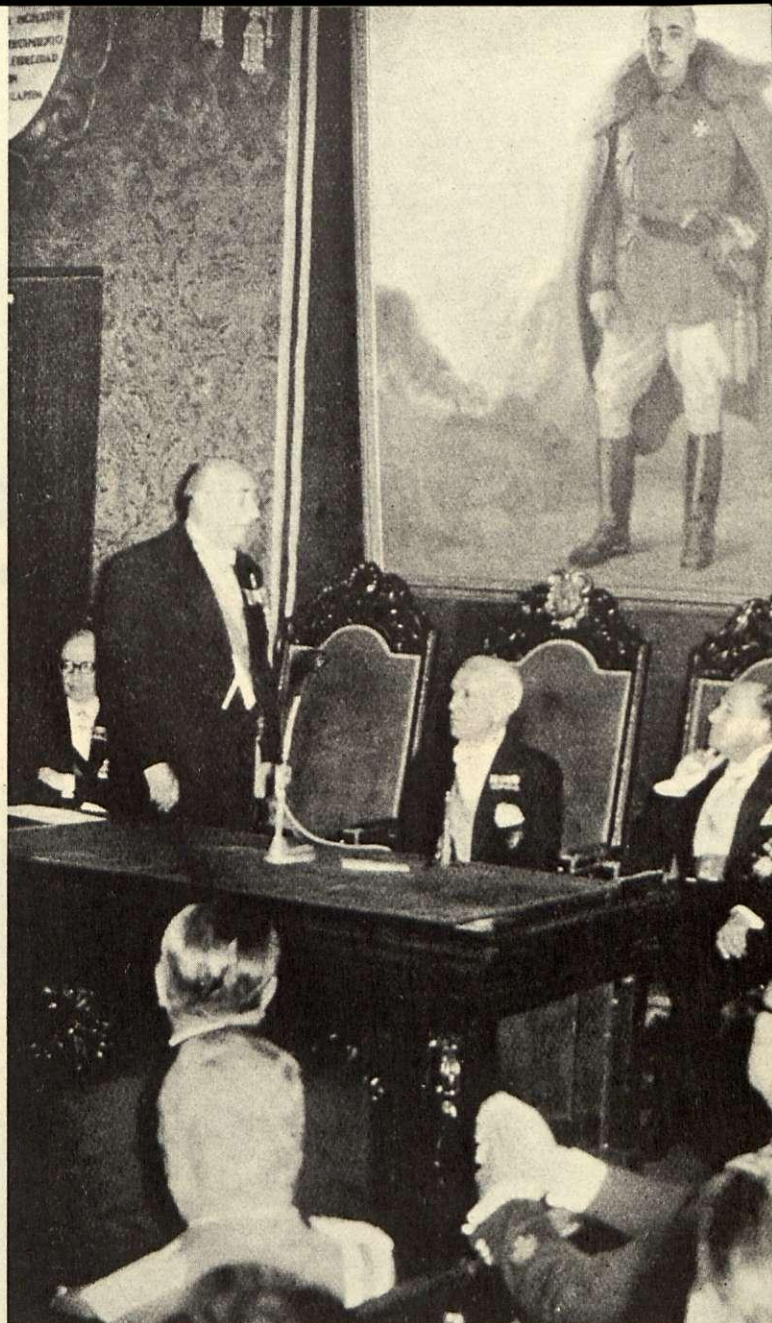
Recepción ofrecida en la Casa de la Villa a las bellezas de España.



Los alumnos de diferentes centros escolares de la Capital toman parte en el Concurso de Pintura al aire libre convocado por el Instituto Municipal de Educación.

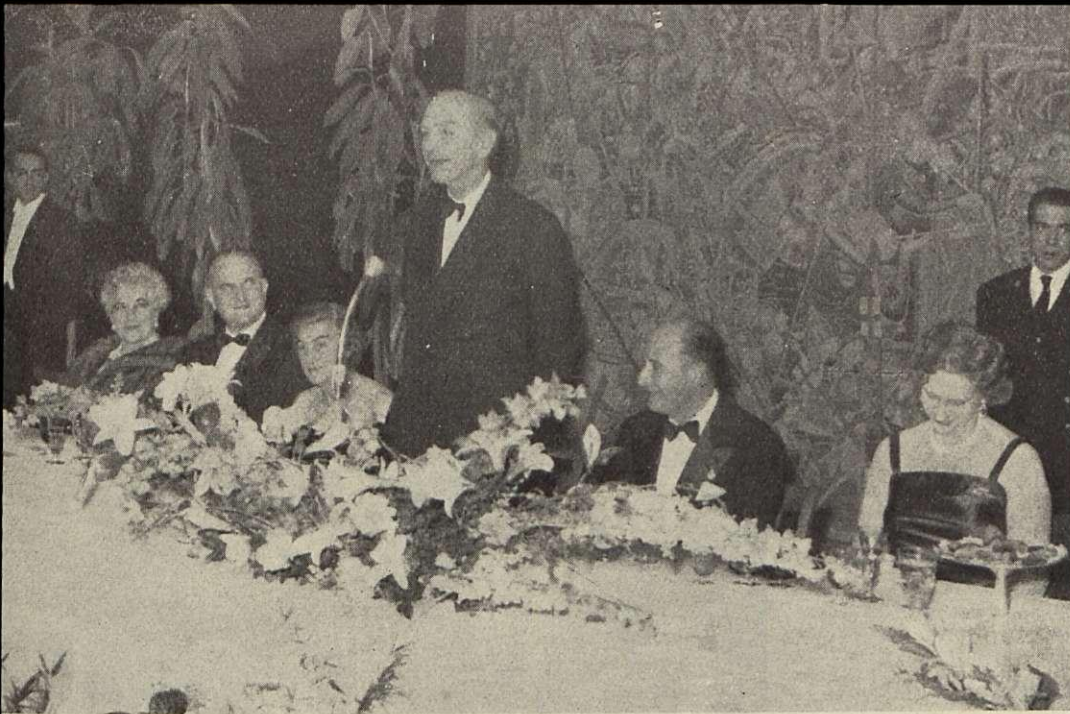


ENTRE nuestros egregios visitantes debemos destacar la estancia en Madrid del presidente del Consejo Municipal de París, Mr. Julien Tardieu, que, una vez más, ha venido a confirmar los vínculos de cordial amistad con la capital del país vecino. En la presente página recogemos varios momentos de la visita de Mr. Tardieu.



Las fotos que ilustran esta página nos muestran al Presidente del Consejo Municipal de París en la solemne sesión que el Pleno del Ayuntamiento celebró en su honor, recibiendo de manos del Ministro de la Gobernación la medalla de oro de Madrid, firmando en el libro de la Corporación y, por último, con el Conde de Mayalde y otros miembros del Ayuntamiento, en la presidencia de la procesión de San Isidro.



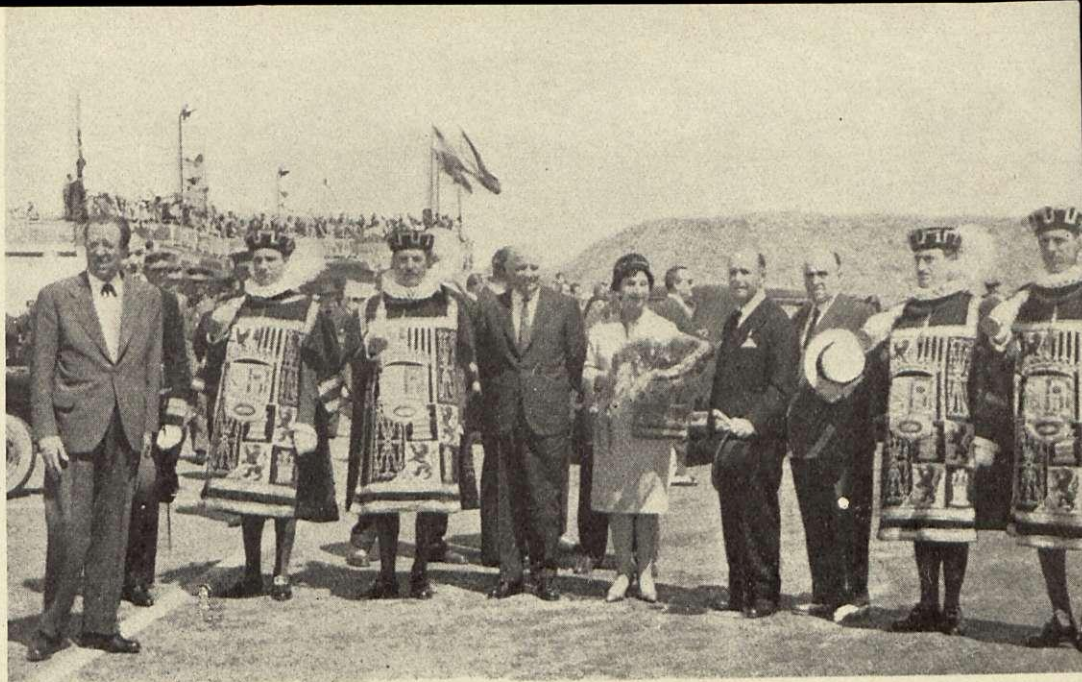


OTRA de las visitas que honraron nuestra capital ha sido la del ministro de Negocios Extranjeros de la Gran Bretaña, lord Hume. Las palabras del ilustre visitante son suficientemente expresivas para resaltar el significado de su viaje: «Ayudar a crear relaciones más amistosas y una cooperación más estrecha entre nuestros dos países.»



La información gráfica reproduce tres momentos de la estancia del Ministro inglés en Madrid que corresponden, las dos primeras a la recepción que le fue ofrecida por el Ayuntamiento en los Jardines de Cecilio Rodríguez y la última a su visita al Museo del Prado, acompañado del Ministro de Asuntos Exteriores español, señor Castiella, y del Director del Museo, señor Sánchez Cantón.

HA constituido un excepcional acontecimiento la presencia en Madrid del intendente de la Municipalidad de Buenos Aires, don Hernán M. Giralt. «Madrid —ha dicho el representante de la capital argentina— es una ciudad donde me gustaría vivir si no viviese en Buenos Aires.» Estas sinceras palabras expresan, mejor que ningún otro comentario, los lazos de hermandad que unen a dos naciones identificadas en su religión, su idioma y su historia. El Ayuntamiento madrileño ha rendido homenaje al pueblo hermano con la inauguración del monumento al general San Martín, héroe de la independencia argentina y con una serie de actos, algunos de los cuales se reflejan gráficamente en esta página.



La foto que encabeza esta información recoge el recibimiento dispensado en el aeropuerto de Barajas al doctor Giralt; a continuación, éste, en unión del Conde de Mayalde, pasa revista a un escuadrón de la Policía Municipal, y, por último, el Alcalde de Madrid entrega a su colega bonaerense la llave de la ciudad.



